

Caminos, Saberes, Identidades 1

Género y psicoanálisis

Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro



Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales

Género y psicoanálisis

Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro

Caminos, Saberes, Identidades 1

Género y psicoanálisis

Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro



Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales

Bochar Pizarro, Jacqueline Elizabeth

Género y psicoanálisis / Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro. -
- Primera edición.- - México : Universidad Autónoma del Estado de
Morelos, 2018.

212 páginas.- - (Caminos, saberes e identidades ; 1)

ISBN 978-607-8639-08-3 (libro electrónico)

1. Psicoanálisis y feminismo 2. Mujeres y psicoanálisis 3. Roles
sexuales

LCC BF175.4.F45

DC 155.333

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos.

Género y psicoanálisis

Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro

Primera edición, 2018

D.R. 2018, Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro

D.R. 2018, Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001

Col. Chamilpa, CP 62209

Cuernavaca, Morelos, México

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx



Género y psicoanálisis de Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro
está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComer-
cial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Edición, diseño y formación: Marina Ruiz Rodríguez

Corrección de estilo: Mónica Herrera Guevara

Cuidado editorial: Jefatura de Producción Editorial del IHCS/

Dirección de Publicaciones y Divulgación

Imagen de portada: Pilar Hinojosa

ISBN: 978-607-8639-08-3

ISBN Caminos, Saberes, Identidades: 978-607-8639-07-6

Hecho en México

Contenido

Prólogo	6
Capítulo 1. El cruce de dos caminos: psicoanálisis y género	10
Historia del psicoanálisis en Uruguay	13
¿Por qué hacer esta investigación en Uruguay?	13
¿En qué consiste el Modelo Uruguay?	14
Una historia que delinea una práctica	15
Reflexiones sobre la práctica	23
Género, escucha y poder	31
¿Qué idea de género y por qué?	35
Las ideas freudianas sobre la diferencia de los sexos	40
Los textos freudianos	41
Las consecuencias del abandono de la teoría de la seducción	44
Sobre las consecuencias de la diferencia anatómica de los sexos	45
Capítulo 2. Feminismo, género y psicoanálisis	52
Sobre feminismos	53
Breve reseña histórica	55
La epistemología feminista	62
Diferentes concepciones sobre sexo-género	65
Psicoanálisis y feminismo	72
Psicoanalistas feministas	75
El debate actual en el psicoanálisis feminista	77
Capítulo 3. Estrategias del camino entre género y psicoanálisis	87
Dispositivo metodológico	92
¿Cómo se eligió a los sujetos entrevistados?	95
Qué se dice y qué se hace en la práctica del psicoanálisis contemporáneo	99
Las ideas que priman con relación a los temas de género	101
¿Qué implicaciones tendría incorporar la categoría de género?	104
El replanteamiento del tema de la homosexualidad y la perversión	114
Sobre la naturalización de la violencia	122
La duda y la sospecha frente a la palabra de mujeres y niños	133
La responsabilidad del desarrollo psíquico del hijo puesta en la madre	141
Sobre la incidencia de la formación y la trayectoria laboral	143

Capítulo 4. Dos historias de vida que ejemplifican otra forma de escucha	151
La historia de Adriana	152
Proyecto parental	159
Trayectoria académica y laboral	163
La historia de vida de Marco: un psicoanalista que intenta deconstruir ideas preestablecidas sobre maternidad-paternidad	168
Conclusiones. El movimiento pendular de cambio: la escisión entre la teoría y la práctica	176
El no analizado del psicoanálisis: las desigualdades sociales	180
Sobre la necesaria diferencia del psicoanálisis por hombres y mujeres	184
Consideraciones sobre las diferencias interpretativas	187
Psicoanálisis, género y deseo	188
Anexos	192
Anexo 1. Guía de entrevista realizada	193
Anexo 2. El caso estímulo	194
Glosario	195
Abreviaturas utilizadas según orden de aparición	198
Bibliografía	199

PRÓLOGO

A mí este libro me llegó como caído del cielo. Por una extraña razón se combina lo académico con lo personal y, como siempre ocurre, con el azar y la suerte. Creo —porque ya no confío en mi memoria— que conocí a Jacqueline Bochar en el comité tutor donde su entonces asesora se debatía en el difícil dilema de dilucidar si su tesis de doctorado se adscribía al psicoanálisis o, más bien, pertenecía al ámbito de las ciencias sociales. Desde luego, no tengo la menor idea de por qué me eligieron a mí para fungir como integrante de ese comité. Pero es aún más inquietante el motivo por el cual la todavía estudiante Bochar me eligió a mí como tutora principal cuando la otra maestra no quiso seguir trabajando en este proyecto, quizá porque no lo consideraba suficientemente psicoanalítico. Me resistí solo un poco. Yo tendría apenas un par de años de ostentar el título de doctora, lo cual era suficiente desde el punto de vista de la administración. Y en seguida nos pusimos a trabajar en un proceso de acompañamiento donde vi florecer una idea relativamente heterodoxa, tanto para uno como para el otro extremo del espectro disciplinario: la de que a la práctica clínica le venía bien abrir los ojos y los oídos a la reflexión sobre género.

Jacqueline Bochar ya había, para ese entonces, realizado el trabajo de campo en Montevideo. Psicoanalista ella misma, consideraba la interlocución con sus informantes algo más complicado que la simple recolección de datos; ella sabía (y reporta) que durante los intercambios verbales ocurre algo más. El trabajo no era solamente una etnografía convencional —aunque el trabajo antropológico no le es ajeno— donde se intentaba dar cuenta de las costumbres de una tribu, sino además una reflexión sobre lo que ocurre con las palabras y la

escucha, es decir, sobre el singular acontecimiento del habla que solo adquiere sentido en el encuentro entre dos personas.

Y he aquí que de pronto alguna o alguno de los analistas se encontró con esa pregunta, con esa duda, con esa puesta en suspenso de sus convicciones, sus actos y sus sentimientos. La entrevista aquí no es solo una técnica de investigación cualitativa, sino sobre todo una situación en que se da la oportunidad de reconsiderar algo de cada quien, de sí mismo. Oportunidades de contar historias, de escarbar un poquito en el trasfondo, de revivir sucesos largamente desatendidos. La analista no puede evitarlo: analiza.

Las preguntas de la investigadora son detonadoras. Pretenden establecer el lugar del pensamiento feminista en la clínica psicoanalítica actual o viceversa. Parten de una relación originariamente conflictiva. En el momento de creación del psicoanálisis —los albores del siglo xx—, las mujeres todavía son “el sexo”, como se les había denominado durante el xix. En aquel entonces, el feminismo parece inconcebible: de pronto se lo enuncia como “el problema de las mujeres”. Las mujeres como problema. Como enigma inexpugnable, continente negro. El feminismo está ahí sin estar; es el interlocutor que no se nombra. El propio Freud tiene que construir desde esa negación su teoría y su práctica, su cura y su metapsicología.

Bochar identifica los síntomas de una ausencia larga y complicada. Por un lado, está la norma heterosexual: la incapacidad para integrar al espacio de lo normativo aquello que sirve como el exterior constitutivo de la normalidad. ¿Cómo concebir, manejar, incorporar, la experiencia homosexual? Por el otro, aunque de manera directamente conectada, está el fantasma de la masculinización de las mujeres: ¿qué quieren ellas?, se pregunta Freud y no logra escuchar el clamor ya masivo en el viejo y en el nuevo continente del sufragismo de la primera ola. Por último, el mito de la seducción originaria y la pregunta obsesiva sobre la ocurrencia del hecho; la

metodológica puesta en duda de la palabra y de la memoria del analizado, sobre todo si se trata de una analizada. Todo ello, en el marco de esa proeza extraordinaria que significó el desciframiento del orden simbólico, mediante la incursión freudiana en el territorio de lo inconsciente.

Pero antes de entrar en ese terreno fangoso, oscuro y amenazador, la lectura atenta de la bibliografía sobre el tema, le permite a nuestra autora conectarse con esa fracción del feminismo, sobre todo académico, que recupera el aporte indudablemente significativo e indudablemente esclarecedor del pensamiento psicoanalítico. En particular, los trabajos de psicoanalistas australes que participan en esta discusión con intervenciones tan sugerentes como la del feminismo espontáneo de la histeria.

En efecto, aunque muchas feministas disputan postulados de Freud —por ejemplo, el de la envidia del pene— por considerarlos simple y llanamente misóginos, y aunque hay una reacción vigorosa a la tendencia normalizadora de la clínica, sobre todo por parte de la militancia homosexual, para muchas cabezas pensantes es imposible negar las contribuciones del psicoanálisis a la comprensión de la subjetividad. La teoría feminista se alimenta de ellas.

No se puede prescindir del psicoanálisis en el pensamiento crítico, pero eso no significa que no se le pueda aplicar precisamente lo crítico, el cuestionamiento de la doxa. Es así que las heterodoxias feministas han dado lugar a posibilidades diferentes dentro de una misma tradición. Los pilares del psicoanálisis —la pulsión, el deseo, lo reprimido, el síntoma, pero también la asociación libre y los procesos de condensación y desplazamiento— aparecen, entonces, como puntos de partida tanto para una teoría, como para una práctica de la subjetivación. Las fórmulas de la sexuación aluden a un ámbito de la existencia donde “inconsciente” no es nunca un sustantivo, sino siempre un adjetivo. Y ahí, en la conjetura freudiana de

que no hay una conexión necesaria entre la pulsión y el objeto del deseo, es donde se sienta la base del pensamiento *queer*.

Pero tampoco se puede prescindir del feminismo en el pensamiento crítico. No se puede ser psicoanalista en el siglo XXI y seguir pensando en términos del “problema de la mujer”. Hay una verdadera revuelta contra la posibilidad de postular la biología como destino; de esto se tienen que hacer cargo las y los analistas: modificar los hábitos de escucha, flexibilizar las técnicas y, sobre todo, llevar las ideas de Freud hasta sus últimas consecuencias, a pesar del propio padre fundador, a pesar de la academia; a pesar de la institución preocupada por su prestigio, su permanencia, su credibilidad, su poder.

De eso y unas cuantas cosas más se trata este libro.

¡Enhorabuena!

Hortensia Moreno

CAPÍTULO 1

**EL CRUCE DE DOS CAMINOS:
PSICOANÁLISIS Y GÉNERO**

Dentro de las ciencias sociales existen algunas investigaciones sobre las prácticas en el ámbito de la salud que han vuelto visibles las relaciones de género en estos espacios, y así demuestran cómo inciden los estereotipos de género del profesional en la práctica que realiza (Burman, 1990; Worrel, 2000; Castro, *et al.*, 2010). Muchos de estos estudios indican cómo frecuentemente los profesionales refuerzan las desigualdades tradicionales, en lo social y en lo cultural, reproduciendo estereotipos de género en sus intervenciones e investigaciones. Así, las creencias y los estereotipos, prejuicios de género de las y los profesionales, de cualquier ámbito, atraviesan la práctica que se realiza tanto con hombres como con mujeres.

Por otra parte, en el campo de la psicología hay investigaciones que alertan sobre los sesgos androcéntricos y sexistas, y la importancia de introducir los temas de género y los estudios feministas (Weisstein, 1968; Ferrer y Bosch, 2005; Cabruja, 2008). La Organización Panamericana de la Salud (OPS) ha publicado recomendaciones donde considera como asunto prioritario incluir la perspectiva de género en los análisis para la equidad del sector salud: “La equidad de género en materia de salud debe apoyarse en su propio fundamento, a saber: la ausencia de sesgo” (OPS, Sen *et al.*, 2005).

En este trabajo se presenta y visualiza la práctica de psicoanalistas en temas centrales que pueden contener un sesgo androcéntrico, como el tema de la interpretación de la violencia de género, la homosexualidad y el abuso sexual. Se atiende a la propuesta de Janet Hyde (1995) y la de María del Mar García Calvente (2009) que, si bien se refieren a un método de análisis diseñado para detectar sesgos de género en la investigación, puede ser aplicada para detectar sesgos de género en las prácticas e intervenciones.

El punto de partida es la revisión del modelo teórico psicoanalítico freudiano y su trasfondo para luego analizar la forma en que los temas señalados se interpretan en la práctica. Si el modelo teórico del que se parte tiene sesgos androcéntricos y sexistas, su aplicación puede reproducir esos sesgos.

Un primer abordaje es el recorrido y análisis de los artículos freudianos que hacen referencia a la femineidad y las diferencias entre lo masculino y lo femenino, porque es ahí donde quien lee podrá observar el androcentrismo al que hago referencia. Esta tarea ya había sido emprendida de diversas formas por diferentes mujeres psicoanalistas que han demostrado con mucha destreza que existe, en el creador del psicoanálisis, una mirada “masculina” hacia la mujer (Chodorow, en Inglaterra; Mitchell, en Francia; Benjamín, en Estados Unidos; Dio Bleichmar, Giberti, Meller y Burín, en Argentina).

Inició con un análisis de estos antecedentes del psicoanálisis para posteriormente abordar la experiencia directa de investigación de campo, una vez revisado los escritos publicados en los últimos diez años por la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL) y entrevistado a dieciséis psicoanalistas, ocho hombres y ocho mujeres, de dos instituciones de formación de psicoanalistas de Montevideo, Uruguay: la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU) y la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica (AUDEPP). Asimismo, se realizaron dos entrevistas externas a la muestra con dos eminentes psicoanalistas que han escrito y dictado seminarios sobre temas afines y que amablemente fungieron como interlocutores. También se entrevistó a los responsables del diseño de programa de formación de psicoanalistas en las instituciones mencionadas.

Historia del psicoanálisis en Uruguay

¿Por qué hacer esta investigación en Uruguay?

Uruguay, integrante de los países del Río de la Plata, donde el psicoanálisis tuvo gran impacto desde los inicios de la década de 1940 y fuertemente en la de 1950, ha impreso sus particularidades en la forma de *hacer* psicoanálisis. Se puede hablar de un psicoanálisis *rioplatense*, iniciado en Argentina y desde allí emanado hacia Uruguay, aunque el uruguayo comparte a la vez que marca diferencias con el del país vecino. Esas particularidades no se refieren a un estilo, que por cierto es siempre personal y no regional, sino a diferentes modelos de transmisión. La historia de la psicología en este país ha diagramado del mismo modo una forma peculiar de transmisión y práctica del psicoanálisis en la UDELAR, la cual tuvo influencia en el modelo universitario implementado a la salida de la dictadura en 1984.

Importa resaltar que en la API se ha reconocido el denominado “Modelo Uruguay” que introdujo la APU a partir del 2007 y que es uno de los tres disponibles junto al modelo Eitingon y al francés, entre los cuales cada asociación puede optar para la formación de sus candidatos. El primero fue el “Modelo Eitingon” de Max Eitingon, el fundador del Primer Ambulatorio Psicoanalítico, el Policlínico Psicoanalítico de Berlín (1920), y además fundador del “psicoanálisis didáctico” por el cual pasan los candidatos durante la formación como psicoanalistas.

En aquel policlínico, donde se comenzó a atender pacientes de bajos recursos, surgió la necesidad de formar analistas para atender la alta demanda, lo cual dio lugar a la institucionalización del proceso de formación (Bochar, 2000).

El modelo francés se inauguró a partir de la versión disidente de Jacques Lacan, quien se opuso al concepto de análisis didáctico. Su antecesor había sido Sandor Ferenczi que, en

contraposición con Lacan, proponía que el análisis terapéutico no tenía que diferenciarse del didáctico (Laplanche y Pontalis, 1981). Sin embargo, el modelo de Lacan introdujo grandes cambios en la duración de las sesiones y la técnica que surgieron de diferencias teóricas.

Si bien los tres modelos se basan en el aprendizaje del inconsciente a través del análisis de la transferencia, las diferencias radican en la frecuencia de las sesiones, el número de estas y la figura del analista didacta.

El modelo francés surgido en 1960 coloca el análisis didáctico previo a la formación en seminarios teóricos y flexibiliza el número de sesiones semanales (Oróstegui, 2008).

¿En qué consiste el Modelo Uruguayo?

Ha surgido a partir de una reforma que se propuso en 1974 durante el pre-congreso de la FEPAL en Río de Janeiro y ha introducido características distintivas en el proceso de formación. Una de ellas, a mi juicio la más importante, es la desvinculación del análisis personal del candidato con las demás instancias de su formación: seminarios y supervisiones. Antes de esta reforma, el analista era quien decidía el pasaje del candidato a la formación, a seminarios y supervisiones, es decir, era él quien habilitaba al candidato. Este proceso del psicoanálisis del candidato y la decisión de quien lo dirigía (el didacta) era lo que determinaba la capacidad para el ejercicio además de que esto otorgaba demasiado poder al analista, se observó que complicaba el vínculo transferencial. Así, se introdujo otro cambio: la posibilidad de que cualquier integrante, ya fuera titular o asociado, con más de tres años de experiencia activa en la institución, se postulara a funciones didácticas. Esto marcó una apertura democrática de los puestos de jerarquía académica que dejaron de ser vitalicios y se sometieron al sistema de solicitud

personal, de tal modo que cualquier integrante debía argumentar y sostener su postulación por escrito. Dicha instancia, obligó a los didactas¹ a participar en reuniones mensuales para dialogar las dificultades y peripecias de la tarea, así como para establecer acuerdos normativos básicos entre pares.

El pluralismo teórico y la flexibilidad en la frecuencia semanal de las sesiones del candidato fueron dos de las características que imprimieron sello en el Modelo Uruguay que se atrevió a implementar estos cambios.

Una historia que delinea una práctica

Contextualizar esta práctica permitirá comprender desde una genealogía, hecha de tránsitos y rupturas, las formas que adopta. Una genealogía (Foucault, 1979) está compuesta no sólo por hechos históricos, sino por ideologías, formas de ver el mundo, así como interpretaciones y economías discursivas.

La historia del psicoanálisis en el Uruguay obedece a un tiempo que estableció cambios importantes en la educación, que introdujo nuevas formas de interpretación de la realidad y marcó rumbos de la práctica. El primer antecedente que he encontrado dentro del mundo científico uruguayo es la tesis de Carlos Vaz Ferreira titulada “El psicoanálisis desde el punto de vista médico legal”, de 1938.

Vaz Ferreira fue rector de la UDELAR durante tres períodos,² además, fue director y decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias donde se fundó el Instituto y la Licenciatura de Psicología hacia 1950. Este hombre prolífico que había bregado por introducir la psicología en el ámbito universitario, impulsó

¹ Así se llama en la institución a los psicoanalistas que analizan a los candidatos. El análisis didáctico es uno de los requisitos en la formación.

² De 1929 a 1930, de 1935 a 1938 y de 1938 a 1943.

la fundación del primer laboratorio de psicología para funciones pedagógicas hacia 1897, al tiempo que se postulaba al cargo de profesor en filosofía. Aun cuando parezca contradictorio, también impulsó la enseñanza de la metafísica, oponiéndose a la corriente positivista. Es paradójico que, a pesar de ser el impulsor de la psicología experimental, haya escrito aquella tesis y promoviera, más tarde, la enseñanza de la Metafísica.

Entre los iniciadores de la difusión del psicoanálisis en el Uruguay está Valentín Florencio Pérez Pastorini, que nació en la ciudad de Florida en 1895; vivió toda su primera juventud en España y entró a la Facultad de Medicina del Uruguay para egresar en 1918 con tan sólo 23 años. Se interesó por la psiquiatría y trabajó en la Colonia Etchepare³ y también fue jefe de sala del Hospital Psiquiátrico Vilardebó.

En la década de 1930 descubrió a Freud y estableció una fuerte amistad con Pichón Rivière. En aquella época viajaba periódicamente a Buenos Aires para psicoanalizar con Ángel Garma y tomar diversos cursos y seminarios de formación (Bruno, 2000). Fue uno de los propulsores de la difusión del psicoanálisis en las ciencias sociales y el promotor de la iniciativa de invitar a profesionales no médicos a su grupo de estudio y a las primeras mujeres como: Mercedes Freire, psicóloga de formación, Laura Achard, maestra de secundaria, y Marta Lacava, estudiante de psicología.

La inclusión de mujeres fue importante, pero no suficiente, ya que el sexo de una persona no garantiza el análisis con perspectiva de género, objeto del tema de esta investigación que será abordado en siguientes capítulos.

Pérez Pastorini falleció tempranamente, a los 52 años, de un ataque vascular encefálico, y dejó trunco el incipiente movimiento psicoanalítico uruguayo. A su muerte, se hicieron cargo de su empresa Rodolfo Agorio y Gilberto Koolhaas, quienes eran sus

³ Hospital público psiquiátrico de enfermos crónicos.

analizandos en aquel momento. Luego, se integraron Juan Carlos Rey, Laura Achard, Marta Lacava, Héctor y Mercedes Garbarino, quienes viajaron periódicamente a formarse en Buenos Aires hasta que la dictadura argentina del año 1976 se los impidió. Fue entonces que decidieron invitar a Hanna Segal, discípula directa de Melanie Klein, muy reconocida por su trabajo con psicóticos y con pacientes en edad avanzada (Paciuk, 2012). Ella consideró la propuesta pero al final se negó, dada la imposibilidad de encontrar una inserción laboral para su esposo matemático en Montevideo. La declinación de Segal abrió la puerta a Willy Baranguer, quien se instaló en Montevideo a partir de 1954 para cumplir funciones de analista didacta. En aquella época también se recibía seminarios de Pichón Riviére, Jorge Mom, Emilio Rodrigué, Luisa Gambier y Ángel Garma. A partir de ese momento el grupo dejó de tomar decisiones autónomas para seguir las directivas de Garma (Bruno, 2000).

Pichón Riviére, fundador de la psicología social rioplatense, eminente psicoanalista argentino, era marxista y enfatizaba en la incidencia de las experiencias sociales en el desarrollo del aparato psíquico. Para este analista, la persona era un sujeto de las relaciones, un sujeto del vínculo (González, 2009). También fue fundador de la teoría del Grupo Operativo y trabajó incansablemente en hospitales psiquiátricos. Tenía una idea de la enfermedad mental que revolucionaba a la psiquiatría de la época: el enfermo era un emergente⁴ de un conflicto familiar y como tal había que tratarlo. Para esto, implementó grupos con las familias, grupos de pacientes, de enfermeros y médicos para tratarlos mediante la psiquiatría, psicoanálisis, grupo y arte. Pichón transitó de un territorio a otro compartiendo diferentes experiencias grupales.

⁴ Lo que emerge es sólo el iceberg de lo que existe. Lo que se ve en el trastorno mental de un sujeto es el emergente de un complejo sistema de relaciones familiares que han producido síntoma en uno de sus integrantes. La enfermedad mental es para este autor el síntoma del grupo familiar.

Su pensamiento inauguró una forma de hacer psicoanálisis y psicología, así como rompió con lo más ortodoxo del pensamiento psicoanalítico, dando lugar a nuevas prácticas.

En 1956 se habían sentado las bases para crear la APU que ya tenía personería jurídica. En el mismo año se publicó la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, primer medio de comunicación uruguayo en la especialidad y que continúa publicándose actualmente. En el congreso de Copenhague de 1959, se pidió el ingreso de APU a la API, solicitud que fue denegada en aquel momento. La APU comenzó a tener problemas con la Sociedad de Psiquiatría del Uruguay (SPU) que trataba a sus integrantes de curanderos porque aceptaban a profesionales que no eran médicos. Sin embargo, con la mediación del Sindicato Médico del Uruguay (SMU), consiguieron zanjar este episodio. Las causas de la negativa al ingreso a la API podrían deberse a este último elemento,⁵ pero algunas fuentes aducen el hecho de que el grupo era kleniano (Bruno, 2000). En todo caso, en 1961, finalmente en el XXII Congreso Psicoanalítico Internacional de Edimburgo el grupo ingresó a API.

La influencia más importante de Pichón fue la obra de Melanie Klein quien, atendiendo a la investigación del psicoanálisis con niños, realizó nuevos aportes teóricos que fundaron una nueva corriente.

La vertiente lacaniana adquiriría énfasis a partir de la década de 1970 con la introducción de nuevos conceptos al debate: *lo Real*, *lo Simbólico* y *lo Imaginario* que cambiaron la forma de *hacer* psicoanálisis re conceptualizando el concepto de transferencia.

⁵ El modelo psicoanalítico difiere del modelo médico en la forma como se piensa y se analiza el conflicto psíquico. El modelo médico coloca al paciente como el objeto de estudio. En el psicoanálisis, ambos son sujeto. Por otra parte, el mayor descubrimiento de Freud fue el inconsciente; toda su teoría del conflicto está alojada en una lucha de fuerzas conscientes e inconscientes. Además, en este modelo clínico, el analista es parte del campo de proyección del paciente. Esto lo teorizó Freud en el concepto de transferencia (Freud, 1912).

Un cambio importante tuvo lugar en el Río de la Plata en el período de 1960 a 1990. En 1969 se constituyó el grupo Plataforma y en 1971 el grupo Documento, ambos altamente politizados. Renunciaron a la API mediante un manifiesto con una serie de críticas importantes al *establishment* del psicoanálisis, entre ellas la figura del analista didacta y su función docente, así como la implicación del psicoanalista con la realidad socioeconómica.

Hubo en aquel movimiento integrantes de APU, como los Baranger y Jorge Mom, que presentaron a la APA el manifiesto de 1974. Dentro de ese marco histórico fue donde surgieron las ideas que impulsaron el Modelo Uruguay.⁶ Lo más importante fue la propuesta de permitir el ingreso a la formación de los *no médicos*, así como la promoción de la libertad del candidato, tanto para la elección de su analista como de los cursos que deseaba tomar (aunque esto no se implementó en APU hasta 1992). De esta forma, se separó al analista de la decisión sobre el ingreso del candidato a la formación, así como al didacta de las funciones de docencia (Bernardi, 1997).

La documentación revisada da cuenta de algunos momentos de inflexión y cambio al interior de la APU, como el ya mencionado entre 1972 y 1974 cuando se promovió que los candidatos integraran el comité de enseñanza, lo que tuvo como consecuencia que el grupo de didactas se dividiera en tres funciones: docentes, supervisores y analistas; y otro introducido en el sistema de evaluación del candidato, que a partir de aquel momento quedó a cargo del comité y de sus pares.

A inicios de la década de 1970, la represión política hacía mella en la universidad; una nueva dictadura se impuso en 1973. El movimiento de cambio al interior de APU fue un grito que se hizo sentir en la búsqueda de participación y democracia; al mismo tiempo se produjeron cambios en la teoría: empezaban a llegar las ideas de Lacan al Río de la Plata. Estas propuestas de

⁶ Comunicación personal con Gladys Franco, 2011.

cambio en APU fueron influenciadas por los grupos Documento (1969) y Plataforma (1971). El doctor Marcelo Viñar fue uno de los integrantes de APU que se adhirió a estos movimientos y continuó perteneciendo a la asociación.

La APA sufrió varias escisiones, pero APU sobrevivió a las crisis y dio cabida a diferentes corrientes de pensamiento. Realizó cambios en el funcionamiento de su estructura y limitó su crecimiento. La demanda de aquellos que no podían o no querían entrar a la institución se satisfizo con la apertura de grupos de estudio externos, muchos de ellos dictados por integrantes de APU y APA, así como por miembros de la disidencia: Bauleo, De Brassi, Barembit, Keselman, los hermanos Alegre. Algunos de estos grupos fueron albergados en instituciones hospitalarias.

Algunos docentes que habían sido expulsados de la universidad en 1970, y que se habían quedado sin pertenencia institucional, se congregaban en grupos de estudio privados para formarse con maestros de la disidencia (Hajer, 2004). De este grupo surgió en 1981 una nueva institución de formación de psicoanalistas, la AUDEPP.

Eran años de dictadura en Uruguay y era difícil encontrar espacios de reunión y de intercambio. La ley prohibía la congregación de personas en cualquier espacio, inclusive en casas particulares. Sin embargo, el grupo de AUDEPP fue capaz de vencer los obstáculos.

La asociación surgió con la idea de promover la investigación y el desarrollo de aspectos teórico-técnicos de la psicoterapia psicoanalítica con una estructura horizontal, debatiendo sobre la relación entre psicoterapia psicoanalítica y psicoanálisis (Allegue, *et al.*, 2006a); estuvo integrada por psicólogas y estudiosos que no eran médicos.

En aquel momento la creación de una institución expresaba la necesidad de cambiar estructuras dentro del movimiento psicoanalítico imperante. La discusión estaba centrada en el asunto de la frecuencia y el número de las sesiones de análisis.

Para la API, un psicoanálisis debía de comprender cuatro sesiones semanales, de lo contrario, no podía considerarse tal. Esto generó muchas polémicas ya que muchos argumentaban lo elitista que se volvería el método.

Además, se puso en discusión el tema de la empatía del psicoanalista con el paciente, se acogieron los aportes de otras disciplinas, se discutieron los casos clínicos que no tenían respuesta ni se podían explicar desde la teoría vigente y se debatió en torno a la influencia de la relación terapéutica en el proceso analítico. Todo esto llevó al cuestionamiento de diferentes concepciones teóricas, entre ellas la de transferencia y la de resistencia. Se propició, entonces, el diálogo entre las diferentes escuelas teóricas (Cherro, 2006), aunque esto no eximió a la institución de contradicciones como, por ejemplo, la propuesta que realizó AUDEPP de prohibir el uso del diván y sólo utilizar el psicoanálisis cara a cara.

En 1982, se fundó la Escuela Freudiana de Montevideo con un grupo de psicoanalistas lacanianos, quienes ya se habían reunido desde tiempo atrás con el nombre de Grupo Freudiano de Trabajo y estaba integrado por Elsa Biderman, Edgar Cabral, Raquel Capurro, Ricardo Landeira, Lía Quijano, Enrique Rattín y Eduardo Sánchez. Su acta fundacional recalca el linaje Freud-Lacan y la idea de defender un psicoanálisis que denunciaba el malestar en la cultura (Biderman, 1982).

A partir de la introducción del lacanismo también hubo cambios en las interpretaciones de los analistas (1970-1980), quienes pasaron de casi no tener presente el material clínico del paciente e irrumpir con interpretaciones kleinianas, a intervenciones muy cautelosas donde el paciente debía llegar por sí solo a la interpretación (Bernardi, et al. 1997, 2002a, 2004).

Un segundo movimiento de cambio en APU se registró en 1992. A partir de ese año se instauró la participación de los candidatos en el diagramado de su trayectoria; se modificaron las instancias directivas; y se introdujo la renovación de la comisión de admisión cada dos años en un 50 por ciento y el voto secreto.

El psicoanálisis había ingresado en la universidad a través de diferentes médicos psicoanalistas de APU, quienes eran invitados a participar en conferencias y seminarios, así como también a través de diferentes clínicas médicas que comenzaron a introducirlo en la Facultad de Medicina. En las humanidades de aquel momento, existen antecedentes de la introducción de bibliografía psicoanalítica en la Licenciatura de Sociología en el plan de 1942 (Pérez, 1999).

Un grupo de psicoanalistas, que luego fundaría la APU, intentó difundir la enseñanza de la psicología y el psicoanálisis con la población infantil en la Clínica Médico Psicológica del Hospital Pedro Vizca. La preocupación más importante de ese grupo, coordinado por el Dr. Julio Marcos desde 1945, era la enfermedad psicósomática. Junto a él se incorporó la Dra. Laura Achard⁷ como psicotécnica (una de las fundadoras de la APU). Varios psicoanalistas acompañaron el trabajo de Marcos en esta clínica: el doctor Luis Prego ocupó el cargo de coordinador del Área de Psiquiatría y su primera psicotécnica fue Marta Lacava. La creación de la clínica data de 1948, pero no fue sino hasta 1954 cuando se crearon cuatro cargos. Esta clínica tenía funciones de asistencia, docencia e investigación (Pérez, 1999).

Con el regreso de la democracia en 1985, la UDELAR reabrió sus puertas a los destituidos de la dictadura militar de 1973 a 1984. Muchos psicoanalistas que en la década de 1970 fueron disidentes del grupo Plataforma y Documento, quienes no estaban inscritos en instituciones formales, reingresaron en este proyecto y formaron parte de los que refundaron la psicología en el Uruguay junto a varios miembros de AUDEPP.

⁷ Laura Achard fue invitada por Avelino González a formar un grupo de estudios en México en 1973; y estuvo entre quienes fundaron la Asociación Psicoanalítica Regiomontana. En 1984, formó parte de la planta docente de la Maestría de Psicología Clínica de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los miembros de APU continuaron en la formación de la clínica psiquiátrica de la Facultad de Medicina.

El psicoanálisis entró a formar parte del currículo de la Licenciatura en Psicología y ocupó un lugar importante como materia obligatoria, además de estar inscrito en el programa de psicología social que transmitía el pensamiento de Pichón Riviére, Bleger, Bauleo y Barembliet.

En 1989 surgió la Clínica Psicoanalítica de la Unión, en la Facultad de Psicología, fundada por un convenio entre ésta última y la Comisión de Vecinos del Barrio de la Unión; estuvo dirigida en sus comienzos por el lacaniano Ricardo Landeira. Dicha clínica, atendió población de bajos recursos y actualmente se realizan prácticas de psicoterapia e investigación psicoanalítica con estudiantes de la licenciatura y posgrado en Psicología. En esta clínica y en la cátedra llamada Área de Psicoanálisis de la UDELAR recibí mi formación en psicoanálisis, en la pluralidad de enfoques, y en la práctica supervisada bajo diferentes miradas. Fue así como conocí un psicoanálisis crítico y creativo; el psicoanálisis con perspectiva de género me fue transmitido a través de Doris Hajer.

Reflexiones sobre la práctica

La práctica del psicoanálisis se puede conocer a través de los casos y escritos presentados en congresos, simposios y jornadas psicoanalíticas; en supervisiones colectivas, en presentaciones clínicas de casos, así como también a través de las anécdotas que los psicoanalistas contaron en las entrevistas.

Acudí primero a la revisión bibliográfica, la cual reveló que no existían investigaciones donde se analizara la incidencia del orden de género en la práctica de los y las psicoanalistas. Se ha escrito y reflexionado mucho sobre temáticas teóricas en relación con la técnica; se considera el tema de la transferencia, la posición

del analista, el deseo, así como también la sexualidad femenina y el Complejo de Edipo femenino. Investigaciones financiadas por API indagan sobre los efectos del psicoanálisis (Bernardi, 2002b), así como las variadas causas de diferentes trastornos psíquicos (Lartigue, *et al.*, 2008). Sin embargo, no indagan sobre las relaciones de género en el consultorio, qué pasa con el sexo y cómo interviene el género en la relación terapéutica y desde qué referentes se interpreta. Me pregunto por qué es tan difícil abordar este tema. ¿Qué repercusiones podría tener en la teoría de la técnica y el análisis de la transferencia? Habitualmente, frente a esta pregunta, los psicoanalistas afirman que en la transferencia no incide el sexo del analista. Aun compartiendo tal afirmación, he observado que el sexo sí influye en la transferencia: la persona transfiere según aquello que el analista le evoca con su sexo y género, por lo tanto debería tenerse presente como una variable.

El género ha sido problematizado al interior del psicoanálisis por lo menos desde la década de 1950, a partir de las aportaciones de Robert Stoller. Posteriormente, algunas psicoanalistas retomaron las discusiones iniciadas por Karen Horney, Sabina Spielrein y Melanie Klein; introdujeron aportes de Simone de Beauvoir y de los estudios feministas para discutir no sólo el Complejo de Edipo femenino, sino también el sesgo androcéntrico y sexista de la teoría psicoanalítica (Mitchell, 1979; Chodorow, 1984; Benjamin, 1988; Hajer, 1993; Alizade, 2002).

Las alusiones que el tema de género despierta en relación con el feminismo, del cual es heredero, tal vez estén entre las razones del rechazo que se observa entre los psicoanalistas, aunque no son las únicas. ¿Por qué resistirse a la influencia del género en las interpretaciones? ¿Por qué la dificultad para considerarlo como categoría de análisis?

Mostrar lo que se hace en el diván no es fácil, quien lo hace se expone a la crítica y al juicio definitivo de su comunidad académica. Entre los psicoanalistas la práctica sólo se

presenta en las instancias de formación y en el ámbito de la supervisión de casos, el cual es habitualmente un ámbito reducido y confidencial. Esta reserva revela una moneda de dos caras: por un lado, la necesidad de proteger la identidad e intimidad de la persona, por otro lado, la consigna, explícita o no, de preservar la institución psicoanalítica y la persona de los psicoanalistas. Sin embargo, los controles continúan aún después de que un psicoanalista es habilitado por su institución.⁸ Instancias, tales como la supervisión, buscan el autoconocimiento del inconsciente y del deseo con el objetivo de que no interfieran en el proceso analítico con el paciente. En esta investigación muestro cómo dichas instancias no garantizan que las creencias y la postura del psicoanalista, en relación con su género, atraviese la “escucha” y las interpretaciones que realiza, sin importar su sexo, su formación y sus años de experiencia y entrenamiento en la materia.

Se enfatiza la necesidad de analizar la forma en cómo se interpreta la diferencia de género; qué elementos intervienen en la lectura de género; y, si es que existen prácticas con perspectiva de género, qué proponen y cuál sería la importancia de incorporarlas.

El concepto de interpretación ha sido muy debatido dentro del psicoanálisis, sobre todo en la vertiente teórica y técnica: qué se considera una interpretación y cuándo y cómo interpretar. Si bien se ha analizado y reflexionado sobre la incidencia de la ideología de clase (con el intento del freudomarxismo en 1960), no se ha analizado la incidencia del sistema sexo/género.

Las interpretaciones albergan significaciones culturales y sociales que muchas veces naturalizan cierto tipo de situaciones. Un ejemplo claro en tal sentido se puede apreciar en el

⁸ El término “control” es asimilable a “supervisión”. En la formación de los psicoanalistas la supervisión ocupa un lugar tan importante como el de su propio psicoanálisis.

campo de la significación de la violencia de pareja. ¿Qué se entiende por violencia? ¿Y qué por violencia en la pareja? ¿Se considera la existencia de la violencia de género? Durante las entrevistas quedó explícitamente demostrado que se tendía a naturalizar determinadas formas de violencia, como la emocional o la psicológica, o ciertos comportamientos de agresión verbal, actitudes de control, palabras que denotaban dominio, incluso también el hostigamiento sexual.

En algunos casos de las entrevistas de campo se interpretó un caso de violencia psicológica como un tema de “mal carácter” o de “patología” del agresor y/o de la agredida. La psicopatologización invisibiliza la desigualdad de poder en la relación de pareja y resulta en interpretaciones sesgadas. Esta lectura responde a formas de entender la psicología de los sujetos según estereotipos de roles de género que no considera la influencia de las relaciones de poder en el psiquismo, pero que sí tiene consecuencias. Entre ellas, vale mencionar el reforzamiento de la culpa en las mujeres y el lugar del impulso en el varón. De esta forma, el problema estructural social queda oculto en el proceso, entorpeciendo la deconstrucción de la dialéctica víctima-victimario.

La estructura social exige modelos de representación y acción de los géneros, lo que se llama roles de género, pero socializa antes, desde que impone representaciones para los sexos. La representación “mujer” en nuestra cultura occidental y cristiana significa: sumisa, prolija, callada, delicada, cuidadora, sensible; y “hombre” significa: fuerte, proveedor, loquaz, agresivo.

La escucha y la interpretación psicoanalíticas constituyen un campo de poder que está atravesado por la institución social. La relación terapéutica implica una relación de poder porque cuando un paciente acude a pedir ayuda a un psicoanalista, le supone y le atribuye un saber. Como en toda relación de consulta clínica, el paciente está colocado frente al otro en desventaja, pues hay

una alta probabilidad de que todo lo que el psicoanalista haga, diga o interprete sea tomado como verdad, ya que se le otorga un poder: el poder del saber.

Pienso el tema del poder en el sentido foucaultiano: “como un tipo particular de relaciones entre individuos” (Foucault, 1990: 138). Lo importante es hacerlo consciente y considerar que la teoría de la que se parte establece formas de racionalizar las relaciones de poder. Se trata de un elemento importante a considerar en la forma como se interpretan algunas cuestiones en las relaciones humanas: la violencia en la pareja, el abuso sexual y la homosexualidad.

“La escucha del psicoanalista tiene como finalidad un reconocimiento: el deseo del otro” (Barthes, 2002). En el terreno de la escucha, poder y deseo se cruzan, y es allí donde aparecen y se diagraman los riesgos. En ese territorio no hay salvaguardas, sólo queda atrincherarse en la teoría esquivando el deseo del paciente, o atreverse a perder el equilibrio escuchando el deseo del otro: tránsito difícil pero posible.

En tal sentido, y apelando a esa escucha, es necesario aceptar que se trabaja en un campo donde tanto la clase como la raza, el género y el sexo del psicoanalista intervienen y necesitan ser escuchados para tomar conciencia del lugar desde donde se mira, se escucha y se interpreta.

Los aportes del “conocimiento situado” de Donna Haraway son un referente para esta investigación: desde dónde se mira, qué y cómo (Haraway, 1995). Esto implica, además del contexto histórico y social (Castoriadis, 1989) considerar la historia personal de quien interviene, investiga o pone en práctica un saber-poder; la importancia de reconocer que todo conocimiento, por situado, es parcial, y que entonces es necesario establecer puentes y conexiones entre esas parcialidades.

Si bien, el método psicoanalítico apeló siempre a lo individual de la historia del sujeto y a la singularidad del inconsciente, existen interpretaciones universales en la teoría psicoanalítica;

las interpretaciones que se dan en el caso específico de la femineidad y la masculinidad responden al universal masculino. La teoría del Complejo de Edipo femenino es, según las propias palabras de Freud, el reverso del varonil (Freud, 1905, 1915, 1921, 1924, 1925, 1931, 1933). Por tanto, hay una responsabilidad del psicoanálisis y de los psicoanalistas por sus interpretaciones (Galende, 1997), y aunque la interpretación sea definida como una *construcción en el análisis*, tal como lo planteara Freud en 1937, siempre responde a una interpretación de la teoría desde la cual se mira. La institución del psicoanálisis está enmarcada en una teoría que responde a un repertorio de interpretaciones: Complejo de Edipo, tabú del incesto, ley del padre, castración, envidia del pene, por mencionar algunos.

El psicoanálisis nació en una época romántica, contexto enmarcado por ciertas ideas acerca de la familia, la madre, el padre, el hijo, el hombre, la mujer, que están cargadas de significaciones sociales. Dichas significaciones responden a la subjetividad de los integrantes de una sociedad y su intérprete (Galende, 1997). *Implicada* señala estar atravesada por la significación social (Lourau, 1997). Considero que este tema no se analiza ni se reflexiona en el psicoanálisis; sin embargo, es de gran importancia, ya que es allí en donde se producen los deslices de la técnica a la moral (Castro, *et al.*, 2010).

La escucha y la interpretación son temas que deben pensarse en función de una ética. ¿Qué quiere decir este desliz? Significa que detrás de algunas asignaciones interpretativas se cuelan concepciones prejuiciosas o simplemente asignaciones de lugares genéricos de época y de clase, de los cuales no se hace conciencia, pero que sí intervienen en el campo de la práctica.

Sobre la ética del psicoanálisis fue Lacan quien primero trató el tema en uno de sus seminarios dictados en Francia (1991b). Su tratamiento da cuenta de que existe una ética del psicoanálisis que circunscribe una práctica. En esa ética se in-

cluye la técnica. El acento de Lacan está en considerar que la ética del psicoanálisis nada tiene que ver con la moral, pues el psicoanalista sólo muestra lo que le es mostrado; tal y como lo señalaba antes Freud (1912): el analista no se introduce en la moral del paciente, no le interesa el tema del bien y del mal.

Ético es, para Lacan, juicio sobre nuestra acción. Y acción es práctica (Lacan, 1991b: 370). Para este autor, la búsqueda de la normalización y el camino hacia la madurez genital, en la etapa que Freud propone como el pasaje a la adultez, tiene cierta implicación moral que trastoca su fin subjetivante. El tema del bien no es el tema del deseo; el psicoanálisis trabaja en la posibilidad de escuchar el deseo del paciente; trabaja para que él o ella puedan escuchar y actuar en función de su deseo. No se refiere al deseo erótico, se refiere al deseo del ser, el deseo que subjetiva al sujeto. ¿Cómo se relaciona el tema de la ética con la práctica? Hay múltiples temas en los cuales se producen deslices entre ambas, por ejemplo, el tema de la violencia ¿es un tema de moral? La ética del psicoanalista no participa de juicios en este sentido, aunque cada psicoanalista tiene su propia moral, se tratará de que cada paciente analice su propio deseo y su posición en relación con esa violencia. En tal sentido, la ética del psicoanalista remite a la ética del deseo del paciente y no a la del “deseo del otro”.

El psicoanalista reproduce *habitus* en su ejercicio práctico, además de conservar la marca de su propia configuración como sujeto. Práctica significa reiteración de un *habitus* (Bourdieu, 1993).⁹ Hay un *habitus* que le fue transmitido por

⁹ Concepto extraído de Pierre Bourdieu que se refiere a esquemas de obrar, sentir y pensar asociados a la posición social de un sujeto: una serie de esquemas generativos a través de los cuales el sujeto percibe y actúa en el mundo. Es inconsciente y se adquiere al familiarizarse con determinadas prácticas sociales. Este concepto pretende articular la estructura social que reitera una práctica y su influencia en el sujeto. Ni la estructura condiciona totalmente al sujeto, ni se está exento totalmente de la incorporación de

una pertenencia institucional en una formación que insiste en la preservación de ciertas premisas teóricas que la sustentan. El habitus de la escucha está anclado en la técnica psicoanalítica que se sostiene a través de la asociación libre, la atención parejamente flotante y el análisis de la transferencia; esto permite la escucha del deseo del paciente.

Sin embargo, la idea que el psicoanalista tiene internalizada sobre lo masculino y lo femenino, interviene y atraviesa su escucha traicionando a veces su ética. Esto se produce sobre todo a nivel inconsciente; se puede sospechar que se debe a la historia de vida del psicoanalista, o que responde a premisas teóricas que enmarcan su práctica, pero también obedece a una estructura social que establece el ordenamiento de género.

El método psicoanalítico debe cumplir con ciertos lineamientos como son la asociación libre, atención flotante, transferencia, abstinencia e interpretación, cada uno anclado en la teoría del inconsciente y del Complejo de Edipo. Sin dejar de respetar estos lineamientos teórico-técnicos, un psicoanalista debe ser crítico con la teoría. La mejor forma de ser fiel a una teoría es la congruencia con la práctica y la realidad que se presenta. A esto lo llamo *resistir* las formas hegemónicas (Foucault, 1990).

El habitus ha preservado a la institución psicoanalítica; sin embargo, y aun así, existen prácticas que se distancian de la conserva fundante. Se trata de investigar en la práctica, lo que significa que la teoría se construye a cada paso.

ciertos esquemas de pensamiento, de sentimiento y de acción que conciernen a una clase, una época, un medio. Los sujetos son socialmente producidos por las relaciones sociales. En este sentido, la clase, la raza y el género intervienen en esa forma de hacer del sujeto en su práctica (Bourdieu, 1993: 91-112).

Género, escucha y poder

Las ideas de género del psicoanalista permean la relación transferencial, aunque él o la psicoanalista no emita juicio alguno sobre las creencias o la ideología del paciente.¹⁰ El género nos sitúa en una posición frente a la escucha. Escucha que puede en algunos casos de situaciones de violencia, interpretar que una mujer es mentirosa y manipuladora, o en la misma situación, interpretar que es víctima de la violencia de su pareja. Interpretaciones diferentes que pueden llevar por el camino del juicio moral, si no se considera el género como variable.

Como se verá ilustrado en las entrevistas que se presentan en siguientes capítulos, la interpretación se asienta en una teoría que sustenta ideas situadas sobre el significado de ser hombre o mujer atravesada por un orden de género. Por ejemplo, las ecuaciones “mujer=pasivo” y “hombre=activo” son producto de una historia (Héritier, 2007). Freud es heredero de un modelo de la diferencia sexual producido en la Ilustración, ya que sus ideas de hombre y de mujer responden a esta historia, aunque con críticas y desafíos importantes (Laqueur, 1994).

Laqueur (1994) analiza cómo Freud, médico de profesión, inventa un cuerpo de mujer: el de la *mujer vagina*, receptáculo del pene, única forma “madura” del desarrollo en la etapa psicosexual genital, única forma “sana” de crecer y realizar el pasaje de adolescente a adulta. Su teoría del pasaje del clítoris

¹⁰ Transferencia es un concepto pilar del método psicoanalítico. Si bien la transferencia se establece en todo vínculo humano, en psicoanálisis es utilizada como instrumento en el proceso. Es la forma más temprana de externalización de afectos y de prototipos infantiles, sean el del padre, la madre, el hermano o el tutor. Véase Freud, “Tres ensayos de teoría sexual”, 1905 y “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, 1912.

a la vagina como zona erógena, es un modelo que acompaña la necesidad de ubicar a la mujer como reproductora, quitándola del lugar de gozadora insaciable. Por supuesto, tal resultado no fue para nada la intención consciente de un Freud que pretendía comprender acerca de los síntomas de las mujeres llamadas “histéricas”. Sin embargo, a la luz de los estudios feministas y las investigaciones de género, hoy es posible considerar y analizar estos sesgos (Harding, 2010; Blázquez, 2010). Desde una epistemología del conocimiento “situado” se pueden comprender las razones de este problema. De ahí la importancia de incluir la perspectiva de género¹¹ en la investigación y la intervención profesional de cualquier índole. Pero más que eso, es sustancial visualizar que se puede producir un “desliz hacia la moral” (Carril, 2012) hegemónica; esta investigación se propone alertar sobre este punto.

Hay muchas autoras que han analizado los textos freudianos desde las ciencias sociales, con la intención de evidenciar el androcentrismo de la teoría. Ya Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949) establece una crítica muy acertada a Freud cuando alega que ignoró el origen de la supremacía del macho. La autora le reclamó no haber comprendido que la primacía del padre tiene un origen patriarcal y éste, una historia y una función social. La sexualidad no es más que un aspecto de la sociedad, nada se debe dar por sentado en ésta: es una manifestación del ser en el mundo, no un dato irreductible. Si la niña tiene vergüenza de orinar en cuclillas, ¿qué es la vergüenza? (De Beauvoir, 1976). Es un sentir que tiene su origen en la relación de los sujetos con el mundo y de los

¹¹ La perspectiva de género intenta hacer evidente la desigualdad de poder entre hombres y mujeres y da cuenta de las diferencias que establece el orden de género. Investigar con perspectiva de género significa visibilizar las diferencias para evitar desigualdades.

sujetos entre sí; en estas relaciones está presente siempre el poder. “Las versiones de un mundo *real* no dependen por lo tanto de una lógica de *descubrimiento*, sino de una relación social de *conversación*, cargada de poder” (Haraway, 1995).

Sin tener presente que tanto el sujeto que se analiza como el que psicoanaliza están insertos en un sistema de relaciones de poder, y que la teoría desde la que interpreta al paciente responde y prescribe un orden de género, se puede incurrir en interpretaciones que reproducen el orden hegemónico. Desde este punto de vista, se presenta el análisis de algunos de los más importantes textos freudianos sobre la femineidad.

Brego por un “Psicoanálisis Situado” donde la clase, la raza, el género, la edad de los que intervienen se tengan bien presentes (Haraway, 1995). Esto es imprescindible para considerar desde dónde se mira la realidad, *qué y cómo se mira*, ya que siempre se mira desde una subjetividad, desde un contexto cultural, desde una teoría, desde un género, una clase, una raza, una pertenencia que tiene historia generacional.

El conocimiento siempre es parcial y se genera a partir de circunstancias que están en constante transformación, tal como lo plantea Haraway: desde distintas posiciones de sujeto se viven diferentes realidades; hay una relación inmanente entre posición de conocimiento y conocimiento generado. Por eso, se vuelven necesarias las conexiones con otras visiones parciales a la hora de construir conocimientos. Este libro ofrece una visión parcial— la de esta investigadora y la de las personas entrevistadas— desde otra visión parcial de la realidad: la práctica de algunas formas de psicoanálisis.

Tal como lo planteara antes De Beauvoir, “el psicoanálisis no puede encontrar su verdad fuera del contexto histórico” (1949). Por lo tanto, reconocer que las ideas de Freud se produjeron desde un lugar y un contexto, durante el Romanticismo, desde la visión del mundo de un hombre de clase alta y judío, implica comprender su idea del poder del padre. Lo cual

no invalida su pensamiento, sino que ofrece la posibilidad de mayor objetividad.

La lectura freudiana del placer es producto de lo que se consideraba el cuerpo de mujer en aquella época. Anne Koedt propone a Freud como el “padre del orgasmo vaginal”; que había inventado un cuerpo de mujer donde la sexualidad clitoridiana era considerada inmadura. Sin embargo, otras autoras como es el caso de Jane Gerhard plantean la importancia de considerar que Freud ingresó a este debate cuando los estudios biológicos sobre el cuerpo de la mujer aducían que el clítoris no era importante. Supuso entonces que la frigidez era causa de la inmadurez sexual (Gerhard, 2001a, 2001b). La sexualidad femenina ligada al placer vaginal elimina la posibilidad de comprender que el cuerpo todo es erógeno, pero, sobre todo, para la mujer, condiciona su desarrollo psicosexual a la superación del placer clitoridiano. La fuerte asociación del placer vaginal con la reproducción supone a la mujer receptáculo del pene y el semen masculino, y deja fuera las demás formas del placer. Esta idea contribuyó a malentender la sexualidad femenina y reproducir la idea patriarcal de que la mujer debe ser madre.

Jessica Benjamin introdujo el tema del poder y el patriarcado para volver a pensar la sexualidad femenina; revisa la teoría freudiana y plantea, entre otras cosas, que la envidia de la niña no es al pene, tal como interpretó Freud, sino a los privilegios y al poder de los hombres. En la cultura patriarcal, el pene simboliza ese poder. La niña es socializada en tal sentido desde que nace, rápidamente se da cuenta de que el padre goza de privilegios, que le otorgan más poder que a la madre. El problema no es el pene, ni la castración, sino el poder del padre dice Benjamin (1988). Por eso la niña cambia su amor, dirigido en principio hacia la madre, hacia el deseo de aceptación del padre y de compartir sus privilegios. La niña, entonces, quiere tener un pene porque asimila que ése que tiene pene, tiene privilegios. Interpretar la realidad con perspectiva de género reco-

noce las diferencias y evita universalizaciones androcéntricas.

Es importante tener presente que el sistema sexo/género atraviesa la cultura y organiza la sociedad, pues el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales y una forma primaria de las relaciones de poder. El conflicto psíquico no responde únicamente a lo que ha sucedido o acontece en una historia familiar. La familia se constituye en un sistema de relaciones más amplio, el *socius*. Existe en cada época una idea de familia; el psiquismo y sus conflictos responden a la dinámica que se da entre el orden social y el deseo inconsciente.

En el inconsciente no existe diferencia sexual, esta se constituye en relaciones sociales y es impuesta por el orden de género. Es el proceso de socialización el que instaura esa diferencia, de allí devienen los conflictos psíquicos.

¿Qué idea de género y por qué?

La idea de género que sustenta esta investigación es la de una categoría que estructura formas de relacionarse entre las personas y establece un ordenamiento social. El género no está dado por la naturaleza del sexo ni la biología del cuerpo, sino que se internaliza desde un orden social que asigna lugares y formas de ser y actuar en el mundo. La carne se hace cuerpo en un repertorio de relaciones sociales y en la medida en que hay un *otro* que reconoce su deseo.

Haraway (1995) señala que podrían clasificarse dos corrientes de conceptualización del género dentro del feminismo: la que adopta la distinción sexo/género como paradigma de la identidad y la que utiliza el sistema sexo/género como referente conceptual. En la primera corriente, se separa el sexo del género con la intención de recuperar la importancia de lo histórico, antropológico y cultural en la construcción de las identidades. En la segunda corriente, el empleo del término

“género” como categoría de análisis pone el énfasis en un sistema de relaciones que puede incluir el sexo, pero no está determinado por éste ni tampoco es determinante de la sexualidad (Scott, 2008). Scott argumenta que el uso de la palabra género a nivel descriptivo no aporta nada más que lo que observa, sin decirnos nada del porqué de esta construcción en las relaciones. Por eso es importante investigar los orígenes del sistema sexo/género para entender cómo se reproducen las desigualdades entre hombres y mujeres.

La noción “sistema sexo/género” fue utilizada por vez primera por Gayle Rubin en 1975 cuando escribió *Tráfico de mujeres*. Para ella: “Un sistema sexo/género es un conjunto de acuerdos por el cual la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el cual se satisfacen estas necesidades humanas transformadas” (Rubin, 1996: 36). Desde este punto de vista, el sexo deja de ser un dato natural y esencial, y aparece el género como un hecho construido en relaciones sociales; el concepto de Rubin sobrelleva la posibilidad de la transformación política del sistema.

Para analizar los orígenes del sistema sexo/género, Rubin recurre a los estudios antropológicos de Lévi Strauss y de Marcel Mauss. Así, pone el acento en el intercambio de las mujeres ofrecidas como regalo para consolidar vínculos internos entre los hombres y la identidad de cada clan, que se diferenciará a través de este acto. Una mujer, cuando se convierte en *la novia*, pierde identidad propia para pasar a ser un objeto que refleja la identidad masculina. La exogamia asegura los vínculos entre los clanes y la patrilinealidad se garantiza mediante la expulsión y la importación de mujeres. En el matrimonio, no se considera que la mujer tenga identidad propia, sino como un término de relación que vincula clanes con una identidad patrilineal común, pero internamente diferenciada (Butler, 1990).

De esta forma, las estructuras elementales de parentesco instauran un sistema de dominación masculina: una estructura

de dominio de la capacidad reproductiva de las mujeres para asegurar la paternidad. Esto exige varios ejercicios de opresión que garantizan que una mujer sea propiedad de un sólo macho. Si se introducen estos elementos, es más fácil entender la violencia de género como una de esas formas de ejercicio de la domesticación. Es necesario pensar, además, que estas condiciones son estructurales y no individuales: son las condiciones de socialización que impone el sistema.

Lo que hay que eliminar, según Rubin, “es el sistema que crea el sexismo y el género” (1986: 84). El análisis debe ser antropológico y social; económico y político antes que individual y psicológico, de lo contrario, se corre el riesgo de interpretaciones parciales que psicologizan y patologizan a los sujetos (Ferrer y Bosch, 2005).

Otro elemento importante que considerar para el análisis crítico es el concepto de heteronormatividad sobre el cual se edificó la teoría freudiana. La teoría del Complejo de Edipo se construyó sobre esos pilares.

La teoría psicoanalítica se edifica sobre la hegemonía de la heterosexualidad. Freud supuso la homosexualidad como una *inversión* y durante mucho tiempo el psicoanálisis la consideró una perversión. Desde hace unos cuarenta años esta postura está en revisión y debate, lo que ha provocado grandes discusiones al interior del psicoanálisis que, entre otros resultados, han desembocado en la “Declaración contra cualquier forma de discriminación en la API” (1999). Los aportes de los estudios de la diversidad sexual hacen necesario investigar cómo se interpreta la homosexualidad hoy, tanto en la teoría como en la práctica del psicoanálisis.

A pesar de que Freud consideró desde siempre que la homosexualidad no era una enfermedad y enfatizó que todos los seres humanos compartimos una bisexualidad originaria, la postura freudiana ha sido un tanto ambivalente en este punto. Hubo afirmaciones

contradictorias al respecto: la homosexualidad no es una patología, pero sí una desviación en el curso del desarrollo psicosexual, una interrupción en el desarrollo, una inhibición (Freud, 1905). Tales ideas, presuponen un modelo ideal del desarrollo, un esquema de normalidad que remite a estándares científicamente aceptados, aquellos promovidos por los sexólogos de la época y cuyo corolario es la existencia de una sexualidad “normal” *versus* otra “anormal”.

El esquema de la teoría de la sexualidad infantil en Freud se articula sobre la idea de que existe una forma de desarrollo “normal”. El pasaje por una serie lineal de “fases pre-genitales” y el Complejo de Edipo puede dar como resultado una estructura neurótica o psicótica. También puede dar como resultado una identificación invertida (Freud, 1961: 277).

Por otra parte, y además de las controversias teóricas, en el ejercicio práctico de la clínica existe ambivalencia. Algunas veces, lo que se dice no coincide con lo que se hace. Los estudios de género aportan una nueva mirada para discernir la homosexualidad.

Silvia Bleichmar (Argentina, 1944-2007) es una de las psicoanalistas contemporáneas que participó en el debate para cuestionar la teoría de la sexualidad infantil de Freud elaborada a partir de un modelo decimonónico de subjetividad. También discutió el Complejo de Edipo, resituando la asimetría del adulto con el niño. Así, separa y revisa lo que ya existe para descartar y recuperar, en nuevos desarrollos, las aportaciones del psicoanálisis. A partir de este análisis la autora realiza una revisión de los paradigmas de interpretación de la masculinidad. Sitúa a la identidad de género como anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos; lectura cotejada por sus casos clínicos. Sus aportes no sólo toman en cuenta el género como un elemento importante para pensar el sexo, sino que refuerzan los estudios y las teorías de quienes afirman que el género antecede al sexo.

Bleichmar fue discípula de Jean Laplanche, quien revisó la teoría de la sexualidad infantil, retomó la teoría de la seducción del adulto hacia el niño y propuso hacer recaer la prohibición del incesto en el adulto. Estas consideraciones replantean la teoría psicoanalítica en el siglo XXI: permiten repensar la teoría de la sexualidad infantil y el Complejo de Edipo y, por lo tanto, la psicopatología psicoanalítica, sobre todo los conceptos de perversión y de psicosis en la transexualidad (Bleichmar, 2009: 109-203).

El discurso psicoanalítico entendió la diferencia entre lo masculino y lo femenino en concordancia con las ideas del ordenamiento de género que predominaron en los siglos XIX y XX. En contraste, los cambios en la subjetividad obligan a replantear las formas interpretativas de estas categorías. La teorización que concibe el psiquismo como productor autónomo de fantasías, en un esquema donde se piensa la sexualidad como algo endógeno, ha tenido efectos destructivos para el paciente en la práctica del psicoanálisis, como lo señala la autora:

Toda interpretación que no sólo oculte la realidad determinante del síntoma, sino que convalide el imaginario sufriente del paciente sin desentrañarlo, constituye una captura ideológica que reduplica aquellas en las cuales el yo se encuentra prisionero o en las cuales el psicoanálisis mismo puede redoblar tal captura (Bleichmar, 2009: 69).

El problema fundamental en tal sentido se ha centrado en la utilización de categorías interpretativas que se apoyan en una teoría edípica que ubica a “la mujer” como un ente masoquista, pasivo, débil, loco, sentimental; mientras que “el hombre” como activo, violento, racional, fuerte. Dichas categorías, imprimen acepciones patológicas que dejan al margen el orden de género. La universalización de las nociones de masculino y femenino soporta la pérdida de la escucha del deseo del sujeto. De esta forma, el

psicoanálisis corre el riesgo de diluir al sujeto en una estructura endógena *mental* que perpetúa los patrones de una sociedad y una cultura.

Una práctica diferente del psicoanálisis que incluyera los aportes de los estudios de género, las críticas del feminismo y los debates actuales sobre la diversidad sexual, permitiría cuestionar los pilares fundamentales de la teoría: el Complejo de Edipo, el complejo de castración y la teoría de la identificación sexual.

Esto significa volver los ojos a la práctica clínica. ¿Qué se dice y qué se hace en la práctica de los psicoanalistas? Con la intención de respetar el propio método, esta investigación construye un dispositivo¹² que se inserta en el análisis de la interpretación y toma en cuenta la historia de vida de cada sujeto entrevistado. Así, se analiza el discurso y se muestran las reacciones al tema.

Esta investigación, desde una perspectiva de género, muestra cómo la idea de género del psicoanalista atraviesa su práctica. Indaga cómo los y las psicoanalistas escuchan e interpretan la violencia en contra de las mujeres, la homosexualidad y el abuso sexual, para comprender desde qué categorías de género se piensa la femineidad y la masculinidad. Las ideas de género del que interpreta atraviesan su práctica.

Las ideas freudianas sobre la diferencia de los sexos

En este apartado llevo a cabo un análisis epistemológico de los escritos freudianos con el fin de indagar qué categorías de

¹² Se entiende por dispositivo aquello que se construye para visibilizar lo oculto; para hacer evidente lo no mostrado: “un plan de trabajo que integra una serie de estrategias diseñadas para ofrecer alternativas de acción” (Montaño, 2002: 211).

hombre y mujer atraviesan la teoría, dado que esta investigación parte de la hipótesis de que una teoría androcéntrica puede incidir en la forma en cómo los psicoanalistas interpretan sus casos. La pregunta que subyace la reflexión es la siguiente: ¿es posible una práctica no sexista cuando se utiliza una teoría androcéntrica?

El psicoanálisis trabaja sobre la diferencia sexual y toda su teoría está basada en la comprensión de esta diferencia desde el pasaje, por lo que Freud postula el Complejo de Edipo para definir la identificación del sujeto como hombre, mujer o invertido/a (término utilizado por Freud para referirse a la identificación homosexual).¹³ La teoría del Complejo de Edipo femenino y masculino es producto de una época histórica y científica.

¿Cuál es el impacto de los intereses sociales y políticos, y de los prejuicios personales del investigador sobre la producción del conocimiento científico? (Blázquez, 2010: 25). La obra de Freud está apoyada en una idea de familia heterosexual hegemónica. Esto condiciona ciertas ideas de la sexualidad y la subjetividad femenina y masculina, a la vez que genera formas de abordaje interpretativo que pueden llegar a considerarse sexistas.

Los textos freudianos

Desde los primeros escritos sobre la histeria de 1893 hasta el final de la obra freudiana, hay una pregunta que insiste: *¿qué quiere una mujer?*, la cual ha sido retomada por el psicoanálisis desde diferentes escuelas. Cuando Freud estudió la histeria, su inquietud era que no hubiese evidencia médica sobre las causas biológicas de los síntomas. Una mujer podía sufrir de parálisis, pero no existía correlato físico de su padecimiento.

¹³ Véase Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*. 1905.

La suposición de que tal vez hubiera causas no biológicas lo llevó a postular la etiología sexual de la histeria y la existencia de un aparato psíquico, que, a partir de 1900, formuló a través de la teoría del Inconsciente.¹⁴

Su beca para estudiar en el hospital de la Salpêtrière, en Francia, le permitió conocer al maestro de la hipnosis, Charcot, quien lo dejó muy impresionado. En aquella época, la histeria era una enfermedad en descrédito, las mujeres histéricas se consideraban simuladoras y/o seres endemoniados. Fue Charcot quien intentó devolverle a la histérica su dignidad (Freud, 1976a: 20). ¿Cómo padecían todos aquellos síntomas sin orígenes aparentes? Freud retomó esta pregunta después de aprender a diagnosticar los síntomas. La primera conclusión, a partir de los estudios realizados entre 1893 y 1895, fue que la etiología de la histeria era sexual y que una de sus causas podía ser el abuso sexual en la infancia (Giberti, 2005: 162). Más específicamente, el abuso perpetrado por el padre de la paciente histérica. Esta hipótesis sentó las bases para la teoría de la seducción,¹⁵ tal como el mismo Freud la denominó, y que le valió el aislamiento de la comunidad científica (Freud-Fliess, 1986).¹⁶

En la conferencia que dictó ante la Sociedad de Psiquiatría y Neurología a inicios del mes de mayo de 1896 en torno a las causas de la histeria, señaló que las experiencias sexuales de las pacientes con adultos eran las que ocasionaban esta patología.¹⁷

¹⁴ Véase Freud (1900), *La interpretación de los sueños*.

¹⁵ Así se llama a la primera teoría de Freud sobre la etiología de los síntomas sexuales de la histeria. Se refiere a la seducción de la hija por el padre, o más precisamente, al abuso sexual sufrido por las mujeres en la niñez a manos del padre.

¹⁶ Freud-Fliess (1986). Carta fechada entre el 26 y el 28 de abril de 1896. Véase también la carta del 30 de mayo.

¹⁷ Véase la introducción de Strachey al artículo “La etiología de la histeria”.
de Freud, 1893.

Intentó demostrar que las vivencias de las histéricas eran de carácter psicológico y no neurológico. Pero entonces ¿qué razón llevó más tarde a Freud a abandonar su teoría de la seducción y, por consiguiente, la hipótesis de que detrás de los síntomas neuróticos había una etiología que en la mayoría de los casos estaba relacionada con un episodio de abuso sexual por parte del padre?

Masson, en su libro *El asalto a la verdad* (1985) muestra cómo en la traducción de las cartas Freud-Fliess se sustrajeron pasajes del original en alemán que podrían dar más información para entender este viraje de Freud a partir de 1897, cuando declara en una carta a su amigo médico que ya no “cree en su neurótica”.¹⁸ En ese momento, Freud abandona su hipótesis del abuso sexual sufrido por estas jóvenes a manos de sus padres y pasa a elaborar una hipótesis que se basa en la *fantasía de aquellos abusos*. Éste es el puntapié inicial de su famoso Complejo de Edipo, los deseos sexuales reprimidos hacia los progenitores del sexo contrario pueden ser el origen de la histeria y de la neurosis en general. Este complejo marca lo que algunas autoras describen como el pasaje del énfasis y la responsabilidad puestos en el deseo del adulto a la responsabilidad puesta en la niña (Bleichmar, 2006). A partir de esta nueva teoría, serán los y las hijas los seductores y responsables de sus fantasías, y no los progenitores.

Ahora bien, si se analizan los primeros escritos de Freud, entre 1893 y 1897, en la correspondencia con Fliess sobre la etiología de la neurosis, se evidencia que Fliess se inclinaba por pensar que era la masturbación y la insatisfacción sexual la que, por reflejo, ocasionaba problemas neurálgicos a las pacientes. El caso de Ema Eckstein fue el que finalmente hizo desistir a Freud de estas hipótesis; Ema podría considerarse la primera paciente con la que Fliess trató de probar su teoría.

¹⁸ Carta N^o 69 a W. Fliess, 1897.

Mientras Fliess elaboraba una teoría neurálgica de la neurastenia, Freud pensó en la fantasía. Si no había motivos neurológicos ni biológicos, entonces la neurastenia era psíquica. Encontró que había elementos sexuales implicados y postuló la etiología sexual y su relación con la represión de los deseos, pero borró de sus hipótesis cualquier sospecha de abuso sexual, porque éste no se podía comprobar científicamente. Así, los relatos de abusos sexuales de las histéricas pasaron a interpretarse como deseos y fantasías reprimidas que eran la causa de sus síntomas corporales.

Cito estos estudios como antecedentes porque es a partir del estudio de la histeria que Freud comienza a interrogarse y a teorizar sobre la mujer y la femineidad.

Las consecuencias del abandono de la teoría de la seducción

La vida amorosa de la mujer permanece envuelta en la oscuridad todavía impenetrable, en parte por la atrofia cultural, pero en parte también por la reserva y la insinceridad convencional de las mujeres: la única asequible es la vida amorosa del hombre. (Freud, 1976d: 137)

La desconfianza en su *neurótica* generó amplias consecuencias.¹⁹ Freud osciló entre creer lo que sus pacientes le mostraban y asumir lo que para él significaba consentir que un padre podía cometer incesto o desear a una hija y luchar contra esa creencia. No podía demostrar que los episodios de

¹⁹Esto se refiere al momento en que Freud afirma ya no creer en su hipótesis de que la histeria sea producto de la seducción y el abuso sexual perpetrados por el padre hacia la hija. Véase que no dice que no cree en sus neuróticas sino en su “neurótica”, o sea su teoría. Aunque la alusión podría significar también que ha dejado de creer en la palabra de sus histéricas.

seducción y abuso hubieran ocurrido efectivamente y a la vez observaba que existía un deseo inconsciente incestuoso hacia los progenitores. Lo único positivo de esta contradicción fue la postulación de la existencia del Inconsciente. Pero la teoría de la fantasía aniquiló la posibilidad de que este mal tuviera algo que ver con el hecho concreto del incesto. Por lo tanto, el Complejo de Edipo se postuló desde una negación de la seducción ejercida por el padre. Esto dio origen a una lectura particular del Edipo en la mujer, quien se convirtió en réplica castrada del varón. Freud no incluyó en su análisis las relaciones de poder y de opresión en un contexto social en que la mujer estaba subordinada al deseo del hombre. ¿Acaso no podría interpretarse el consentimiento y el deseo hacia el padre como una transacción derivada de la promesa de privilegios?

La histeria hoy día podría considerarse como una forma de queja de las mujeres reprimidas socialmente por su condición de ser mujeres y que, además, resiste la represión de sus deseos sexuales. Aunque el propio Freud demostró en su época que existía la histeria masculina, como forma de represión sexual, la histeria era una enfermedad mayoritariamente de mujeres.

Freud intentó dar espacio a las mujeres histéricas, pero no alcanzó a analizar aquello como un síntoma social. Se sujetó a las ideas morales de su época, que también atravesaban la forma en cómo se concebía el cuerpo de la mujer. En consecuencia, existe un núcleo no analizado pendiente dentro del psicoanálisis: las relaciones de poder entre los géneros y sus repercusiones en el aparato psíquico y la subjetividad.

Aunque Freud reconoció el discurso de la histérica como síntoma, al dudar de la posibilidad de abuso, por la imposibilidad de discernir con exactitud entre fantasía y realidad, condenó a la mujer de nueva cuenta a desconfiar de su sentir y acentuó nuevamente la escisión cuerpo-mente. Esto perpetró el

descrédito en la palabra de las mujeres, quienes continuaron siendo mentirosas, enigmáticas, oscuras, fantasiosas.

Sobre las consecuencias de la diferencia anatómica de los sexos

La dificultad para comprender las diferencias en el placer corporal entre hombres y mujeres también tuvo consecuencias en la forma en cómo Freud interpretó el cambio de zona erógena del clítoris a la vagina. Para el autor eso estaba asociado con la etiología de la neurosis en las mujeres, y más específicamente, con la histeria (Freud, 1976d). La interpretación del placer corporal femenino influyó en la forma en que Freud postuló el pasaje de la mujer por el Complejo de Edipo, la cual ha sido duramente criticada por el feminismo y por muchas mujeres psicoanalistas.

Las consecuencias de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres fueron para Freud las que definieron las diferencias psíquicas (Freud, 1976l). Mientras que para la niña el *complejo de castración* será el que la hará entrar al Complejo de Edipo, por rivalidad con la madre, el varón saldrá del Edipo por miedo a la castración. Esto marcó lo que se enuncia como la *envidia del pene* en la mujer y el deseo de un hijo del padre por esta rivalidad con la madre.

Es importante observar los señalamientos de Freud acerca de que las diferencias entre hombres y mujeres fueron colegidas a través de las observaciones que hizo en varones (Freud, 1976d: 137). No fue sino hasta 1919, al publicar el artículo “Pegan a un niño”, cuando admitió que en realidad la analogía era equívoca. El desarrollo de las mujeres lo derivaba por analogía con el varón (Freud, 1976l). Para Freud: “anatomía es destino” y fue desde esa posición que definió las diferencias entre mujeres y hombres:²⁰

²⁰ Frase de Napoleón citada en “El sepultamiento del Complejo de Edipo”, 1924.

La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. (Freud, 1976j: 185)

La envidia del pene tendría varias consecuencias para la niña (Freud, 1976j) que se exteriorizarían, según esta teoría, en la pubertad; entre ellas los sentimientos de inferioridad, los celos, el aflojamiento de los vínculos tiernos con la madre, el alejamiento y represión de la masturbación.

Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual. (Freud, 1976j: 186)

En el artículo “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” de 1925, Freud terminó por enunciar las diferencias entre el superyó del hombre y el de la mujer. Aduce en la niña una falta de motivos para sepultar el Edipo, dado que la evidencia de su castración es producida desde el momento en que observa y ve su cuerpo. Concluye, entonces, que esto genera un superyó débil en la mujer:

Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el varón. Rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles estarían ampliamente fundamentados en la modificación de la formación del superyó que inferimos en las líneas anteriores. (Freud, 1976l: 276)

Para el autor, el superyó es la instancia psíquica heredera del Complejo de Edipo. En este se entrelazan las expectativas familiares junto con la moral familiar y social: lo que se debe y lo que no. Es la instancia que convive con los deseos (ELLO) y con la realidad (YO). El superyó es el heredero del Complejo de Edipo porque su legado es la prohibición del incesto, el cual le marca el camino que alguien debe seguir para ser hombre, como su padre, o mujer como su madre. Este artículo tuvo amplia repercusión en el medio psicoanalítico de la época y generó reacciones (véase por ejemplo las anotaciones al pie de página de Strachey en Freud, 1976l: 225).

Freud escribió “La sexualidad femenina” en 1931 como respuesta a estas reacciones. En tal escrito reconoció la importancia que jugaba en las mujeres la fase pre-edípica con la madre. Sin embargo, puso demasiado énfasis en lo que esta fase significaba para la contracción de la neurosis si una niña no conseguía abandonar su primer objeto amoroso y no pasaba a sostener el deseo de tener un hijo con el padre. Llamó a esa posible fijación con la madre “Complejo de Edipo negativo” (Freud, 1976j y 1976n); lo argumentó así:

Con ello, la fase pre-edípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el Complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. (Freud, 1976n: 228)

En este artículo, Freud insistió en la comparación con las constelaciones que hallaba en el varón y se refirió la sexualidad clitoridiana como una organización sexual de carácter masculino. Así, describió las diferentes posibilidades de la femineidad en el pasaje de la fase pre-edípica a la edípica de la siguiente forma:

En el varón sin duda resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva. Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y así la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. (Freud, 1976n: 230)

De allí surgen, para el autor, tres posibilidades en el desarrollo de la mujer: una que lleva al extrañamiento de la vida sexual, lo que ocasiona la renuncia a la sexualidad; otra, conduce al complejo de masculinidad: la mujer se aferra a la idea de tener un pene, lo cual podría conducir a la homosexualidad femenina; y la tercera, que denomina como la única salida “normal”, toma al padre como objeto de amor y desemboca en la forma femenina del Complejo de Edipo con la consiguiente identificación femenina.

Es importante señalar que Freud ya imaginaba en ese momento que sus conclusiones podrían encontrar oposición entre *las feministas*, y se defendió de la siguiente manera: “...el sexo femenino no quiere aceptar algo que parece contradecir su igualdad al varón, cálidamente ansiada” (Freud, 1976n: 232).

De los presupuestos anteriores también dedujo que los reclamos de una mujer por insatisfacción hacia el marido, en realidad eran reclamos hacia la madre, por no haberla dotado de un pene. La madre se convirtió en la seductora a través del cuidado que ejercía sobre el hijo, a la vez que en el objeto de sus reclamos. Nunca pensó Freud ni discutió que esto pudiera ser bien diferente si los cuidados fueran ejercidos tanto por la madre como por el padre. Recordemos también que, hasta 1897, en el discurso freudiano, el seductor había sido el padre; y que tanto Horney como Jones (1924), señalaban que la envidia del pene y el complejo masculino en la niña eran defensas contra la seducción.

Así de lo antes expuesto se puede concluir que la visión de Freud sobre las diferencias entre hombre y mujer estaba totalmente influida por la disparidad anatómica de los sexos y por el imaginario social de su época. De ahí derivó su idea de una mujer masoquista y ligada a la actitud pasiva, a la vez que a lo afectivo y sentimental que no se apega a las normas, que tiene un superyó débil y rivaliza con su madre, actitud que luego trasladará a su marido. Es decir, una mujer con necesidad de ser amada más que de amar y un sentimiento de vergüenza porque quiere ocultar sus genitales castrados: “La niña es entonces menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso es más dependiente y dócil” (Freud, 1976ñ: 109). Aunque en su conferencia “La feminidad”, de 1933, deja entrever que *no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social*, no desarrolló la segunda opción, que sí se ha investigado en los estudios de género, los cuales pueden hoy aportar una visión amplia para repensar la feminidad/masculinidad y todas las otras posibilidades genéricas (gay, lesbiana, trans, intersex) dentro del psicoanálisis.

La reacción de la madre ante el nacimiento de un varón o una mujer también la pensó Freud como diferencial, pero para nada la atribuyó a la domesticación social; tampoco consideró el poder que tiene el padre en la familia y los beneficios sociales de los que goza. En la teoría freudiana, en todo momento la figura de “mujer” se iguala a “madre”; incluso en la función de esposa:

La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad. El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar la madre respecto de él (Freud, 1976ñ: 124).

La primera ligazón amorosa de la hija con la madre será la que asegure una identificación que permita luego ejercer las dotes maternas; el legado de la maternidad se convierte en lo más importante a transmitir. La identificación de la hija con la madre parece darse a través de la posibilidad del ejercicio maternal.

Freud termina este artículo reconociendo que lo que ha dicho sobre la feminidad está comandado por la función sexual, pero que la mujer *ha de ser además un ser humano*, y que si queremos saber algo más de ella nos tenemos que internar en sus experiencias de vida: “preguntemos a los poetas o aguardemos a que la ciencia nos dé más información” (Freud, 1933).

A cien años de estos escritos, se incursiona en la praxis del psicoanálisis para investigar si las ideas hegemónicas que lo fundaron continúan vigentes a la hora de la interpretación de los casos clínicos, o si, por el contrario, los y las psicoanalistas se dieron a la tarea de introducir cambios en la interpretación de los sujetos que les consultan.

CAPÍTULO 2

**FEMINISMO, GÉNERO
Y PSICOANÁLISIS**

Revisar la historia y construcción del concepto de género resulta importante. Inicio con un recorrido histórico por el feminismo, ya que es donde surge el concepto de género. La importancia de pensar en perspectiva de género en las disciplinas de las ciencias sociales, especialmente en la psicología y en el psicoanálisis, es crucial tanto para la supervivencia del psicoanálisis a nivel teórico, como para los cambios que debería introducir su técnica. En este documento se ubican las razones por la cuales estos debates deberían estar presentes en el psicoanálisis para actualizar y repensar su práctica.

Sobre feminismos

El feminismo puede ser definido como un movimiento social y como un conjunto de teorías en torno a la situación y condición de la mujer que se reúne en un proyecto político singular (Bobbio y Marteucci citado en Barquet, 2002). El objetivo del feminismo es la búsqueda de “transformar y revolucionar las relaciones entre los sexos, alcanzar una condición igualitaria entre ellos y democratizar la sociedad” (Lau citada por Maceira, 2008: 52-53).

Para Francesca Gargallo “el feminismo es la historia misma de la relación entre mujeres cuando reconocen su alteridad con respecto a la cultura del hombre; es la relación entre mujeres y la política que brota de ellas” (Gargallo, 2006: 142).

Diana Maffía, filósofa argentina, lo define como prescripción y praxis; en toda sociedad las mujeres están peor que los varones. Prescripción, algo que no debería ser así, y praxis implica el compromiso de hacer lo que esté al alcance para impedir esa desigualdad (Maffía citada por Gargallo, 2006: 96-97).

La premisa del feminismo, “lo personal es político”, manifiesta que todo se vincula con el ejercicio del poder (Lamas, 2006); las relaciones humanas están atravesadas por el poder. Las jerarquías entre los sexos establecen formas de relacionarnos atravesadas por el poder que promueven y estimulan relaciones inequitativas, de dominio y opresión de unos sobre otras. La condición sexual de “mujer” la coloca en una situación de opresión, junto a tantas otras que un ser humano puede sufrir. A esta se suman la condición de clase, la etnia, la raza y la edad. Señalo esto porque mi punto de partida es el que se identifica con la idea de “mujeres” definidas en condiciones de opresión compartidas por todas nosotras en tanto sexo, pero a la vez diferenciadas en tanto mujeres múltiples. Una mujer indígena pobre sufre por lo menos tres formas de opresión, por lo tanto, su condición es diferente de la de una mujer blanca de su misma clase social.

La norma regula la condición sexual y en el mundo occidental se basa en la heterosexualidad. Quien no entra en esa norma, será considerado fallado, enfermo, invertido, loca, fuera de lugar.

Si se nace con un sexo de mujer se deberá atender a una serie de actuaciones de género que subjetivarán ese cuerpo para que responda a las condiciones esperadas para una mujer: ser sensible, pasiva, suave, estar al servicio del bienestar y cuidado de los otros. La encargada directa de transmitir estos lineamientos es la familia; pero no la única, ya que el género y la heterosexualidad que lo rige se transmiten desde todas las instituciones sociales. Lo que llamamos género es lo que construye y moldea permanentemente el sexo de un sujeto. Esta concepción es la que Judith Butler ha dado en llamar la “performatividad del género” (Butler, 2004). El concepto tomado de J.L. Austin, quien escribió *Cómo hacer cosas con palabras* (1972), acarrea un elemento importante para pensar la construcción del sexo: la posibilidad del género sólo se realiza en función de una iteración, una reiteración de una cita, que además de ser reiterada deberá tener

la condición del reconocimiento de una comunidad hablante, la convención. Cuando un sujeto resiste a la norma heterosexual y provoca una alteración en esta iteración, resiste las formas hegemónicas del sexo y se vuelve blanco de la patologización.

Pensar el género en tal sentido nos introduce en las relaciones de poder que norma la ley de la heterosexualidad. Esto es un asunto de suma importancia a considerar a la hora de pensar temas como las feminidades, masculinidades, homosexualidades y transexualidades. En la disciplina psicológica fue desde la década de 1970 que en los Estados Unidos, algunas investigadoras introdujeron la importancia de pensar con perspectiva de género, con el objetivo de visibilizar que hombres y mujeres sufren de diferente manera y, por lo tanto, necesitan diferentes tratamientos (Barberá y Cala, 2008). En América Latina esta discusión aún no se legitima, es poco lo que desde allí se ha reconsiderado para replantear las formas en las que se realiza la práctica psicológica. Por lo tanto, es sopesable sistematizar los conocimientos que puedan reunirse al respecto.

Al introducir los aportes de los estudios de género se hace necesario preguntar: ¿Las relaciones de poder son tomadas en cuenta en la constitución del aparato psíquico de la teoría psicoanalítica? ¿Qué aporta la teoría de la performatividad a la teoría de la sexualidad psicoanalítica? ¿Qué cambios deberían introducirse en la práctica del psicoanálisis a partir de los estudios de género?

Breve reseña histórica

Para comprender el feminismo es necesario establecer un recorrido que muestre y sitúe de dónde parten las premisas de su teoría.

El feminismo surgió hacia finales del siglo XIX, pero su historia se gestó desde antes. Hay antecedentes de mujeres

que en el siglo xvii y xviii objetaban por el derecho a la educación y a la ciencia (Gargallo, 2006: 123-124).

En el contexto latinoamericano, el feminismo no es una corriente homogénea (Serret, 2008a). Existen muchas formas de feminismo: el feminismo radical, el de la diferencia, el socialista, el ecofeminismo. Ha transitado por varias etapas, cada una marcada por un contexto histórico que a la vez contiene diferentes reivindicaciones para las mujeres.

En la etapa llamada *sufragista*, que va desde finales del 1900 hasta 1930,¹ se constituye el feminismo como filosofía política. Lo central era discutir sobre la libertad y el sujeto; así fue que se gestó la identidad “mujer” como instrumento de unión para la lucha política, que ha persistido casi hasta el inicio de la tercera ola.² Esto dio lugar a algo que Martha Lamas denomina “mujerismo”, refiriéndose a una concepción que *esencializa... idealiza las condiciones naturales... y mistifica las relaciones entre mujeres* (2006: 129). A pesar de esta crítica, este concepto de mujer como sujeto político fue muy oportuna y necesaria en aquel momento a los efectos de visibilizar nuestra condición común de opresión y de desigualdades, para abanderar reivindicaciones políticas y exigir derechos.

Durante esta etapa, el feminismo del cono sur se agrupó para luchar básicamente en torno a tres ejes: el reconocimiento a las capacidades intelectuales de las mujeres, el derecho a trabajar en cualquier ocupación para la que tuvieran habilidad y el derecho a participar tanto en la vida cívica como política. El Primer Congreso Internacional Feminista tuvo lugar en Buenos Aires en 1910; en esta instancia se discutió y aprobó el sufragio universal como derecho igualitario; no hubo acuerdo sobre qué medidas tomar y cómo presionar para obtenerlo

¹ Algunas la citan desde 1870 otras desde 1880.

² Incluso podemos decir que persiste en diferentes fracciones del feminismo, ya que no existe un feminismo sino varios.

legalmente, debió pasar otra década para eso (Lavrin, 1998).³ En ese mismo momento se comenzó a debatir el tema del derecho a la educación sexual de las mujeres.⁴ También el tema de la maternidad y el aborto, que producía altas tasas de mortalidad.⁵

En la década del 1930, durante la etapa *liberacionista*, las mujeres en América Latina fueron incorporadas masivamente al mundo de la fábrica, el comercio y los servicios públicos (Serret, 2008a). El derecho al voto fue consolidado y el derecho a la educación adquirió relevancia.

En el escenario uruguayo de aquella época destaca el debate que propició la interesante disertación de Carlos Vaz Ferreira sobre el feminismo. Para él, la controversia feminista estaba dada en tres frentes: el de iguales derechos ante la ley, las relaciones de género y los roles de los sexos en la familia. Su aporte denominado “feminismo compensatorio” afirmaba que las mujeres debían resarcirse en sus derechos, ya que era la sociedad la que las había declarado “incapaces” y en realidad su función para la maternidad era muy importante, por lo cual había que compensarles con protección. Aunque el autor argumentaba las diferencias entre hombres y mujeres desde los principios biológicos y colocaba a las mujeres vulnerables e indefensas, las miraba como sujetas de derechos (Lavrin, 1998: 38-40).

A finales de esta etapa, el libro de Simone De Beauvoir publicado en 1948 causó resonancia. Bajo la premisa “no se nace mujer, se hace”, enfatizó que la condición de subordinación de la mujer no es natural: la mujer se hace a través de la introyección de un lugar social que se transmite sobre todo a

³ Traducción por quien suscribe.

⁴ En Uruguay, en este período de la lucha feminista, durante el gobierno de José Batlle y Ordoñez, se aprobó la primera ley latinoamericana de divorcio por sólo consentimiento de la mujer; fue en el año 1913.

⁵ En Uruguay la defensa en este debate se la llevó la maternidad y el cuidado del hijo y el derecho al aborto quedó relegado hasta el año 2012.

través de la familia pero también en las diferentes instituciones sociales (Barquet, 2002). Un año después de esta publicación, la mexicana Rosario Castellanos, quien no conocía el libro de Beauvoir, presentó una tesis: *Sobre la cultura femenina*, donde analizó y argumentó que las mujeres sí hacen cultura (Gargallo, 2006: 136).

Entre la década del 1950 y del 1970 se luchaba por el cuestionamiento de la cultura, la vida cotidiana y las ideas de progreso (Serret, 2008a).

La coyuntura vivida en América Latina durante los años setentas, hizo que las mujeres se unieran a las luchas guerrilleras. El compromiso fue más con las transformaciones políticas y de clase que con las de género (Gargallo, 2006; Maceira, 2008). Las dictaduras militares sufridas en el cono sur durante aquellas décadas sumaron la lucha de las mujeres a la resistencia, pues el reto era subvertir las desigualdades de clase.

Durante 1980 adquirió visibilidad en la agenda feminista la lucha por la no violencia contra las mujeres.

Para Serret (2008a) la década de 1990 es la de la formulación de políticas y proyectos sensibles al género.

Las reivindicaciones más fuertes fueron entonces por los derechos sexuales y reproductivos, el derecho a la maternidad voluntaria, así como al libre acceso a los anticonceptivos y al aborto. Se tomaron herramientas de diferentes disciplinas para problematizar el privilegio masculino y así surgió la necesidad de mostrar las diferencias sexo-género para desnaturalizar la desigualdad. Se estableció en esta época la concepción del sexo como diferencia biológica, y el género como la construcción social de esas diferencias.⁶

⁶ Concepción que tuvo su origen en los estudios del psicólogo John Money, quien en 1958 trasladó el término género de las ciencias del lenguaje a las ciencias de la salud y postuló que existía un sexo y un género a partir del estudio de algunos casos de intersexuales. Uno de sus casos fue el de los

En la década de 1980 la lucha fue por vencer el “techo de cristal”⁷ que se les imponía a las mujeres; los obstáculos invisibles que bloquean su arribo a los lugares de poder, los puestos académicos de dirección, los altos niveles en las empresas; la lucha por la premisa a igual trabajo igual salario y por más oportunidades.

gemelos Brian y Bruce. Bruce (John para el Dr. Money) fue víctima de una mala praxis de circuncisión cuando tenía ocho meses, tal que su pene fue quemado por exceso de voltaje. Frente a esta situación de desesperanza los padres acudieron al Hospital Hopkins, en Baltimore, donde consultaron al equipo del Dr. Money, especialista en reasignación de sexo. Este médico sugirió a la familia el cambio de sexo, que Bruce se transformara en Brenda (Joan). Para lo cual se le realizó una vaginoplastia y terapia hormonal. Pero las cosas no resultaron tan fáciles para Joan ya que a sus tempranos dos años comenzó a detestar las ropas y los juegos de niñas. Esto fue tan sólo el origen de sus depresiones y sus varios intentos de autoeliminación, así como el alcoholismo de su padre y la depresión de su madre. La premisa de Money de que era posible construir el género cayó cuando Brenda, eligió ser varón en cuanto tuvo oportunidad, convirtiéndose en David. Luego de padecer grandes crisis emocionales y ser sometida a diferentes terapias, cuando sus padres le contaron la verdad sobre su identidad, Brenda decidió recuperar su identidad masculina y fue sometida a una reconstrucción de pene y terapias hormonales. David se casó, pero su matrimonio tuvo dificultades debido a sus altibajos emocionales; en mayo del 2004 decidió suicidarse a la edad de treinta y ocho años, días después que su esposa le comunicara que deseaba separarse y dos años después que lo hiciera su hermano gemelo, Brian. Este caso muestra la complejidad del tema y la dificultad de separar sexo de género. Hoy día a partir de los aportes del feminismo postmoderno se puede volver a pensar el tema sexo-género; ya que no es posible olvidar que existe una materialidad biológica, aunque, como veremos al trabajar los aportes de Judith Butler y Beatriz Preciado, la naturaleza corporal no nos precede ni nos determina. Ya no es posible decir que el sexo es la naturaleza sobre la cual se construye un género. El orden de género antecede y construye el sexo. Aunque no es posible dejar de lado que el sexo es también hormonal.

⁷ Concepto desarrollado por Mabel Burín, se recomienda ampliar en *Las “fronteras de cristal” en la carrera laboral de las mujeres*. Género, subjetividad y globalización; Anuario de Psicología 2008, vol. 39, n° 1, 75-86.

Específicamente en el cono sur, entre los años 1970-1990, las reivindicaciones por la igualdad se volvieron hacia las causas comunitarias, con intenciones de transformación política (Macedira, 2008). En esta década surgieron diferentes luchas específicas de las mujeres latinoamericanas; una importante es la que agrupa la de las afroamericanas. Se articulan las demandas de género con las específicas para cada grupo de mujeres: pobres, afrodescendientes, indígenas, adolescentes, campesinas.

En esta época aparece el género como categoría de análisis. Una categoría política en tanto permite un análisis de las relaciones de poder, así como de las desigualdades en una sociedad y un contexto. Considerada como una más de las categorías que nos permite visibilizar formas de opresión, junto a otras como las de clase, raza y edad, el género no representa a un individuo sino a una relación social. Representa a un individuo en tanto perteneciente a una clase o tipo de individuos en relación con otros.

El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, las cuales se basan en las diferencias percibidas entre los sexos, y el género es una forma primaria de las relaciones simbólicas de poder (Scott, 2008).

El género es uno de los campos primarios sobre los que se articula el poder (Scott, 2008), el género ordena las relaciones. Considerar este punto es algo bien importante dado el mal uso que se ha hecho de esta categoría; muchas instituciones y políticas de estado la introducen, pero la usan sólo como un slogan (Lamas, 2006). En muchos casos la visión de género alude a desagregar cifras por sexo, otras a operar políticas que favorezcan a las mujeres. Introducir la perspectiva de género es pensar el género como campo articulador de poder y hacer propuestas tendientes a revertir la situación del dominio de unos sobre otras.

El feminismo, con su concepto de género, propone una nueva concepción del sujeto basada en una identidad múltiple y contradictoria, construida con base en representaciones heterogéneas y heterónomas del sexo/género, etnia y clase. Considera al sujeto definido por su condición de opresión y por su conciencia de tal, un sujeto de la experiencia política. La categoría de género reconoce que mujeres y hombres son afectados de distinta forma en disímiles contextos y conjuntos de relaciones; establece observar cómo opera la desigualdad de género en la vida de las personas. Haber integrado la categoría de género en las ciencias ha consentido interpretar la información y los datos de forma diferenciada, para intervenir con proyectos y políticas transformadoras de la realidad social.

Fue en la década de 1990 cuando el feminismo se posicionó con un perfil político; la meta fue influir en las políticas públicas dirigidas a las mujeres. Se realizaron en aquel momento alianzas y pactos con diferentes fracciones partidarias para luchar por la no violencia. Al mismo tiempo se reclamaron las cuotas, más mujeres en los lugares de representación política. Las conferencias internacionales de la ONU, Población y Desarrollo en 1994 en El Cairo y la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer en Pekín en 1995, obligaron a los gobiernos a tomar posición sobre el aborto. Esto dio lugar a múltiples divisiones y rupturas en el movimiento feminista. Algunas feministas apoyaron la lucha dentro de la política partidaria, otras, se opusieron radicalmente. Surgió entonces el llamado feminismo autónomo. Las reflexiones académicas se orientaron a repensar el concepto de sujeto y de identidad en las humanidades y en las ciencias sociales.

Pensar en perspectiva de género significa, por un lado, visibilizar las desigualdades que viven hombres y mujeres, por otro, realizar propuestas que ayuden a contrarrestar y disuadir tal desigualdad. Fue durante esta década (1990) que se introdujo

la perspectiva de género en los estudios sociales (Serret, 2008b). Con los debates ya dados dentro del feminismo y este instrumento, la perspectiva de género, se comenzó a debatir sobre las formas androcéntricas de acceso al conocimiento, los resultados sexistas obtenidos y la necesidad de realizar cambios para que las investigaciones arrojaran resultados ciertos sobre la realidad desigual que viven hombres y mujeres. La perspectiva de género dentro de las ciencias es una forma de acceso al conocimiento que parte y abreva de los estudios feministas, propone debatir en relación con la epistemología y se posiciona respecto de las metodologías que se utilizan para acceder a la interpretación de la información.

La epistemología feminista

Un análisis exhaustivo partiendo de la epistemología feminista permite pensar cómo están contruidos los conceptos que se manejan en la ciencia y, desde ahí, seguir la pista a cómo se aplican y lo que se hace con ellos en la práctica (Blázquez, 2010). Así, la epistemología feminista se convierte en una forma de acceso al conocimiento desde ciertos parámetros que cuestionan fuertemente la construcción de la mayoría de las teorías desde discursos masculinos y masculinizantes, siempre circunscritos al contrato heterosexual. Producir conocimiento desde otro “punto de vista” (Harding, 2010) es la tensión que aporta la teoría feminista. No un punto de vista de la mujer, o un punto de vista femenino, sino otro diferente al hegemónico que enfatiza las estructuras de opresión de un género sobre otros: producir conocimiento que confluya con la participación de los implicados, dando importancia a la experiencia del grupo y las comunidades, así como a la conciencia grupal de sus formas de opresión.

Una de las críticas más poderosas que realiza esta forma de acceso al conocimiento a la ciencia moderna occidental se

refiere al pensamiento dicotómico: el pensar desde las oposiciones entre femenino-masculino. Existen otras dicotomías que la epistemología feminista propone de-construir: la oposición objetividad-subjetividad es la más importante. Para los estudios feministas no existe la posibilidad de la objetividad sin antes aceptar la implicación y la enunciación de dicha implicación de la persona que investiga. Es así como la toma de conciencia de su posición como ser sexuado, genérico, racial, etario y de clase es crucial. Sólo es posible la objetividad desde la subjetividad consiente y declarada, lo que Sandra Harding llama *objetividad fuerte*. Las filosofías de las ciencias están siempre posicionadas políticamente, tanto si sus investigadores se lo proponen o no (2010); por lo cual, no existe la neutralidad en la ciencia. El conocimiento se produce en relación y esas relaciones son relaciones de poder, relaciones entre los géneros, relaciones racializadas y atravesadas por las ideas, las creencias y la forma de ver el mundo de quien investiga.

Desde la epistemología feminista, también se cuestiona la norma heterosexual como la única posible y se analiza históricamente cómo esta idea está naturalizada por la función reproductiva; el binomio hombre-mujer surge de la norma heterosexual.

Esta crítica está alojada en otra, que es la crítica a la descontextualización y la deshistorización de los conceptos, cosa que deshumaniza por completo cualquier conocimiento. La epistemología feminista propone la historización de cada concepto y de cada hallazgo científico. Un concepto tiene una historia en tanto los sistemas de pensamiento tienen una historia; esto es algo que Foucault se ha encargado de demostrar con sus investigaciones en la historia de la locura, la historia de la clínica y la historia de la sexualidad, sucesivamente durante 1961, 1963 y 1976.

Las visiones a-históricas de las ciencias humanas hicieron que durante mucho tiempo se naturalizaran las diferencias

entre hombres y mujeres, y no se comprendiera que la asignación de roles genéricos está determinada por la división sexual del trabajo que colocó a las mujeres en el papel de la crianza y las funciones domésticas y, en contraparte, a los hombres en la de proveedores y guerreros. Esta división del trabajo trajo aparejadas marcas en los cuerpos: la fuerza en el cuerpo del varón obedece a esa asignación, no es pura naturaleza. A la inversa de lo que las ciencias naturales clásicas androcéntricas pueden decir, desde una perspectiva feminista toda la naturaleza humana tiene historia.

Para explicar las razones de esto, la investigación feminista comenzó a estudiar “hacia arriba”, tratando de explicar cómo funciona la estructura social, las instituciones dominantes y sus ideologías. Ciencia y política de la mano: “cuáles políticas favorecen y cuáles obstruyen el desarrollo del conocimiento, y para quiénes (qué grupos) tales políticas favorecen u obstruyen el conocimiento” (Harding, 2010).

Por otra parte, los estudios feministas se posicionan desde el conocimiento situado y comprometido con las formas de liberación del sujeto. Se trata de mostrar cuáles son las condiciones que favorecen la opresión subjetiva haciendo evidente las formas en que las relaciones de poder masculinizantes atraviesan los cuerpos, las miradas, los análisis, las interpretaciones teóricas y la intervención social.

La ciencia no es neutra, es una producción discursiva que obedece a épocas, contextos, culturas, economías, estructuras sociales.

Otro elemento importante a considerar desde los estudios feministas es la construcción grupal del conocimiento, la posibilidad de que se utilicen metodologías cualitativas donde los implicados participen en la construcción del conocimiento.

Todo lo expuesto conduce a la propuesta de una ética, una forma de hacer ciencia que cuestiona y debate las convenciones modernas de acceso y construcción del conocimiento, y

a la vez propone nuevos modos, nuevas alternativas críticas y deconstrucciones (Derrida, 1992) permanentes.

Diferentes concepciones sobre sexo-género

El debate teórico contemporáneo en los temas de género está centrado sobre la imposibilidad de separar sexo de género. Esto se lo debemos a los aportes de las postestructuralistas y la forma en cómo retoman los estudios de Foucault para volver a pensar el binomio masculino-femenino, la hegemonía heterosexual, la construcción del cuerpo sexuado y la diferencia sexual.

Para considerar esta discusión se hace importante el aporte de J. Butler con su concepto de *performatividad del género* y los de B. Preciado con su concepción sobre la violencia del género y la discusión sobre la materialidad del cuerpo.

Butler introdujo en las últimas dos décadas una filosofía del sexo-género que cuestiona que el sexo sea un producto biológico. El sexo con el que nacemos no viene dado por la naturaleza, sino que es construido por un género que se articula desde una matriz heterosexual. El sexo es, por lo tanto, un producto discursivo, aunque con esto Butler no niega la materialidad del sexo y del cuerpo, el sexo necesita de la reiteración forzada de la norma para ser construido, por lo cual, la materialización nunca es completa.

Esto se explica, según Foucault, por la invención del dispositivo de la sexualidad durante la modernidad. El autor plantea que, en épocas anteriores, lo que existían eran prácticas sexuales, pero no existía la sexualidad como dispositivo (Foucault, 1977). La sexualidad es una invención histórica, empieza a existir a partir del siglo XIX. Esto implica que a partir de esa época la sexualidad va a definir diferentes tipos de sujetos. Se inventan nuevas categorías identitarias definidas por sus prácticas: homo-

sexuales, zoófilos, pedófilos, sadomasoquistas y todas las otras filias. Lo que surge a partir del dispositivo es un sujeto individual definido en función de su deseo, en función del sexo de su objeto de deseo.

La categoría de sexo es normativa desde el comienzo del nacimiento, lo que Foucault llamó “ideal regulatorio” (Butler, 2002: 18). Este ideal regulatorio del sexo se rige por el modelo heterosexual y las prácticas reiterativas que normativizan el cuerpo para conseguir la *performatividad de un sexo*; se rigen por la matriz de hombre o mujer; a la vez todo lo que queda excluido se considera “abyecto” y mediante esta exclusión se crea el cerco que define nuevamente la matriz heterosexual, “una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que después de todo es interior al sujeto, como su propio repudio fundacional” (Butler, 2011: 60).

La naturaleza del cuerpo tiene una historia, una historia de *sujeción*, es decir, de ser sujetados a la norma para la socialización. Nuestra subjetividad se produce en ese proceso. Pensar al género como construcción social no significa necesariamente que deba existir un *yo* o un *nosotros* que realiza o es responsable de determinar esa acción; no significa *una voluntad* que hace esto. Este punto ha sido ampliamente criticado a Butler; el problema está en comprender su concepción de sujeto; para Butler, no es que exista un yo que hace y decide su género, sino que hay *un sujeto que se hace*, un sujeto en un proceso. No existe un sujeto *a priori*, esencial. La naturaleza y la sociedad son sujeto en acción.

Sujeto al género, pero subjetivado por el género, el yo no está ni antes ni después del proceso de generización, sino que sólo emerge dentro (y como la matriz de) las relaciones de género mismas (Butler, 2011: 64).

El género se hace en una actuación reiterada de poder; es lo que materializa el sexo en un proceso que nunca acaba a través de la reiteración de normas. Esto es lo que hace que la norma deba reiterarse y por lo tanto también permita su falla. La reiteración falla en la producción de una hegemonía y entonces hace posible otras identidades: gay, lesbiana, trans. Para la autora, a la vez, la identidad genérica no es una categoría intra psíquica, sino el efecto de la reiteración de la cita y de los actos que produce el mandato de la matriz (Pons y Garosi, 2017).

B. Preciado, por otro lado, siguiendo los argumentos de Butler, cuestiona el concepto de violencia de género ya que, desde esta concepción, el género es en sí mismo violento por excluir cualquier otra posibilidad de identificación que no sea la del binomio masculino-femenino. En su trabajo *El manifiesto contra sexual*, intenta una deconstrucción de la idea de cuerpo de placer apoyada en la idea del cuerpo sexual como construcción discursiva.

La contra-sexualidad es también una teoría del cuerpo que se sitúa fuera de las oposiciones: hombre/mujer, masculino/femenino, heterosexualidad/homosexualidad. Define la sexualidad como tecnología, y considera que los diferentes elementos del sistema sexo/género denominados «hombre», «mujer», «homosexual», «heterosexual», «transexual», así como sus prácticas e identidades sexuales no son sino máquinas, productos, instrumentos, aparatos, trucos, prótesis, redes, aplicaciones, programas, conexiones, flujos de energía y de información, interrupciones e interruptores, llaves, leyes de circulación, fronteras, constreñimientos, diseños, lógicas, equipos, formatos, accidentes, detritos, mecanismos, usos, desvíos (Preciado, 2002: 19).

La forma en que vivimos los placeres del cuerpo obedece también a una matriz heterosexual que nos ha performatizado para gozar de formas masculino/femeninas, y ha establecido y autorizado determinadas partes de nuestro cuerpo para tal fin.

De tal forma que las zonas erotizadas son sólo los genitales: el pene y la vagina. Así es que se goza como hombre o se goza como mujer.

Pero el cuerpo es una gran zona erógena, tal como lo enunció Freud en su teoría de la sexualidad infantil (1976d) y Preciado con sus ejemplos de ejercicios prácticos pretende, llegando inclusive al absurdo, desarticular esa matriz para mostrarnos la forma en que nuestros cuerpos son productos de las “tecnologías del yo”. Es así que afirma que todos somos *post-operatorios* y no *pre-operatorios* como se pretende hacernos creer desde el modelo médico biologista; todos somos productos de esas tecnologías de poder que produjeron un cuerpo sexuado dentro de la norma heterosexual.

El concepto de *tecnologías del yo* lo tomó Preciado de Foucault, quien lo desarrolló en *Historia de la sexualidad* (1977) ¿Cómo el sexo ha sido colocado en el lugar de la investigación para saber de la sociedad? Al sexo en occidente se le pregunta lo que somos, se trata de descubrir la verdad del sujeto en el sexo, no en el sentido biológico sino en el sentido discursivo. El autor no habla de “dispositivo de género” como tal, sin embargo, considero que este concepto aplica para pensar que en cada cultura y cada época existe un dispositivo de género que antecede o tal vez acompaña al dispositivo sexual y normativiza las formas de ser en el mundo. Esto ha sido trabajado en la antropología por varios autores entre quienes se encuentra Aurelia Martín Casares (2008) y más recientemente por Joan Vendrell (2013) dentro de lo que da en llamarse antropología del género.

Si bien la idea de cuerpo erógeno se la debemos al psicoanálisis, no ha reflexionado lo suficiente sobre el cuerpo heteronormado. En la teoría psicoanalítica, el cuerpo nunca se consideró un atravesamiento de relaciones de poder, menos una construcción social discursiva diagramada por una matriz heterosexual. Sin embargo, esas relaciones de poder

actúan en y desde el cuerpo. El dispositivo sexual está enfocado y centrado en el cuerpo. La célula familiar tal como fue pensada desde el siglo XVIII es la garante de la reproducción de ese sistema, la encargada de la higiene mental, la que educa a los niños dentro de esos parámetros aceptados, la “vigilante de los cuerpos”.

Hacia fines del siglo XVII cada individuo es instado a vigilarse, nace una nueva tecnología del sexo por mediación de la medicina: la pedagogía y la psicología. Surgen los *sujetos tipo* definidos por su sexualidad. La histeria es una invención en tal sentido que responde a la pregunta por la sexualidad de las mujeres “quejosas” que enfermaban en aquella época y sobre quienes se interpretó insatisfacción sexual dirigida al padre (Freud, 1976d), sin analizar que tal vez la insatisfacción sexual era legítima y no tenía nada que ver con la represión de los deseos edípicos dirigidos al padre.

Freud con su modelo psicoanalítico para estudiar la histeria, intentó oponerse a la medicalización del cuerpo de la mujer, pero basta recorrer la interpretación de algunos de sus casos clínicos (*El caso Dora, El hombre de las Ratas, La joven homosexual, Juanito*) para hallar cómo el Complejo de Edipo fue estructurado en función del dispositivo sexual de una época, una idea de la sexualidad heterosexual donde la dicotomía hombre/mujer definía formas de ser y actuar en el mundo. Aunque el concepto de sexualidad freudiano fuera revolucionario por su invención de la sexualidad infantil y del *cuerpo erógeno*, en la forma en cómo se conceptualiza las diferencias hombre-mujer, la teoría padece de un androcen-trismo y un sexismo que amerita revisión, ya que contiene efectos en la práctica interpretativa en relación con el deseo de los sujetos.

Continuando con los aportes de Preciado, vale resaltar su énfasis en la importancia de la materialidad del cuerpo:

El género es ante todo prostético, es decir, no se da sino en la materialidad de los cuerpos. Es puramente construido y al mismo tiempo enteramente orgánico. Escapa a las falsas dicotomías metafísicas entre el cuerpo y el alma, la forma y la materia. El género se parece al dildo. Porque los dos pasan de la imitación. Su plasticidad carnal desestabiliza la distinción entre lo imitado y el imitador, entre la verdad y la representación de la verdad, entre la referencia y el referente, entre la naturaleza y el artificio, entre los órganos sexuales y las prácticas del sexo. (Preciado, 2002: 25)

Por lo tanto, esta autora, si bien abona en el sentido de la construcción discursiva del sexo, también argumenta en favor de la materialidad del cuerpo, sin duda un tema que debe re conceptualizarse a partir de las investigaciones actuales sobre la intersexualidad y lo trans (Alcántara, 2012; Pons y Garosi 2017). La identidad sexual tanto para Butler como para Preciado no es pre discursiva, no es dada por la biología, sino que es el efecto de la reinscripción de las prácticas de género en el cuerpo. Sin embargo, la defensa de la construcción discursiva no excluye totalmente la materialidad del cuerpo.⁸

El aporte importante de las reflexiones postmodernas al psicoanálisis está dado por la reflexión crítica al estatuto heterosexual, como matriz en el que se inspiró la teoría psicoanalítica y el Complejo de Edipo, tanto freudiano como lacaniano, aun cuando ambos tienen diferencias sustanciales.

Pensar la sexualidad como dispositivo, tal como lo plantea Foucault, permitió al campo de la psicología tener en cuenta

⁸ Entrevistas con transexuales en el proceso de hormonización, revelan que presentan síntomas de cambios emocionales muy marcados. Por ejemplo, una mujer que se transforma en hombre, cuando transita este proceso de hormonización, comunica sentirse “más agresivo y despreocupado”, tal como lo adjudicamos al comportamiento de un varón. Es usual escuchar que las mujeres “somos más sensibles”, estas entrevistas confirman que las hormonas tienen una gran incidencia en las emociones.

que es el dispositivo de la sexualidad el que inventó sujetos anormales, los homosexuales entre ellos, pero también la histeria. Dispositivos de control de la norma que necesitaba de lo loco, lo abyecto, lo anormal, para delimitarse a sí misma en su existencia; es decir, para existir. El dispositivo de género necesita capturar identidades: femenino, masculino, lésbicas, gays, bisexuales, travestis, transgénero, transexuales e intersexuales (LGBTTI).

Pensar la lectura psicoanalítica desde los aportes de la teoría *queer* permite analizar al Complejo de Edipo también como un dispositivo: un dispositivo del deseo. El Complejo de Edipo es un dispositivo en tanto permite identificar y clasificar a los sujetos según su deseo. Tanto en el Edipo freudiano, como en el Edipo estructural lacaniano, los sujetos se catalogan de neuróticos, psicóticos o perversos según sea su pasaje por este. Así, el deseo es capturado en un dispositivo para definir sujetos. El Complejo de Edipo patologiza a los sujetos, captura identidades, fija estructuras psíquicas, encarcela el deseo.

Esta investigación propone una revisión de la teoría psicoanalítica desde la práctica misma, en el sentido de una crítica feminista de la ciencia o lo que se da en llamar desde una perspectiva de género que considera que cada teoría debe ser contextualizada, y que el análisis histórico y de época puede mostrar sesgos androcéntricos (Harding, 2010). La ciencia y sus teorías pueden reproducir los esquemas y prejuicios sociales de género. Se trata de mostrar que las nociones de género influyen en la práctica de las/los psicoanalistas.

En el siglo XIX, la aparición del psicoanálisis ofreció herramientas para dismantelar la represión sexual, pero sin poder entender en aquella época que esa represión se anclaba en una matriz de género que prescribe los lugares de hombres y mujeres desde un modelo heterosexual en una estructura patriarcal, y ordena a los sexos en un sistema social hegemónico heteronormado (Bochar *et al.* 2014).

¿Qué significaría para el psicoanálisis considerar que estamos contruidos como cuerpos y como identidades desde una matriz heterosexual que nos obliga a ser según la norma? ¿Qué significaría aceptar que el género con su matriz necesita reinscribir el sexo y citarse repetidas veces en nuestro cuerpo para que este se re-produzca en tanto hombre/mujer?

Nuestro género se gesta en relaciones de poder bajo pena de quedar excluidos y constituirnos como abyectos, si no se responde de la hegemonía hetero. Las teorías *queer* echan por tierra la idea psicoanalítica de la identificación como “espacio psíquico interior” y la idea de identificación femenina con la madre y masculina con el padre en tanto modelo amoroso. Dicho ideal, tiene una historia y un fin, reproducir la matriz heterosexual hegemónica. Que la identificación con los padres se lleve a cabo con el padre, para ser masculino, y con la madre para ser femenina, no se produce por el miedo a perder su amor, sino, según esta teoría, por citación de la matriz heterosexual. La familia, tal como lo explicara anteriormente Foucault, es una de las garantes de esta citación. ¿Qué significaría para el psicoanálisis introducir estos estudios a su acervo teórico y en su práctica? ¿Cómo se concebiría entonces el Complejo de Edipo? ¿Qué diferencias introduciría en su teoría del deseo? ¿Seguiría existiendo el psicoanálisis si esto sucediera?

Psicoanálisis y feminismo

En la misma época en que surgía el feminismo con sus reivindicaciones, surgía el psicoanálisis. Freud investigaba con las pacientes histéricas e intentaba encontrar una respuesta a aquellos síntomas del malestar femenino. Desde ahí postuló la existencia de lo inconsciente y la sexualidad infantil, así como las diferentes formas de neurosis.

En 1910, cuando se realizaba el Primer Congreso Internacional Feminista en Buenos Aires, Freud escribía sobre los

problemas de la técnica psicoanalítica. Esto tenía un motivo muy fuerte: algunos problemas con Jung, su sucesor, quien se había enamorado de una de sus pacientes. Me refiero al caso Sabina Spielrein tratada por Carl Gustav Jung en el hospital Burghölzli de Zúrich entre 1904-1905. Esto ocurría mientras que Freud escribía su teoría de la sexualidad infantil, lo que le ocasionó algunas dificultades. Sabina fue paciente de Jung durante algún tiempo. Algunas investigaciones dan crédito de una relación especial entre ambos que trascendía la relación terapéutica. Freud fue enterado de esta relación por la propia Sabina, internada en aquel hospital con un diagnóstico de psicosis.⁹ Jung la eligió como una paciente “especial” para comenzar a experimentar con el método psicoanalítico que acababa de conocer a través de algunas lecturas de Freud. Jung y Sabina desarrollaron una amistad que se transformó en relación amorosa y la situación se complicó cada vez más; tanto más para Freud que en ese entonces intentaba posicionar al psicoanálisis (Carotenuito, 1979 y Delahanty, 2010).

Freud intervino y trató el tema con Jung, pero defendió a su pupilo y trató por todos los medios de disuadir a Sabina de sus “locas fantasías”. Jung terminó por acusarla de mentirosa y embustera y Freud decidió cortar lazos con Jung definitivamente en 1913. Para aquel momento, las divergencias entre ambos se habían incrementado; Jung discutía a Freud la teoría de la libido y era propenso a incluir conceptos místicos en su práctica. Si bien en el trabajo psicoanalítico se trabaja con la transferencia amorosa de la paciente, es probable que algunas veces la transferencia haga fantasear a la paciente con un vínculo amoroso con su psicoanalista; en este caso, la patología de Sabina podía haber colocado a Jung en el lugar de “su enamorado”, aunque se puede suponer que el ideal amoroso

⁹ La película *A dangerous method*, se basa en este caso verídico.

de Jung colocado en el psicoanálisis haya favorecido la transferencia de enamoramiento de Sabina.

Sabina era una mujer muy inteligente, estudió medicina y ejerció como psicoanalista de niños. Supo cuestionar a Freud en varios puntos, pero su mayor discordancia la tuvo en relación con el descrédito de este hacia sus palabras, y de alguna forma, a su descalificación apresurada en la relación con Jung.

Las cuestiones de la técnica han provocado grandes controversias desde los inicios del psicoanálisis; recordemos que posteriormente también en el caso de Lacan, cuando introdujo modificaciones a la técnica con sus nuevas conceptualizaciones referentes a lo que dio en llamar *tiempo escandido y palabra plena*, así como a las modificaciones relativas al tiempo de la sesión le produjeron polémicas con la API (Lacan, 1991a).

La forma en cómo se maneja la idea de género en la práctica psicoanalítica es un tema que también corresponde a la técnica; tema que está conectado con el campo de la sexualidad, la transferencia y el ejercicio del poder en la cura. Esta investigación conduce a volver a pensar la técnica psicoanalítica, así como la concepción de la sexualidad y la participación del sexo/ género del psicoanalista en el proceso psicoanalítico con los pacientes.

Introducir el tema de género dentro del psicoanálisis conlleva a reflexionar sobre la imposibilidad de la neutralidad del analista. El analista, con su presencia física, con su cuerpo sexuado, moviliza y posibilita (o imposibilita) cierto tipo de transferencia. Por otra parte, este punto llama a reconsiderar la teoría de la sexualidad en psicoanálisis. En primer lugar ¿qué se entiende por sexualidad hoy a partir de los aportes de los estudios de género y diversidad sexual? La sexualidad se juega en la transferencia marcada por una presencia corporal de ambos: analista y analizante, que están inmersos en una estructura social atravesada por un sistema de sexo/género. Su sentir, su transferencia y su interpretación no están exentos del atravesamiento ideológico que esto

supone. A la vez, la relación sexual no se define por el acto sexual únicamente, sino por el tipo de relación que se establece, es decir, una relación terapéutica podría convertirse en relación sexual, aunque no existiera contacto corporal; el analista interpreta desde ciertas concepciones personales del dispositivo de la sexualidad y atravesado por éste. Es muy importante tener esto presente dado el impacto que puede llegar a tener en el proceso transferencial con la paciente.

Psicoanalistas feministas

Una de las mujeres que inició los debates a la crítica del Complejo de Edipo femenino en época de Freud fue Karen Horney con su artículo *Sobre la génesis del complejo de castración en la mujer*. Ella comenzó un debate en 1924 que hasta hoy no cesa. Le siguieron Helene Deutch, Jeanne Lampl de Groot, Lou Andreas Salomé,¹⁰ Joan Riviere, mujeres contemporáneas de Freud que se atrevieron a contradecirlo y a llamar su atención sobre la teoría de la sexualidad femenina.

Horney y Riviere fueron las más radicales: insistieron en reconsiderar temas como el de la envidia del pene, el complejo de masculinidad y la castración. También un hombre, Ernest Jones, quien, aunque defendía la diferencia del pasaje edípico entre hombre y mujer, así como la importancia de la fase pre-edípica, al igual que las otras mujeres, lo hacía sosteniendo la diferencia con argumentos biológicos afirmando, por ejemplo, que la femineidad era innata, cosa que no compartían ni Freud ni las otras psicoanalistas.

¹⁰ Quien en su libro *Fenitscka and desviations* de 1896 describe el drama de una mujer que se debate frente a la decisión de contraer matrimonio o realizarse personalmente a través de su profesión. Optando la protagonista de la historia por la segunda opción, abandonando así a su amado.

Horney planteó que la envidia del pene no era una defensa de la niña para compensar su decepción por haberse visto objetivamente privada de éste, sino una herramienta para defenderse de los deseos incestuosos del padre por penetrarla, cuestión que se convertía en temor deseado. Esto supone entender que la niña en una fase temprana de su desarrollo hubiera descubierto su vagina (Irigaray, 2009). La autora realizó una interesante tesis feminista: argumentó la sexualidad femenina en relación con los determinantes culturales y sociales como síntoma defensivo que protege a la mujer de la condición política, económica, social y cultural que le impedía contribuir a cambiar el destino que le ha tocado por su condición sexual de mujer. Con aquella investigación, Horney afirmó que la neurosis de la mujer era un componente indispensable para devenir mujer normal y resignarse al papel que le imponía la norma. Se ve con claridad cómo esta teoría se contraponía a la teoría de la histeria de Freud (Freud, 1976a).

Por su parte Joan Riviere definió por vez primera la feminidad como “mascarada”, concepto que puede observarse como precursor del concepto de género como *performance*. La psicoanalista se interesó por los casos de mujeres heterosexuales masculinizadas y planteó una triple disociación entre sexo anatómico, prácticas sexuales y prácticas culturales que la llevaron por el camino de describir que el conflicto de la mujer estaba alojado entre el espacio interior y el exterior, en el espacio doméstico asignado y el espacio público vedado (Riviere, 2007). Su tesis acerca de la *mujer intermedia* pretende mostrar que lo intermedio de esta mujer, se debe a que trasciende estas imposiciones, trasgrediendo la división sexual del espacio (Preciado, 2004). La feminidad de esta mujer es el “hacer la mujer”, una mascarada para encubrir la masculinidad. Esta será una noción a la que apelarán Butler y De Lauretis en la década de los noventa, el género descrito como mascarada detrás de la que se ocultan varias máscaras.

Luego de estos debates hubo un silencio de más de treinta años en estos temas que según algunas autoras obedeció a una estrategia política: la necesidad de afianzar y arraigar el psicoanálisis como cuerpo teórico en la comunidad científica (Allegrue, 2000). Es importante recordar que Freud había muerto en 1939 y sus sucesores debían garantizar su herencia teórica.

Los aportes de los estudios feministas resonaron en el debate interno del psicoanálisis hacia la década del 1970. Así surgieron diferentes críticas y revisiones a la teoría que mujeres psicoanalistas se encargaron de señalar y poner en el tapete. Algunos de los ejes del debate fueron el androcentrismo de la teoría, la teoría de la castración, la teoría de la envidia del pene, la ecuación mujer igual a madre, el tema de la identificación masculino-femenino reducida al ámbito del triángulo familiar, la premisa teórica de la *ley del padre*, el falocentrismo, el modelo identificatorio centrado en la hegemonía heterosexual y el concepto de superyó débil de la mujer. Los temas señalados se han desarrollado a través de los aportes de tres diferentes corrientes y algunas de sus representantes.

El debate actual en el psicoanálisis feminista

En la actualidad existen varias corrientes que han incorporado las contribuciones de los debates feministas al psicoanálisis. La primera es la corriente británica que apela a la lectura de las relaciones objetales basada en Melanie Klein, Karen Horney y los aportes de Donald Winnicott. Es una corriente que aboga por un análisis explícito del desarrollo psicológico femenino. Destaca la importancia en el desarrollo infantil de la fase pre-edípica como clave para la formación del género. Estos trabajos han inspirado intensos debates acerca del *maternalismo*. Representantes de esta corriente son Nancy Chodorow (1984) y Jessica Benjamin (1988) en los Estados Unidos de

América, quienes analizan las relaciones objetales desde un punto de vista intersubjetivo y consideran a la madre como principal figura socializadora para las funciones de género, y al psiquismo como producto de las relaciones.

Para Chodorow, el énfasis se coloca en lo sociocultural, así como en los procesos de crianza de varones y niñas. Afirmo que se educa para ser hombre o mujer desde la división sexual del trabajo: a las mujeres se las educa para ser madres y cuidadoras, a los varones como proveedores.

La división sexual y familiar del trabajo, en la cual las mujeres ejercen la maternidad y se comprometen de forma interpersonal y afectiva, produce en hijas e hijos una división de las habilidades psicológicas que los lleva a reproducir esta división sexual y familiar (Chodorow, 1984: 18).

También analiza la forma en que el matrimonio heterosexual otorga derechos a los hombres sobre las capacidades reproductivas-sexuales de las mujeres y organiza la sexualidad. Ambas cosas reproducen la diferencia sexual como una relación desigual. Chodorow cuestiona la idea de familia patriarcal de Freud con la autoridad asumida por el padre y la suposición de que la genitalidad heterosexual es un objetivo central del desarrollo deseado, y que el Complejo de Edipo sea el primer ámbito en el que ese objetivo se negocia.

La autora propone que, si las actividades de cuidado y crianza del niño las realizaran tanto la madre como el padre, las posibilidades de la mujer de desapegarse de su amor primitivo con la madre serían mayores. Discute que el papel de madre deba ser ejercido sólo por la mujer; plantea que tal vez el intercambio de roles fuera más saludable para el niño, es decir, que el padre hiciera también funciones de madre y se rolaran los papeles, tesis que fue sostenida en su libro en 1978. Para 1997, en entrevista con Irene Meler, la autora declara que realmente la situación es mucho más compleja y que hoy puede decir que el cambio de roles no arregla ni cambia las cosas.

Entender que la familia está inmersa en una estructura social es una insistencia de las psicoanalistas feministas, quienes apelan a considerar al patriarcado como un sistema que regula las relaciones humanas y determina la dominación de hombres sobre mujeres. Esto ha sido suficientemente investigado por la antropología y por la sociología (Frías, 2009).

Jessica Benjamin retoma los avances de Chodorow y parte de la pregunta de Freud *¿qué quiere la mujer?*, para analizarlo desde el lugar de la relación existente entre la maternidad y el espacio intersubjetivo como modelo de organización psíquica no centrada en el falo, a lo cual Benjamín responde: *la mujer quiere un deseo propio*. La autora propone que la problemática del sujeto a lo largo de toda su vida está centrada en sostener la tensión entre autoafirmación y reconocimiento del otro. Y que la salida sólo es posible a través de la intersubjetividad, el dialogismo y el reconocimiento mutuo (Benjamin, 1988). La autora plantea que a la luz de las teorías de género se entiende que éste es anterior a la diferencia sexual y que, además, es el patriarcado¹¹ como sistema de opresión y dominio de hombres sobre mujeres el que construye consciente e inconscientemente formas de ser masculino/femenino. Por lo cual plantea que entonces no es descabellado pensar que aquella envidia no es al pene, sino a los privilegios y al poder de los hombres. El pene simboliza todo ese poder y la niña es socializada en esto desde que nace. El poder que primero existe en su universo es de la madre, la que da de mamar, la que cuida. Este poder rápidamente es amenazante para la niña, ya que tendrá que huir hacia el padre para salvarse de la posibilidad de ser devorada por la madre. Pero en esa huida también se

¹¹ Entendemos por patriarcado lo que Kate Millet define como institución en virtud de la cual una mitad de la población, las mujeres, se encuentran bajo el control de la otra mitad, los hombres; donde además los hombres viejos dominan a los jóvenes (citada por Lagarde, 2006: 91).

dará cuenta que es el padre el que tiene todos los privilegios, el que decide inclusive sobre el cuerpo y el ser de la madre. Así, el problema no se centra sobre la castración, sino sobre el poder paterno. La envidia no es al pene sino a los privilegios del padre.

Las identificaciones no se juegan sólo en el triángulo familiar, sino también en una comunidad y en una estructura social. Proponen romper la dicotomía genérica masculino-femenino para afianzar la de las *identificaciones múltiples* (Dobles, 2003). Esto se refiere a la posibilidad de identificación no sólo con la madre o con el padre, sino con otros modelos. Éste es un concepto en boga dentro de las corrientes posmodernas o pos estructurales. El filósofo Deleuze (1972a y 1972b) lo propone en sus escritos, en *El Antiedipo*, cuando habla de *multiplicidades*; también la feminista italiana Rossi Braidotti (2000) en su libro *Sujetos nómades*. Estos son todos los conceptos que intentan de-construir los binarismos y que el feminismo posmoderno retoma para argumentar a favor de la abolición de las categorías masculino-femenino como rectoras, ya que se basan en un modelo heterosexual que es el hegemónico.

Benjamín plantea que es necesario pensar las identificaciones relacionando el adentro (lo intrapsíquico) con el afuera. Para ella, lo intersubjetivo alude al reconocimiento del otro como sujeto, no como objeto, lo cual es básico para entender el proceso de identificación sexual. La dominación debe verse con sus componentes intrapsíquicos como las pulsiones y las fantasías. Para la autora, si la madre no es capaz de desplegar su subjetividad, lo que no es asunto de voluntad sino de estructuras sociales y pautas culturales, y si no puede afirmar su *otredad*, entonces no podrá sobrevivir a la intensa demanda del niño, lo que tendrá serias consecuencias psicológicas para ella y para él (Dobles, 2003).

Las críticas de esta corriente parecen identificarse con el feminismo de la década del setenta. Tanto Chodorow como

Benjamin buscaban mostrar la importancia en la alternancia de los papeles de ambos padres en la educación del niño, y desmentir que el buen desarrollo del psiquismo del hijo dependía sólo de la función materna.

Otra de las corrientes que se aparta de la concepción identificatoria del psicoanálisis tradicional corresponde a la Escuela Europea del Feminismo de la Diferencia, que considera a la diferencia sexual como esencialmente constitutiva del sujeto. Corriente italiana que manifiesta que *la mujer no es por lo que no es*, ni por comparación con lo mismo, lo masculino, sino por su diferencia reafirmada. Considera que la lectura freudiana es androcéntrica, ya que el Complejo de Edipo en la mujer surge de la lectura por comparación con el varón. Representantes de esta corriente son Luce Irigaray y el colectivo de la Librería de Milán con Luisa Muraro y Alessandra Bochetti, inspiradas en la filosofía de Carla Lonzi y la literatura de Virginia Woolf. Este grupo consideró que el feminismo de la igualdad no favoreció a las mujeres, por lo cual, para entender el deseo femenino debía de existir un cambio de paradigma que abandonara definitivamente la comparación con lo masculino (Mirizio, 2010).

Las psicoanalistas del feminismo de la diferencia discuten fuertemente la envidia del pene como consecuencia de la castración. Para esta corriente, la mujer no es castrada sino diferente y desde ahí debe preguntarse por su subjetividad. La lógica de la castración se monta en una lógica androcéntrica, lo cual fue reconocido por el mismo Freud hacia el fin de su vida, tal como lo podemos observar en una nota al pie de página agregada en 1935 a su *Presentación autobiográfica*, “las averiguaciones sobre la sexualidad infantil se hicieron en el varón y fue un error de ahí derivar lo que pasaba con la niña” (Freud, 1976k: 34).

Irigaray argumenta en relación con un erotismo diferente en la mujer; la mujer goza con el tocar más que con el ver, y la

entrada en el mundo del goce escópico obedece a una mirada masculina del erotismo que la coloca como pasiva. A la vez, critica que para Freud la función sexual es principalmente la función reproductiva, lo cual ejemplifica con la premisa freudiana de que el deseo de tener un pene se sustituye por el deseo de tener un hijo del padre, así como la idea de que la felicidad en la mujer se alcanzaría a través del casamiento y la maternidad (Irigaray, 2009: 30-31).

Cuestiona el pasaje del goce del clítoris a la vagina y la denominación de “viril” a una mujer que no abandona su goce clitoridiano. Esta corriente defiende la pluralidad de las zonas erógenas en la sexualidad femenina. Importa recordar que para Freud el desarrollo de la mujer va acompañado de un pasaje de zona: la madurez. En la mujer se consigue una vez que pasa del clítoris a la vagina (Freud, 1976l); análisis desde una mirada masculina y al servicio del parámetro reproductor heterosexual.

La crítica también se dirige al modelo masculino que el psicoanálisis utiliza para explicar la homosexualidad, y le reclama la necesidad de interpelar el destino biológico de las diferencias hombre-mujer para pasar a analizar el fondo económico y político que ha dejado su marca en el estatuto de la mujer en occidente. El falo ya no puede ser:

...el sentido último de todo discurso, el patrón de la verdad y de la propiedad, especialmente del sexo, el significante y/o significado último de todo deseo, que además en tanto que emblema y agente del sistema patriarcal, continuará respaldando el crédito del nombre del padre (del Padre). (Irigaray, 2009: 50)

La autora escribió esto en 1977 influenciada por las reivindicaciones de la segunda ola del feminismo internacional que luchaba por los derechos sexuales y reproductivos de la mujer, denunciando el sistema patriarcal como el reproductor de las desigualdades. Interesante la pregunta que le surge: “¿qué

sentido podría tener el Complejo de Edipo en un sistema simbólico distinto del patriarcal?”.

Hoy tal vez la pregunta pertinente sería ¿tiene sentido el Complejo de Edipo si nos posicionamos desde las teorías pos-estructurales para conceptualizar la sexualidad?

Si bien, la corriente del feminismo de la diferencia aporta interrogantes interesantes, corre el riesgo de quedar atrapada en un esencialismo femenino que continúa anclado en el binomio heterosexual. Lo importante es discutir que exista una tal esencia; aceptarla significaría avalar que existe una naturaleza femenina y otra masculina. Por más que esa esencia se piense desde el parámetro de la construcción social, esto no deja de significar una controversia, ya que existen muchas formas de vivir la feminidad.

Una tercera corriente, seleccionada especialmente por la eficacia que tiene para esta investigación, es la de las psicoanalistas feministas rioplatenses del cono sur de América Latina, que surge en la década de los noventa. Representantes fundadoras de esta corriente son Emilce Dio Bleichmar, Mabel Burín, Irene Meler y Ana María Fernández, en Argentina. En Uruguay citamos a Doris Hajer, Rosario Allegue y Elina Carril (Allegue, 1993).

Estas mujeres plantean la necesidad de de-construir las categorías femenino/masculino para desarticular la forma en que Freud plantea estas identificaciones. Al plantear la de-construcción se exige un proceso de análisis de la incidencia social e histórica en la propia identidad y un mirar con otra óptica que no sea la de la lógica fálico-castrada. “De-construir implica analizar en los textos las operaciones de la diferencia, y las formas cómo se hace trabajar los significados” (Fernández, 1996: 153). Un significado tiene una historia; un par dicotómico como es el masculino/femenino, también. Esta oposición es construida y obedece a un propósito en un contexto. Es necesario conocer esa historia de opuestos que surgen

en un sistema heterosexual patriarcal que tiene como fin la reproducción para comprender que esa obediencia puede des-articularse.

Dio Bleichmar va a insistir en pensar la diferencia masculina/femenina más allá del Complejo de Edipo, para lo cual plantea recurrir al concepto de identificación primaria freudiana y aceptar que existe una intención de ser como el padre o como la madre, que precede al complejo de castración y tiene que ver con la masculinidad y la feminidad inherente al ser social. Querer vestirse con tacones como su madre, o fumar en pipa como su padre, serían parte de estos comportamientos sociales que el niño/a querría imitar (Dio Bleichmar, 1996a y 1996b). Reconoce la importancia de la identificación primaria y desde ahí enfatiza que la identidad de género es previa a la elección de objeto sexual, que sería la que define la identificación sexual. El concepto más parecido a identidad de género que maneja Freud es el de “ideal del yo”; aquel que dice: como tú quiero ser (Freud, 1976i). Pero no lo visualiza en un contexto social, sino en un triángulo familiar y desde ahí, se inventa el concepto de Complejo de Edipo.

La autora también expresa su discrepancia con relación a la interpretación freudiana del deseo de la mujer de procrear. Señala que este concepto hace que la sexualidad femenina esté al servicio de la reproducción, induciendo la idea de que no se puede pensar separada de ésta.

Mabel Burín, por su parte, trabaja la importancia del concepto de género para pensar las patologías femeninas. Es decir, el lugar que la cultura ha asignado desde un sistema patriarcal, el espacio doméstico y las tareas de cuidado junto al poder de los afectos, a las mujeres; mientras que el espacio de lo público, para los hombres. El poder de lo económico y el reconocimiento social que ha tenido efectos diferenciados en la salud mental de ambos. Conceptualiza lo que se ha llamado el “techo de cristal” en la carrera laboral de las mujeres, y observa

diferentes elementos que intervienen en esta problemática que, según la autora, es la causa de la depresión en muchas de ellas. Así, llama al límite invisible que muchas mujeres tienen para ascender y mejorar en su carrera laboral. Componentes de este “techo de cristal” son primero el obstáculo que se presenta a las mujeres por no disponer de tiempo completo para el desempeño laboral, así como la menor cantidad de horas disponibles para la producción y la formación, ya que desarrollan tareas domésticas y de crianza. Segundo, serían los estereotipos sociales acerca de la mujer y el poder. Por último, el nivel de exigencias es mayor hacia las mujeres en igual puesto de trabajo (Burín, 2008). Estos elementos interfieren en el desarrollo personal y dejan a las mujeres en desventaja, lo cual produce síntomas en su salud y en su aparato psíquico. Burín introduce en el psicoanálisis lo que ya algunas norteamericanas intentaban hacer en la psicología, la incidencia del género en la predisposición a las patologías.

Irene Meler (1997) por su parte, se centrará en reconceptualizar la sexualidad y volver a pensar las distintas formas psicopatológicas desde la influencia social que condiciona ciertas formas de lectura de la enfermedad mental.

Hajer, Allegue y Carril, fundadoras del primer grupo de investigación de la sexualidad femenina en la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica, también cuestionan el Complejo de Edipo femenino para adentrarse en la investigación del deseo y la subjetividad femenina/masculina desde los aportes de los estudios de género: una crítica permanente al complejo de Edipo, en tanto éste es una creación de época que convalida un funcionamiento heterosexual patriarcal, pasando por la crítica al lugar de madre asignado a la mujer para debatir y proponer otras lecturas de la violencia en la pareja, el malestar femenino y la figura del padre/ley.

Allegue se encargó de subrayar que, en la mayoría de las corrientes psicoanalíticas, identidad sexual e identidad de género,

se yuxtaponen, y desde esta consideración realizó aportes para pensar de otra forma el psiquismo femenino, sobre todo en relación a la histeria y los malestares femeninos. Su interés ha sido establecer cambios en la clínica psicoanalítica y en la escucha con las pacientes (Allegue, 2000, 2003, 2004).

Hajer y Carril introdujeron este debate en la UDELAR, en la antiguamente llamada Área de Psicoanálisis. A pesar de que este grupo de estudios e investigación funcionó en AUDEPP durante más de diez años, desde 1990, en el currículo de la formación de psicoanalistas y en la maestría en psicoanálisis, hoy día no figura ningún seminario obligatorio de estudios de género. En los últimos años se ha retomado un seminario de estudios de género y psicoanálisis que imparte Doris Hajer.

CAPÍTULO 3

**ESTRATEGIAS DEL CAMINO
ENTRE GÉNERO Y PSICOANÁLISIS**

Como toda investigación, ésta no ha escapado a cambios constantes que fueron aconteciendo en su devenir. En la elección del caso a estudiar y la metodología hubo modificaciones que, en sí mismas, forman parte del proceso.

La epistemología de esta investigación obedece a una historia que configuró su metodología. Es por eso que la técnica que elegí para acceder a este campo responde a un procedimiento que investiga e interviene¹ desde entrevistas semi-abiertas y abiertas, en las cuales recorro de igual forma al método psicoanalítico de la asociación libre, a la historia y a la experiencia de vida, así como a la escucha del inconsciente de cada entrevistado y de la propia investigadora.

Para cumplir con este requisito considero el análisis de mi propia implicación. Esta tarea la he realizado mediante la escritura en el diario de campo y la he puesto en práctica con algunas personas de mi confianza que se prestaron gentilmente a apoyarme con largas horas de escucha que agradezco sinceramente. Gracias a ellos y a mi autoanálisis, sumo los resultados de esta investigación a las reflexiones sobre el quehacer psicoanalítico.

¹ Considero que la investigación desde el trabajo de campo ya es una intervención. No como la aplicación sistemática de un aparato diagramado previamente (llámese análisis institucional), sino en el mismo sentido de la etimología de la palabra intervenir: venir entre. Se introduce en el campo de la práctica de los/las psicoanalistas para producir una perturbación, un sacudimiento de algunos conceptos teórico-técnicos: reflexionar sobre lo que se hace. Esta intervención se piensa en el sentido de un socio-análisis participante de periferia (Hess y Savoye, 1981). Tal y como lo plantea Lourau, este dispositivo implica no tocar lo individual sino incluirlo en la escena institucional (González, 2002). La intervención es una metodología desde la psicología social que acompaña mi forma de trabajo. El análisis institucional inventado por Rene Lourau de la Escuela de París VIII introduce a la intervención en el campo institucional.

He revisado publicaciones de entre los años 2002 y 2012 de seis congresos latinoamericanos de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL) realizados en Uruguay, Perú, México, Chile, Colombia y Brasil; así como revistas de publicaciones digitales de la API, APU y AUDEPP desde el año 1990 a la fecha.

Para realizar mi trabajo de campo hice una estancia de investigación en Montevideo en la UDELAR, durante la segunda mitad del año 2011, bajo la asesoría de la Dra. Ana María Araujo, con el financiamiento del Programa Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el apoyo de la Facultad de Psicología de la UDELAR.

En Montevideo, arreciando el frío invernal, realicé dieciséis entrevistas a profundidad con psicoanalistas, más dos entrevistas a personas que estaban a cargo de la coordinación de los programas de formación y maestrías de psicoanalistas en las dos instituciones. Otras dos entrevistas se realizaron con interlocutores reconocidos por su trabajo desarrollado en la temática de la sexualidad y el psicoanálisis, ellos fueron Daniel Gil y Javier García.

En esta estancia asistí a un coloquio de psicoanálisis en la Facultad de Psicología de la UDELAR y tuve oportunidad de revisar material impreso de la revista de AUDEPP y APU. Esto me sirvió para armar las piezas del rompecabezas de la historia del psicoanálisis en el Uruguay.

En las entrevistas he considerado la historia personal, familiar y profesional; la trayectoria biográfica y la laboral, además de la experiencia clínica y la formación de los participantes, haciendo una distinción principal a partir de su pertenencia generacional y sexo.

Entrevisté analistas con un mínimo de diez años de experiencia clínica. Un primer grupo, la mitad de la muestra, recibió formación en APU. Y el segundo, en otra institución no reconocida por la API, la AUDEPP. Con esta selección pretendí

evidenciar si la formación dentro o fuera de API incidía en el desarrollo de la práctica de los analistas y en las interpretaciones que realizan de sus pacientes, específicamente, en el tema sexo-género.

La mitad de los que entrevisté eran hombres y la otra mitad, mujeres. Mitad de APU, mitad de AUDEPP. Mitad de la generación que cumplía entre 50-60 años en el año de la investigación, mitad de la generación de entre 40-50 años.² ¿Por qué ocho de cada institución y ocho de cada franja etaria? Para poder tener por lo menos dos de cada generación e igual sexo que pudieran compararse entre sí.

Consideré la variable generacional porque una de mis primeras hipótesis era que incidiría en la *forma de hacer* psicoanálisis, en función de haber recibido formación con los fundadores del psicoanálisis o con los contemporáneos. Consideré la variable de sexo para indagar la relación entre sexo y género, y conocer en qué medida ese factor determinaba la visión del género de los psicoanalistas.

Fueron elegidos al azar, en la lista de asociados, pero respetando la condición de pertenecer a esas diferentes generaciones y cuidando que no fueran personas cercanas a mi círculo. Selectivamente, decidí no entrevistar personas amigas o colegas con quienes hubiera compartido trabajo anteriormente.

Inicialmente, la idea fue comparar la práctica entre Uruguay y México, pero el apremio de los tiempos y el material obtenido en el campo hizo que desistiera de aquel interés y me decidiera por Uruguay. No fue por azar, sino porque además de haber

² Al principio traté de encontrar analistas más jóvenes de entre 30-40 años, pero esto no fue posible dado que en estas instituciones había sólo dos o tres personas en ese rango y estaban al inicio de su formación, ya que cuando toman la decisión de formarse como psicoanalistas cuentan con una trayectoria de algunos años como psicólogos.

sido el lugar donde me formé como psicoanalista, el modelo Uruguay es uno de los avalados por la API para la formación.

A través de las entrevistas, dilucidé algunas interrogantes sobre el proceso de formación y la reciente gestación de las maestrías en ambas instituciones. Pude acceder a los programas de formación y, por ejemplo, constaté que en ninguno de éstos existen seminarios o módulos obligatorios sobre el tema género, ni sobre los escritos de psicoanálisis feminista. Esos seminarios quedan sujetos al azar, sólo se dictan si algún maestro hace una propuesta, por lo tanto, quedan como materias optativas (AUDEPP, 2006).³

La identidad de todas las personas que colaboraron con la experiencia de campo en esta investigación queda protegida; en ningún momento menciono sus nombres. Considero que esto también es parte de la voluntad epistemológica; el cuidado de los intervinientes obedece a una ética de la investigación que también responde a una ética del psicoanálisis: la del sujeto frente a otros sujetos.

Para realizar las entrevistas me dirigí la mayoría de las veces al consultorio particular de los entrevistados; otras veces los veía en alguna de las instituciones donde laboraban, en alguna oportunidad en la universidad; en ocasiones los visité en su propia casa. En todos los casos siempre con cita telefónica previa explicando de qué se trataba y el objetivo de la entrevista.

³ Dicha información se obtuvo también de las entrevistas.

Dispositivo metodológico

Para armar el dispositivo metodológico acudí al concepto de *analizador*, que proviene del análisis institucional. Se creó un dispositivo de análisis crítico del tema que permite visibilizar cómo, además de la teoría que se utiliza para la interpretación, la idea de género y el sistema de sexo/género del analista permea la relación que este establece con el paciente.

El *analizador* estimula a los actores y quebranta la institución al revelar los desequilibrios, conflictos y desajustes; saca a relucir el papel que juegan el silencio y los malentendidos, temas que admiten dilucidar la dinámica institucional (Payá, 2005). Recordemos que el tema es la intersección de la institución psicoanalítica con la institución del sistema sexo/género.

Se entiende por *analizador* los elementos que, por las contribuciones de tipo diverso que introducen, permiten conocer las determinaciones de la situación (Hess y Savoye, 1981: 105).

El *analizador* es sinónimo de desviación, marginalidad, disidencia, delirio, lapsus, incoherencia significativa (Hess y Savoye, 1981: 73).⁴

Para Lourau, *analizador* es el fenómeno social capaz de provocar o imponer una crítica, una autocrítica o un análisis «salvaje» de la situación (1993: 9).

Los *analizadores* pueden considerarse elementos del dispositivo de intervención,⁵ pero también de análisis, ya que

⁴ Traducción de ambos párrafos por quien suscribe.

⁵ He realizado lo que algunas académicas llamamos investigación-intervención (Meckesheimer, 2015). Cuando menciono lo que aconteció en las entrevistas estoy destacando lo importante que fue para muchos psicoanalistas darse cuenta, durante la entrevista, de algunas cuestiones que hacen a su práctica y a su forma de trabajar. La investigación-intervención promueve estos movimientos. No interviene desde lo que se conoce como el análisis institucional, pero toma elementos de esta teoría para pensar la

los analizadores, tanto «naturales» como «artificiales», no se eligen al azar. Y es a partir de éstos como se realiza la interpretación del material. Entiendo la interpretación, no como aquella que se ejerce desde la posición del investigador, sino como la que se construye en un dispositivo de intervención. No se trató de interpretar el discurso o las acciones de los otros, sino de escuchar cómo se manifiesta el contexto histórico social en relación con el sistema sexo/género en cada entrevista y en sus interpretaciones. Se trata de escuchar las rupturas, los silencios, los malentendidos, los prejuicios, pues por ahí se filtra la institución de la sociedad y, en este caso concreto, las ideas que tiene el o la psicoanalista, sean conscientes o inconscientes, de los significados de ser hombre o mujer, masculino o femenino.

Los *analizadores* que se utilizaron en esta investigación fueron:

1. Violencia de género. Definida como el uso de la violencia para la subordinación de un género: puede ser física, emocional, económica o sexual.
2. Homosexualidad. Entendiéndose por homosexual a aquella persona que se identifica a sí mismo como tal; la identidad sexual no se define por la práctica del sexo.
3. Abuso sexual. Ejercicio de poder sin mutuo consentimiento, basado en el sometimiento de un sujeto a otro con el fin de obtener placer sexual.

En las entrevistas a profundidad se preguntó sobre estos analizadores para visibilizar las diferencias de enfoque de las diversas corrientes psicoanalíticas, así como los prejuicios que intervienen a la hora de la interpretación. A través de estos,

intervención de lo institucional en juego y presente en cada sujeto. Promueve que los sujetos que participan en la investigación tomen conciencia del atravesamiento ideológico dentro de sus instituciones.

se analizó cómo se interpreta el tema de género y qué se hace con ello en la práctica.

El tema de la violencia de género provoca tensión dentro del psicoanálisis. Se presenta dificultad para aceptar la existencia de una violencia estructural ejercida desde un orden de género. Habitualmente se interpreta la violencia como un elemento individual y psicopatológico, tanto en hombres como en mujeres, lo anormal de los sujetos. La violencia de género suele estar invisibilizada y naturalizada.

El tema de la homosexualidad es polémico dentro del psicoanálisis y la postura institucional de la disciplina ha sido cuestionada desde la comunidad gay, por el hecho de que Freud les hubiera denominado *invertidos* a partir de la comparación con el modelo hegemónico de la familia heterosexual. Hoy este concepto está en revisión dentro del psicoanálisis, y se reconoce como uno de los temas para repensar las concepciones sobre la sexualidad, la perversión y la función del analista en un proceso psicoanalítico.

La problemática del abuso sexual también es un tema de debate contemporáneo del psicoanálisis. Partiendo de los planteamientos de Jean Laplanche (2001) y su discípula Silvia Bleichmar, muchas psicoanalistas lo están investigando con la consideración de que debe ser revisado el concepto de Complejo de Edipo, y que se debe dejar de poner la responsabilidad por la seducción en el niño. La responsabilidad de la puesta de límites físicos la lleva el adulto. Esto replantea cómo pensar el funcionamiento del aparato psíquico, ya que entonces la cuestión no es solamente inter-intra psíquica, sino que también interviene el orden social. El debate pone en discusión nuevas ideas para reconsiderar el concepto de la diferencia sexual que, según Laplanche, hay que pensar primero como diversidad sexual.

El dispositivo finalmente se integró en las entrevistas a profundidad y se aplicó en la revisión de publicaciones de FE-

PAL, APU y AUDEPP, ya que es a través de la lectura de las interpretaciones, que se realizan de los casos clínicos, como mejor se puede observar la teoría y la técnica. Es en los congresos donde se presentan los casos clínicos donde se realizan nuevos aportes y actualizaciones en la práctica y en la teoría.

En el caso de la viñeta clínica utilizada con los entrevistados en esta investigación, se escuchó especialmente cómo se analizaba desde su atravesamiento del género/sexo. Se preguntó en las entrevistas sobre los analizadores antes mencionados para responder a las preguntas ¿Cómo se escucha e interpreta el sistema sexo/género? ¿Se considera la variable género en las interpretaciones actuales de los casos clínicos? ¿Cómo se está pensando el género? ¿Desde qué perspectiva de género se analiza? Como complemento a lo anterior, participé en diferentes simposios, jornadas y conferencias abiertas de psicoanálisis.

¿Cómo se eligió a los sujetos entrevistados?

Para seleccionar los candidatos a las entrevistas acudí a ambas instituciones y, a través del listado de la asistencia administrativa de sus miembros y asociados, elegí a quienes cumplían los requisitos anteriormente expuestos.

La mayoría de las personas contactadas aceptó la invitación fácilmente, salvo dos situaciones de rechazo que no se negaron inicialmente, pero llegada la hora de la entrevista, cancelaron de manera intempestiva. Algunos analistas pedían más información sobre la investigación, otros sólo sobre mis credenciales. La mayoría se mostró con total disposición a entregarse a la entrevista y con gusto relataron su experiencia. Realicé primero una serie de entrevistas piloto, estas fueron cambiando el formato hasta su representación definitiva que se aplicó con la muestra seleccionada.

Todas las personas entrevistadas dedicaban entre ocho y diez horas diarias al psicoanálisis. Algunas ejercían la práctica privada, la impartición de seminarios en alguna institución psicoanalítica, en la Universidad o en el hospital público.

Luego de las entrevistas, la mayoría se sintieron muy agradecidas y algunas remarcaron la importancia de ser entrevistadas con una escucha abierta y respetuosa. Considero que mi formación y mi práctica como psicoanalista facilitó el desarrollo de las entrevistas. Tengo el gusto por trabajar en un clima de calidez, de interés y de intercambio. Fue gratificante sentir que a menudo hacían conciencia de su práctica y de su historia en la misma entrevista. No obstante, en algunos casos lo escuchado me perturbó y removió mi historia personal y académica, fue entonces cuando recurrí al análisis de mi implicación (Lourau, 1989).⁶

A medida que avanzó el proceso de las entrevistas, me di cuenta de que emergió la necesidad de apelar al método de “historias de vida”, para mostrar la incidencia de algunos factores de la historia personal y laboral en la lectura de género de los psicoanalistas. Así, seleccioné a dos personas: un hombre y una mujer de diferente generación y de diferente institución de pertenencia y formación, para mostrar cómo en realidad ninguna de las cuestiones consideradas variables *a priori*, incidían en la forma de interpretar. En cambio, se observaba que sí intervenían la experiencia laboral, la historia personal y los procesos de formación.

Para el análisis de las entrevistas seguí el procedimiento de historia de vida propuesto por De Gaulejac (2005), recurriendo a la entrevista a profundidad, al árbol genealógico, al proyecto parental y a la trayectoria laboral. Para articular los

⁶ Este análisis lo realicé en mi diario de investigación con el acompañamiento y la escucha de un colega uruguayo psicólogo social a quien le agradezco mucho el apoyo: Alfonso Lans.

elementos de la historia de vida de las personas seleccionadas, con el contexto social histórico, recurrí a conceptos psicoanalíticos como el de superyó e ideal del yo, que me permitieron dar cuenta de la múltiple determinación del imaginario del sujeto y su subjetivación genérica, así como la forma en que se interpreta el mundo.

Para cada historia de vida realicé el mismo formato de entrevista aplicado a las de la muestra, agregué el árbol genealógico, la línea de trayectoria biográfica y la trayectoria académica-laboral. Esto facilitó visualizar los acontecimientos que han marcado la vida del sujeto de una forma especial, así como los entrecruzamientos entre lo familiar y lo social, atendiendo a las inscripciones institucionales. Así logré visualizar horizontalmente momentos de grandes cambios, sucesos precipitantes, períodos de quietud, períodos de conmoción. En esta interpretación intervinieron los sucesos sociopolíticos, sucesos demográficos, mudanzas, fallecimientos, enfermedades, nacimientos. Esta metodología articula lo inconsciente individual con los sucesos familiares y las expectativas sociales, sean estas conscientes y/o inconscientes. El ejercicio permitió a cada analista entrevistado hacer conciencia de esta articulación, descentrar al sujeto de su yo y visualizarlo como un ser colectivo en una biografía de varios niveles.

Con el dibujo y el relato del *árbol genealógico* aparecieron no sólo las raíces, sino también los secretos familiares, *el otro árbol*, el de lo *no dicho*. Se visualizaron así los hijos ilegítimos, los amantes, los hermanos nunca reconocidos, las historias de abuso sexual, como temas destacables. Para indagar sobre esto, interrogué sobre las señas de identidad de los personajes que se iban presentando: ocupación, estudios, vínculo afectivo con el protagonista de la historia y también su nacionalidad.

A través del *proyecto parental*, indagué las expectativas parentales: qué era lo que cada progenitor esperaba de este hijo/a y el deber ser (superyó) del sujeto en el cual se integran las expectativas socia-

les-culturales y el ideal del yo, que no siempre coincide con el anterior. Aquí entra el deseo propio. El conflicto se da habitualmente entre el superyó y el ideal del yo, que son instancias moldeadas por las expectativas de los padres. El conflicto que no se resuelve es heredado por las generaciones siguientes y se dirime en cada historia. El conflicto entre el yo y el ideal del yo asiente ver especialmente cómo se manifiestan las contradicciones entre el deber ser de un hombre y de una mujer en una cultura y en una familia, y lo que el ideal de cada uno impulsa facilitando cambios generacionales.

Con la técnica de *trayectoria de vida* se abordaron los eventos sociales que marcan la subjetividad. La articulación que se produce entre los hechos biográficos y la trayectoria académica y laboral del sujeto está inmersa en una realidad social y política. Nada de lo que se elige para estudiar está desprendido de una historia biográfica y las elecciones académicas y laborales también están marcadas por el inconsciente. Se realizó el ejercicio y se observó que frente a determinadas preguntas como la de ¿por qué se eligió el psicoanálisis? la respuesta no fue inmediata, hubo una elaboración de necesaria articulación entre sucesos conscientes e inconscientes. El dibujo y el relato de la trayectoria abrieron una nueva posibilidad en tal sentido, donde la toma de conciencia de la propia implicación permitió abordar el cruce entre la historia personal y la vida institucional.

Para analizar el material, utilicé el método de la teoría fundamentada —grounded theory (Strauss y Corbin, 2002). Con este método se crearon categorías que se fueron ampliando y están consideradas en el capítulo de análisis, donde se ejemplifica a través del texto de diferentes entrevistados.

Algunos entrevistados puntualizaron diferencias en el ejercicio de su práctica en tanto fuera con adultos, con niños o con adolescentes por lo cual se tomó en cuenta las diferentes etapas atravesadas en el proceso del desarrollo psicológico (Freud, 1976d).

Qué se dice y qué se hace en la práctica del psicoanálisis contemporáneo

A partir de los aportes de las diferentes escuelas, la práctica psicoanalítica ha sufrido cambios: diferentes formas de interpretación y nuevas formas de analizar las historias personales.

El presente capítulo sistematiza la revisión de publicaciones uruguayas y de la API relacionadas con el tema, así como el trabajo de campo realizado en Montevideo y la observación participante en algunos simposios, coloquios y jornadas psicoanalíticas entre el 2010 y el 2013.

En Montevideo hice dieciséis entrevistas. Como se aprecia en el cuadro 1, la muestra consta de ocho hombres y ocho mujeres. Todos pertenecen a las instituciones seleccionadas para la muestra teórica (APU y AUDEPP). Cuatro de cada sexo y adscripción se dividen en dos pertenecientes a la generación de entre 50-60 años y dos son menores a 50 años. Todas las personas entrevistadas han culminado su formación, salvo en dos de los casos en que, al momento de la entrevista, faltaba entregar el trabajo final de aprobación para ser considerados analistas miembros de la institución, la categoría que se adquiere una vez culminada la formación. Todos los entrevistados comparten una trayectoria de experiencia clínica no menor a diez años. En la mayoría de los casos la práctica cotidiana se desarrolla en la clínica de adultos, aunque algunos también trabajan con adolescentes y niños. Todos han transitado a lo largo de su formación y su ejercicio profesional por la clínica infantil; todos se han psicoanalizado y realizado supervisiones con psicoanalistas experimentados.

Hay diferencias en las trayectorias laborales y académicas, antes y durante su formación y ejercicio profesional. La mitad, combina su práctica privada con práctica en hospitales, instituciones educativas y/o universitarias. La mayoría realiza su práctica

en consultorios privados y algunos llevan a cabo docencia en diferentes instituciones de formación terciaria, ya sea en su institución psicoanalítica de pertenencia o en instituciones universitarias. Todos han tenido experiencia en alguna institución privada o pública de salud antes o durante su formación.

COMPOSICIÓN DE LA MUESTRA
CUADRO 1

	MUJERES		HOMBRES		TOTAL
	50-60	> 50	50-60	> 50	> 50
EDAD					
APU	2	2	2	2	8
AUDEPP	2	2	2	2	8
TOTAL	4	4	4	4	16

Este análisis otorga una pauta para comprender la significación que cada psicoanalista le da a la categoría de género desde su práctica, que es influida por su experiencia de vida, su experiencia laboral, su formación y sus ideas respecto del género. En esta investigación se integró la variable sexo, sin embargo, el análisis arrojó que el sexo del psicoanalista no determina la forma en cómo interpreta y escucha el género del paciente. Lo que sí tiene incidencia palpable son las ideas sobre género del psicoanalista. En esto influye fuertemente su experiencia de vida, el trabajo en su propio análisis y el hecho de haber realizado o no estudios de género, así como también la población con la que ha trabajado y desarrolla actualmente su práctica.

En general, podemos decir que los y las psicoanalistas que han tenido experiencia hospitalaria o universitaria, que han trabajado con población de bajos y medianos recursos económicos y en psicología infantil, tienen más flexibilidad para pensar la violencia de género y la homosexualidad desde los aportes de las ciencias sociales y las nuevas teorías.

En el desarrollo de las entrevistas observé que la idea o el tema de género se asociaron rápidamente con el tema homosexualidad, no así con la desigualdad de poder entre hombres y mujeres ¿cuáles serían las condicionantes de tal interpretación? Mi primera conclusión, que será desarrollada más adelante, se refiere a la falta de formación en estudios de género y sexualidad.

Las ideas que priman con relación a los temas de género

En la mayoría de las entrevistas constaté que el tema de género continúa produciendo resistencias y malentendidos, a partir de variadas interpretaciones sobre el concepto.

En algunos casos el género se asoció con estudios feministas y éstos inmediatamente fueron catalogados como interpretaciones equívocas, erróneas, tergiversaciones del psicoanálisis: “ellas no entendieron bien lo que Freud quiso decir”. Esto es algo que había escuchado anteriormente en diferentes eventos, congresos, jornadas y coloquios. El argumento mayormente esgrimido es que el feminismo no ha comprendido algunos conceptos del psicoanálisis, como el de *falo* y el de *envidia del pene*, y que es necesario conocer toda la obra de Freud, así como estar psicoanalizado o pasar por un psicoanálisis para comprenderlos.

Esto, que podría parecer una respuesta intelectual contundente, lo interpreto como una defensa. Las psicoanalistas feministas conocen muy bien la obra freudiana, se han formado como psicoanalistas y se han psicoanalizado; se han dedicado a profundizar en el análisis de la obra freudiana y de autores post freudianos. Considero que el malentendido es un síntoma ¿hay un malentendido que el psicoanálisis fabrica contra el feminismo? ¿Por qué?

Por otro lado, las psicoanalistas entrevistadas que trabajan con lo que autodenominaron “perspectiva de género” toman el feminismo de forma diferente, como algo que enriqueció su

formación y su historia, como estudios que les permitieron hacer una crítica al psicoanálisis; subrayaron la importancia que habían tenido estos estudios para comprender la diferencia sexual desde un lugar distinto al postulado por el Complejo de Edipo. Si bien estas autoras no abandonaron dicho concepto, consideran que los estudios feministas les aportaron elementos para escuchar a sus pacientes “desde otro lugar”. Desde el feminismo, obtuvieron herramientas para comprender la diferencia sexual desde una concepción histórica y social, y comprender que el discurso construye subjetividad. El feminismo abre puertas para pensar desde otra perspectiva el aparato psíquico y el inconsciente. A partir de esa perspectiva, pasaron a considerar el sufrimiento y los síntomas como formaciones que no son único producto del triángulo familiar, sino también del sufrimiento histórico social. Pudieron así considerar que las mujeres, si bien no son todas iguales, atraviesan por experiencias culturales y sociales que las construyen como colectivo; esto les abre una perspectiva que permite escuchar de otra forma los episodios de violencia y abuso sexual.

No obstante, aunque en el momento actual el feminismo dialoga más con el psicoanálisis, la palabra “feminismo” continúa despertando escozor y malestar en las diferentes disciplinas; lo mismo sucede en el psicoanálisis.

Una psicoanalista de 47 años, perteneciente a AUDEPP, compartió una anécdota vivida por dos colegas de una institución donde labora y atiende a mujeres afectadas por la violencia:

¿Feminista yo? No, decíamos; nosotras no somos feministas ¡esas son unas locas de atar! ¡Nosotras somos psicoanalistas de niños! Después te ponés a trabajar y te das cuenta de que sí, por eso nos habían invitado a trabajar en esta organización. No tenemos carnet de afiliadas ni nada (risas). Empezás a ver que las cosas pasan desde otro ángulo. Pensar lo que les pasa a las mujeres por este desnivel de poder, lo que les pasa a los

niños por este desnivel de poder, y en qué situaciones quedan y cómo las herramientas que nosotros tenemos y que sí dan resultado para otros casos, para estos no [la referencia es a las herramientas del psicoanálisis freudiano y a los casos de violencia doméstica y familiar].

En esta narración, la psicoanalista reconoce la necesidad de apelar a herramientas de otras disciplinas para trabajar con mujeres y niños afectados por violencia.

Por otra parte, los cambios en relación con el ejercicio de la sexualidad y al lugar de las mujeres, han traído aparejados cambios en los temas de género que los psicoanalistas dicen observar en la clínica. Sin embargo, estos cambios no se ven reflejados en la forma en cómo se piensa el lugar de las mujeres y la identificación femenina en los materiales de las publicaciones revisadas. Persiste una ausencia casi total de trabajos sobre relaciones de género en los congresos de los últimos diez años y en los actuales, así como una gran dificultad para reflexionar sobre el tema de la inequidad que se vive entre hombres y mujeres (Palomar, 2017). Continúan existiendo muchas confusiones interpretativas en relación con qué se entiende por género y cuál sería el beneficio de incluir la perspectiva de género dentro del psicoanálisis.

Muchos entrevistados insistieron en señalar que “la diferencia sexual” no es un tema de género; que el género se refiere a la cultura y que la diferencia sexual se refiere al Inconsciente. En tal sentido, pareciera que la diferencia sexual inconsciente nada tuviera que ver con las desigualdades construidas en la sociedad y la cultura.

Un psicoanalista hombre de 54 años expresó:

Tenemos un problema y por eso tenemos que ver las herramientas. Hay desarrollos psicoanalíticos muy pesados hoy, que dicen que debemos incorporar la categoría de género a las

categorías psicoanalíticas, y hay otros que dicen que la categoría de género empieza a conceptualizarse cuando básicamente los conceptos del psicoanálisis ya estaban pensados... Creo que el debate no está terminado, ¿hasta dónde la categoría de género la podemos pensar al interior o al exterior del campo psicoanalítico? Yo pienso que hay que dialogar con la categoría de género, pero no estoy seguro del beneficio de incorporarla.

¿Qué implicaciones tendría incorporar la categoría de género?

La idea de un “adentro” y un “afuera” del psicoanálisis marcan una dicotomía micro-macro. El aparato psíquico y el inconsciente parecerían integrar el adentro; todo lo que tiene que ver con la estructura social, el afuera. El género pensado desde el “afuera” tal vez no tiene nada que ver con el Inconsciente. Aunque en la entrevista de esta misma persona se enunció que en psicoanálisis “no se separa familia de sociedad”, la frontera se marca con contundencia. ¿Por qué se hace necesario pensar en términos de “adentro” o “afuera”? ¿Qué cambios produciría el género “adentro” del psicoanálisis? Tal vez el género está en la frontera. ¿Se puede soportar este concepto fronterizo en el psicoanálisis?

Sin duda, produciría muchos cambios en la forma de pensar la diferencia de los sexos, el pasaje por el Complejo de Edipo y, sobre todo, en la idea que se maneja de Inconsciente, ya no sólo constituido de fantasías familiares, sino atravesado por el lenguaje que nos nombra y nos define como hombres y mujeres. Un discurso que produce simbolismos de lo femenino-masculino que estarán presentes desde mucho antes que se produzca la identificación sexual y la diferencia de los sexos. Inconsciente atravesado y construido permanentemente por nuestras posiciones de clase, de etnia y de género. Inconsciente que se produce en una relación desigual entre hombres y mujeres. Inconsciente que se continúa

construyendo en la relación analítica transferencial que se establece con un hombre o una mujer analista que, además de tener un sexo, también está sujeto a un sistema sexo/género que le permite interpretar de una determinada forma y no de otras.

Que el *género* quede *afuera* del campo psicoanalítico implica apuntar que no tiene ninguna participación en la construcción del aparato psíquico. Sin embargo, y aunque la diferencia sexual no exista en el Inconsciente, introducir la categoría de género implicaría aceptar que el inconsciente también es construcción social-cultural. Tal como lo señala Sara Ahmed (2017) en su propuesta de la *Política cultural de las emociones*, las emociones son un producto socioeconómico y político. La normativización de género construye emociones. El sufrimiento psíquico que conlleva tal operación no puede interpretarse como mero fruto de las relaciones edípicas familiares pues, tal interpretación, deja fuera de la conciencia una parte importante del sufrimiento que el género provoca.

Introducir la categoría de género como categoría analítica brindaría una nueva herramienta para el análisis de las fuerzas psíquicas, ya no desde la patología, que no es el foco de interés del psicoanálisis, sino desde la política del deseo y sus avatares. El deseo es modulado permanentemente por las normas de género de una cultura.

Esta diferencia marca una línea dura que delimita psiquismo y sociedad. El aparato psíquico está integrado por todo aquello que nos socializa y nos forma como sujetos y como sexos.

Si el *género* queda *adentro* perturba porque obliga a pensar de manera crítica y contextual los conceptos de Complejo de Edipo, diferencia sexual, Inconsciente y la técnica psicoanalítica. A la vez que si el psicoanálisis aceptara esta categoría debería considerar la intervención de las ideas de género de quien analiza en sus interpretaciones.

Tal vez si dejáramos de pensar en pares dicotómicos (adentro-afuera, género-sexo) la pregunta por el género, den-

tro o fuera del psicoanálisis, no tendría cabida. Y si el género se considerara como estructurante discursivo de la sexualidad, entonces tampoco tendríamos que definir esos conceptos como diferentes. Pensar el aparato psíquico como banda de Moebius,⁷ tal como lo planteara Lacan, serviría para visualizar mejor estas paradojas: en el Inconsciente no existe adentro-afuera.

Siguiendo el pensamiento desarrollado por Serret, concuerdo en que toda identidad está atravesada por la marca de género:

Las identidades son pues el resultado de un encuentro de dos miradas: la propia y la externa; esa intersección implica la producción de la identidad como resultado de la dinámica reflexiva. Por lo tanto, las identidades son entendidas como un sitio siempre en movimiento que es producto de un proceso de reflexividad, de diálogo entre ambas miradas (Serret, 2011: 90).

La identidad se construye desde la norma y la mirada del otro. Las expectativas sociales marcan los cuerpos y performan el deseo.

Dichas marcas, producen huellas en el aparato psíquico que hacen posible determinada identificación sexual. La identidad de género es ordenadora de toda la identidad. ¿Cómo realiza el psicoanalista la deconstrucción simbólica de estas significaciones de género si no integra estos conceptos? Tal vez sea el psicoanálisis lacaniano el que, desde su teoría de los tres registros, lo real, lo simbólico, lo imaginario, tiene más elementos para esta deconstrucción e interpretación y corre menos riesgo de quedar en la superficie imaginaria. Sin embargo, de todas formas, no considera la incidencia del poder en la construcción de la diferencia sexual.

⁷ Ver Lacan, J. *Seminario 2: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.

En la revisión teórica constaté que las interpretaciones que priman cuando se trata de diferencias femenino-masculino se deslizan hacia lo edípico: rivalidad edípica, deseo incestuoso, envidia del pene, masoquismo femenino, superyó débil. Todas estas interpretaciones construidas desde un aparato teórico basado en la identificación sexual triangular familiar.

Durante un evento organizado por la UDELAR y API en el año 2011 donde se trabajó el tema *Actualidad de las neurosis*, en una mesa de cuatro ponencias, sólo una, la de la única mujer, hizo referencia directa a la urgente necesidad de repensar el tema del Complejo de Edipo desde una lectura de género.⁸ Hajer planteó la posibilidad de volver a pensar el Complejo de Edipo reconsiderando el sistema patriarcal dentro del cual surgió el psicoanálisis. Esto provocó una dura reacción de cuestionamientos, se increpó a la ponente sobre su insistencia en acudir a los mitos matriarcales. He observado este tipo de reacciones cada vez que se cuestiona el Complejo de Edipo femenino. Importa señalar que el psicoanálisis feminista surgió, en época de Freud, desde el cuestionamiento al sistema patriarcal ¿Por qué este tema continúa provocando tanta resistencia?⁹

⁸ Estoy refiriéndome a la psicoanalista Doris Hajer de la Facultad Psicología de la UDELAR, quien fuera la catedrática de psicoanálisis. En el año 2012 la psicoanalista se retiró de sus funciones.

⁹ Denomino aquí como “psicoanálisis feminista” a una corriente integrada por mujeres que desde dentro del psicoanálisis comenzaron a cuestionar las nociones freudianas de envidia del pene, Complejo de Edipo, complejo de castración en la mujer, masoquismo femenino, superyó débil. Como lo señalé en el capítulo I, aquí están ubicadas Karen Horney, Lou Andreas Salomé, Jeanne Lampl de Groot, Sabina Spilren y posteriormente Nancy Chodorow, Jessica Benjamin, Juliet Mitchell y las mujeres del actual COWAP en API. Se extiende la lista incluyendo a todas las psicoanalistas que no pertenecen a API, pero desde otras instituciones psicoanalíticas se encargan de investigar y promover este pensamiento en el Río de la Plata. Destaco en Uruguay a Elina Carril, Rosario Allegue, Doris Hajer y Carina Bordes.

Considero se debe, entre otras cosas, por un lado, a que es un tema que pretende visibilizar la desigualdad entre hombres y mujeres y, por otro, conmueve las bases del Complejo de Edipo, pilar fundamental de la teoría psicoanalítica. Fueron las mujeres psicoanalistas quienes lo cuestionaron y obligaron a debatirlo desde la época de fundación del psicoanálisis.

Mucho le ha costado al psicoanálisis trabajar la incidencia política en sus concepciones. El tema de las desigualdades de clase fue trabajado en la década de 1960, cuando surgió dentro del psicoanálisis la corriente freudomarxista con la escuela de Frankfurt fundada por Theodor Adorno. Hoy el debate está colocado en el terreno del género y la sexualidad a través de los aportes de los estudios de género.

Durante la investigación constaté que el tema de género se asociaba rápidamente con el tema de la homosexualidad. Cito a continuación fragmento de entrevista realizada a un psicoanalista hombre de 52 años:

Un tema muy sobre el tapete hoy es el de las nuevas sexualidades, los debates de género ¿Qué quiere decir hoy ser hombre o mujer? En qué sentido hay una elección, de orientación sexual. Hace muchos años los psicoanalistas pensábamos que la homosexualidad era una enfermedad, esto ya en el año 73 los psiquiatras lo dejaron de lado, pero al psicoanálisis le ha costado replantear nociones freudianas [silencio]. Cuando escucho a un paciente que se siente atraído por otros hombres entonces me pongo abstinento. Está operando en mí el ser hombre que, además, es padre, esposo, y

Esto no quiere decir que todas las personas mencionadas se autodefinan como feministas; soy yo la que las defino de esta forma revisando sus trabajos y aportes al psicoanálisis de la mujer. Otras psicoanalistas escriben sobre feminidad y sexualidad femenina, pero no las catalogo de esta forma porque incurrn en reproducir ideas patriarcales y pensamientos dualistas, además de no considerar las desigualdades históricas y sociales de poder entre hombres y mujeres como un elemento que interviene fuertemente en las diferencias subjetivas y psíquicas.

mi condición de ciudadano. En la medida que tengo presente eso de mi posicionamiento analítico, y si puedo manejar esto, entonces puedo ayudarlo a que se analice y no tengo que curarlo, ¡no, no! Hay una dimensión institucional que está ahí jugando, esto es un ejemplo de implicación... todo esto puede estar bajo los prejuicios de uno y uno debe estarlo trabajando todo el tiempo [se refiere al trabajo analítico del propio psicoanalista].

La preocupación actual del psicoanálisis parece centrarse más bien en el debate de la homosexualidad y las perversiones. En quitar a ese concepto el peso de la patología, que había imperado hasta la década de 1980, cuando se comenzó a dar importancia a los estudios de género. Esto ha tenido consecuencias teóricas en la nomenclatura psicoanalítica y repercusiones en la práctica clínica. Al respecto, se pueden revisar los escritos de Joyce Mc Dougall, Silvia Bleichmar y Jessica Benjamin.

La función del psicoanalista no es “curar” ni “reorientar” al paciente en su identificación sexual; tampoco diagnosticar. Este tema se lo replantea el psicoanálisis a partir del debate generado por el ingreso de homosexuales al ejército norteamericano, lo que coincidió con la desaparición de la homosexualidad como patología del Tratado Internacional de Psiquiatría de los Trastornos Mentales (DSM 3).

Una psicoanalista de 39 años, recién egresada de su formación en APU, afirma:

Durante todos los años de formación no he tenido un seminario donde se hubiese abordado la homosexualidad como opción, se seguía deslizando más como producto de un conflicto. Yo lo pienso más como una opción de vida. Yo creo que ese tema aún está teñido de psicopatología. Cuesta mucho. No hace mucho, será dos o tres años, que he empezado a escuchar a maestros abordando casos de homosexuales y tratar el tema como algo posible, una forma de vivir. Antes estaba, pero no lo decían. No se marcaba posición afuera. No se hablaba.

La falta de postura institucional deja libre a cada analista de tomar una posición individual. Esto puede ser visto como positivo en el sentido de respetar creencias y posturas. Pero ¿hasta dónde es beneficioso para los pacientes? Este tema toca las fibras de la ética del psicoanálisis. ¿Cuál es la ética de un psicoanalista? Respetar al paciente con sus creencias e individualidad y no realizar juicios morales, pero ¿qué garantiza que la formación de un analista —a pesar de las supervisiones y el análisis personal— no se deje permear por sus ideas de género? En tal sentido, la mayoría de los entrevistados coinciden en que las ideas y prejuicios de género del analista intervienen en la transferencia y las interpretaciones que realiza, pero esto queda librado a la responsabilidad del análisis personal del psicoanalista.

Otro elemento que interviene en la resistencia es que hay muchos malentendidos sobre qué se considera género. Las respuestas, en muchos casos, hacen referencia a la elección del objeto sexual. Se confunde género con objeto de deseo. La referencia a desigualdades de poder y relaciones de dominio que se construye a nivel simbólico está ausente. Se considera la importancia de la cultura y sus efectos en el Inconsciente, pero no las relaciones de poder desiguales y sus efectos de asignación en los procesos inconscientes. Muchos entrevistados reconocen que los conceptos psicoanalíticos están influenciados por las ideas de época en la que surgieron, sin embargo, en general, no aceptan que las investigaciones de género hagan aportaciones para repensar las interpretaciones sobre lo femenino-masculino dentro del psicoanálisis ni el lugar que desempeña el sexo y la sexualidad del analista en el proceso psicoanalítico.

Un psicoanalista hombre de 54 años dice:

Está la idea en los tratamientos con niños de que sí va a funcionar mejor con un terapeuta varón, por ejemplo, porque no tie-

ne padre o no hay figura fuerte del padre. Las colegas mujeres terapeutas funcionan de igual forma que cualquier terapeuta hombre. O sea, si hay proceso terapéutico, el niño va a cambiar con quien sea. No tengo muy claro por qué hay menos varones como terapeutas de niños, ahora hay un poco más, creo.

Históricamente, las mujeres fueron aceptadas en la formación como analistas para trabajar con niños: una asignación femenina más de la cultura del cuidado a los otros. La función de las analistas mujeres se postuló para resarcir un papel maternal que supuestamente había sido mal desempeñado por las madres. La función de terapeuta infantil sigue siendo desempeñada, en su amplia mayoría, por mujeres al igual que la de maestra, educadora, niñera, empleada doméstica. Para entender por qué se produce esto, es necesario tener presente las investigaciones de género; la precursora en tal sentido es Carol Gilligan (1982) con su investigación sobre las diferencias en el desarrollo moral de las mujeres.

A la vez, la idea de que *las terapeutas mujeres funcionan de igual forma que cualquier terapeuta hombre* denota una necesidad de poner en plano de igualdad a las mujeres con los hombres, pero que niega las diferencias a riesgo de minimizar a las mujeres. Esta idea involucra que el Inconsciente no tiene sexo y que por lo tanto no importa el sexo del psicoanalista, sin embargo, no se puede negar la materialidad del cuerpo. El cuerpo del psicoanalista está presente en la transferencia, un cuerpo que existe aún sin decir palabra ¿Lo que el paciente asocia y transfiere en la sesión nada tiene que ver con el sexo de quien escucha?

Si el inconsciente es discursivo y se estructura como lenguaje tal como lo planteara Lacan, entonces se forma a partir de un discurso hegemónico que lo moldea de acuerdo con ciertas ideas hetero de la dicotomía femenino-masculino. Y si el discurso de género (per)forma un cuerpo sexual, sexo y género no pueden separarse, como tampoco puede separarse cuerpo físico de psique.

En el testimonio citado anteriormente del hombre psicoanalista de 54 años, también se denota la función de ley asignada al padre: el varón que pone la Ley. Lugares socialmente asignados que, si bien el propio psicoanálisis lacaniano, sobre todo, cuestiona con el concepto de falo, reproduce cuando habla de la *Ley del padre* sin analizar las asignaciones de poder que esta idea contiene y reproduce. Hay que recordar que el concepto de perversión en la teoría lacaniana del Edipo estructural fue pensado en función de la forma como se internalizó la *Ley del padre* en la estructuración de la personalidad de un sujeto.

Algunas personas entrevistadas respondieron según una idea de género entendido como rol o papel. Refirieron las dificultades que se ven en la clínica de mujeres cuando “no pueden conciliar el rol de mujer con el de madre, esposa, profesionista”.

La vivencia de temor que produce el rol de madre *fagocitadora* o incluso el grado de violencia que se produce en algunas madres por la apropiación del hijo, lo cual genera sufrimiento y culpa en ambos.

El papel de madre asignado a la mujer tiene una historia de asignación de lugares desde la división sexual del trabajo; el conflicto moral que se produce cuando no responden a dicha expectativa ha sido investigado (Gilligan, 1982).

¿Es necesario que un psicoanalista sepa cuál es la historia de cada una de estas significaciones para no incurrir en interpretaciones sesgadas?

Existe el supuesto de que la idea de género de cada persona —o en este caso específico, de cada psicoanalista— es individual, pero no se visualiza la dimensión institucional que la atraviesa desde la estructura social. La mayoría de las personas entrevistadas no atribuye estas cuestiones a un sistema sexo/género que atraviesa la historia personal de cada paciente.

Algunos entrevistados consideraron que lo realmente importante en psicoanálisis es el Inconsciente y en este no existe

diferencia sexual. Sin embargo, habría que considerar si es que existe huella inconsciente producida por la obligatoriedad que impone la norma en la sexualidad.

La normatividad de género produce sufrimiento psíquico desde el mandato superyóico que se tornó inconsciente. Con eso que se hizo inconsciente, trabaja el psicoanalista.

La sexualidad ha sido tema de discusión desde los inicios del psicoanálisis, pero en los últimos congresos de psicoanálisis la discusión se centra en temas de la homosexualidad y lo trans.

Sin embargo, la homosexualidad continúa siendo un dispositivo que se construye para analizar la sexualidad. Desde este punto de vista, podría constituirse en un obstáculo a la hora de deconstruir categorías.

Algunas entrevistadas recordaron la época en que en el psicoanálisis hospitalario se implementaban consultas para personas que solicitaban el cambio de sexo. En aquel momento (la década de 1980) se dio un buen debate interno en el equipo de psicoanalistas: se discutía si estas personas podían considerarse psicóticas. Muchas mujeres psicoanalistas tomaron la postura en contra de la patologización y decidieron complejizar la discusión colocando sobre la mesa elementos subjetivos de los propios pacientes ¿Por qué considerar que alguien estaba delirando cuando expresaba sentirse atrapado en un cuerpo que no correspondía con su mente y su deseo?

En este punto es oportuno resaltar que el psicoanálisis siempre ha insistido en la importancia de considerar a cada sujeto y su deseo, y deslindarse de la psicopatología. En psicoanálisis importa el deseo del sujeto más que la clasificación y el diagnóstico. Esa prioridad, colocada en el deseo, pierde de vista la importancia del género. Pero ¿hasta dónde el género produce un cierto tipo de deseo?

El replanteamiento del tema de la homosexualidad y la perversión

Uno de los temas que se vuelve a pensar dentro del estudio de la sexualidad es el de la perversión. Esto tal vez articulado por los cambios que ha habido respecto de la interpretación de la homosexualidad.

Un entrevistado de 56 años dijo al respecto:

Antes, se hablaba de la homosexualidad como perversión. Muchas conductas que se consideraban fuera del coito eran vistas como perversas: si no se llegaba a la penetración, entonces se era perverso, el sexo oral, por ejemplo, era perverso. Tenía que ser el coito, y eso era la sexualidad sana; ahora se vio que eso es ideológico [risas]. Claro, eso era marcado por la religión de la época victoriana en que nació Freud. Ahora se vio que, si las dos personas están de acuerdo, entonces es normal; si hay consentimiento mutuo entonces se ve como neosexualidad y no como perverso. Perverso es si se manipula al otro, la paidofilia, por ejemplo, en donde una persona abusa de su poder y hace algo que el otro no quiere. La homosexualidad no es una patología, es una identidad sexual distinta, pero todo esto para pensarlo así llevó mucho tiempo y no fue fácil. Mucha gente sigue estando molesta con esto y dice que los homosexuales no deberían ejercer el psicoanálisis.

Esta respuesta, junto con otras, refleja que se transita por un proceso de cambio. Considero que esta idea nueva se enmarca en la lucha del movimiento LGBTTTT, desde el cual se reivindicó la despatologización de la homosexualidad. En la psiquiatría, esto sucedió en 1973, y a partir de dicha fecha los debates permearon al psicoanálisis y a otras disciplinas sociales.

Durante mis estudios en la licenciatura de psicología en la UDELAR, antes de 1994, el psicoanálisis transmitió que la homosexualidad, junto con otras prácticas sexuales como el fetichismo y el sado-masochismo, eran perversiones.

De esa forma lo expresa otro entrevistado de 56 años:

En el siglo xx las perversiones tuvieron un lugar importante, ahora ya no lo tienen fundamentalmente por los movimientos que se dan a nivel social y político; las reivindicaciones que se dan a través de las grandes minorías, los movimientos *gay and lesbian and transexual groups*, ellos han hecho un trabajo importante a nivel social para no ser mezclados con las perversiones, un derecho que han logrado exitosamente, no estar mezclados en esa bolsa, y a la vez han sacudido este punto, entonces ¿qué son las perversiones?

La mayoría de las personas entrevistadas coincidió en que la homosexualidad no es una patología y que tampoco debe ser un problema que un psicoanalista sea homosexual. Actualmente, ya no se piensa la homosexualidad como una perversión, pero uno de los hombres entrevistados aclaró lo siguiente: “Esto no quiere decir que [dejemos de reconocer que] haya homosexualidades que sí son perversas, como son las paidofilias y el mantener prácticas sexuales sin consentimiento mutuo.”

La mitad de las personas entrevistadas reconocieron que los prejuicios sobre las ideas acerca del sexo del analista influían en el proceso analítico a pesar de que el analista hubiera estado en análisis durante muchos años, o incluso que lo estuviese siempre; también reconocieron que esto incide en las interpretaciones que se realizan.

Tanto en la declaración anterior como en la que citaré a continuación, *el desliz de lo técnico hacia lo moral* (Carril, 2012) resulta muy fácil de producirse:

El derecho al placer es lo más democrático, dijera Almodóvar. Desde el punto de vista social hay que darles la bienvenida, pero en lo que hace a nuestra práctica nos interpela: ¿dónde está el límite? ¿Vale todo? ¿Dónde está el otro ordenador, simbólico? Podemos llamarlo de mil maneras... libertad de

elección como dice Foucault, pero no libertad de acto... (Hombre, 54 años).

¿Al servicio de quién tiene que estar el psicoanalista? ¿Del inconsciente y el deseo, o de la moral? ¿A qué se le llama el *otro ordenador simbólico*?

El *otro ordenador simbólico* está constituido por un orden de género que nos atraviesa y regula nuestro deseo. Este orden es el hegemónico heterosexual. ¿Es el único posible, o es el que ha prevalecido en un sistema patriarcal?

Algunas personas entrevistadas puntualizaron diferencias en el ejercicio de su práctica en tanto sea con adultos, con niños o con adolescentes, ya que estas atraviesan por distintas etapas en el desarrollo psicológico.

Un adolescente está en tránsito de búsqueda de su identidad, por lo tanto, tener experiencias homosexuales no es algo que defina que esa sea su identidad definitiva (Hombre de 49 años).

Esta respuesta muestra la forma en cómo se piensa la identidad. ¿La práctica sexual estaría definiendo la identidad en la etapa adulta? Esto sería rebatido rápidamente por las corrientes que hoy estudian el tema de la identidad dentro de la diversidad sexual, las experiencias o preferencias sexuales, porque el mismo sexo no define la identidad de género de un sujeto. Hay hombres que tienen prácticas sexuales con hombres (HSH) y no se identifican como homosexuales. Aquí está en juego qué define a la homosexualidad. Tal como lo plantea Díaz Camarena: “Las prácticas eróticas no siempre equivalen a la orientación sexual” (Díaz, 2010: 12). La respuesta del entrevistado muestra confusión al respecto.

Reproduzco a continuación un relato de un psicoanalista de 49 años, quien compartió con apertura su experiencia

como paciente analizado cuando era adolescente. Cuenta un episodio donde su analista le interpretó tendencias homosexuales reprimidas:

Yo rivalizaba con un muchacho por la novia de él y resultó que ella rompió con él y salió conmigo y el analista me interpretaba que en realidad ¡yo quería darle un beso a él a través de ella! Yo era muy tímido y pensaba: “pa’, ¡debo ser gay!” Pero la verdad que no me siento gay [risas], esa creencia de que la persona tímida tenía tendencias homosexuales reprimidas por actitud pasiva frente al padre... a mí me quisieron convencer de que era gay [risas] y sí, había un paradigma freudiano que decía eso. En aquel momento todo se explicaba por la sexualidad, eso de que la mujer tenía que pasar del orgasmo clitoridiano al vaginal, todo un invento. ¡Pobre Freud, inventó el cuerpo humano de vuelta! [risas]. Ya se sabía en esa época, desde 1880, que todos los nervios iban al clítoris, pero incluso una paciente de Freud, Marie Bonaparte, se operó; se hizo una ablación porque se decía que la sexualidad sana y total debía ser vaginal, que las que sentían por el clítoris eran las adolescentes porque querían tener un pene que les creciera. Una disculpa por Freud...

Decir que en aquel momento todo se explicaba por la sexualidad nos refiere a algo muy importante: todo en el psicoanálisis era interpretado en función de cómo el sujeto transitaba por su desarrollo psicosexual, y esto era lo que definía la identidad del sujeto. Según Freud, la niña, para “crecer”, debía hacer ese pasaje del placer clitoridiano al vaginal. Esto ha sido fruto de los conocimientos sobre la sexualidad femenina en aquella la época. Hoy no sólo se sabe que el placer femenino se centra en el clítoris y en todo el cuerpo, y que una mujer no tiene orgasmos solamente vaginales, inclusive muchas solo tienen orgasmos clitoridianos. Por otra parte, vale preguntarse ¿el placer sexual define la identidad y la madurez psíquica?

El mismo entrevistado consideró que las ideas y prejuicios sobre el género del investigador intervienen en toda disciplina

y, tal como lo señaló, incluso puede llegar a hacer que el científico (Freud, en este caso) “invente” un cuerpo, una concepción de cuerpo biológico.

En la narración anterior, se puede ver con claridad cómo las ideas teóricas prevalecientes en una época operan a fuerza como verdad, produciendo efectos en los pacientes tal como el que se produjo en este analista, quien en aquel momento padeció gran confusión por una interpretación que lo inducía a creer en una identificación homosexual. La teoría está atravesada por las ideas de género dominantes que trazan los comportamientos esperados para hombres y mujeres.

El tema de la construcción del sexo en la ciencia ha sido investigado en las ciencias sociales por algunos autores como Thomas Laqueur (1994) y Anne Fausto-Sterling (1992 y 2000), quienes aportan argumentos para pensar que el contexto político determina las formas de pensar sobre los cuerpos. La ciencia y sus descubrimientos se producen desde esas condiciones en cada época.

En la época victoriana, el cuerpo de la mujer era observado con la intención de descifrar sus enigmas. Así se inventó un cuerpo de mujer que respondía a las interrogantes científicas a la medida del modelo hegemónico masculino. La forma de pensar la sexualidad en aquella época obedecía a un paradigma científico que sostenía las diferencias como tolerables en tanto perpetuaran la reproducción.

Continúa el mismo entrevistado:

Un hombre no podía ser tímido-pasivo en esa época, o podía serlo, para Freud. Tampoco para este analista que seguía la teoría al pie de la letra y también se identificaba con esto. La equivalencia dicotómica activo-masculino, pasivo-femenino atraviesa toda la teoría freudiana y es desde ésta que se interpretan situaciones como la relatada anteriormente. Ésta es una de las formas principales del sexismo.

Quien relata el suceso lo pone como ejemplo de algo que pertenece a un pasado que debería abandonarse y ser sustituido por una práctica que considerase a la sexualidad bajo otras interpretaciones. Retomo el testimonio de la misma persona, quien comenta: “Esto en la actualidad no se hace, pero capaz que si alguien lo hace, no sé [risas]... se dice una cosa y se hace otra.” La explicación que la persona otorga a este tipo de interpretación la remite a la idea de pasividad de Freud, para Freud ser un hombre pasivo significaba no enfrentar al padre.

El analista pone la causa en la teoría freudiana, que contiene elementos sexistas y reproduce interpretaciones de este tipo, pero antes, dejó ver que la dificultad estaba puesta en la difícil incongruencia que se produce entre la teoría y la práctica, en esa dificultad que exige no *aplicar teoría* sino guiarse por lo que el paciente siente y dice en la clínica. Esa dificultad que exige la capacidad de la *escucha libre de teoría*, el ejercicio de la verdadera escucha flotante, es decir, la capacidad de autoanálisis del que pone a prueba su propio proceso analítico analizando a otro, sin querer orientar su deseo; sin querer encontrar dónde encaja su conflicto en relación con la teoría. De todas formas, ese sujeto investigador y analista, es un sujeto de su tiempo y de su estructura social ¿Cómo escapar de esta determinación?

Otro tema que destaca es la función del analista con los niños y las niñas. Algún psicoanalista comentó sobre la necesidad de prudencia en los casos de la clínica infantil, donde mucho de la alianza con los padres marca la posibilidad de la continuación de un tratamiento. Dice, al respecto, un entrevistado de 54 años:

Que los padres puedan comprender que el analista no está allí para hacer a su hijo heterosexual, pero a la vez es posible que, si el psicoanalista puede escuchar el conflicto de identificación del niño, éste podría tomar una identificación hetero.

Tal comentario muestra la encrucijada en la que se encuentra la práctica psicoanalítica frente a estos temas. ¿Cómo posicionarse como analista en casos de niños que tienen una inclinación homosexual? ¿Qué quiere decir escuchar el conflicto? En psicoanálisis se escucha en qué lugar de la economía libidinal familiar queda atrapado el niño, si es que eso provoca síntomas en él, entonces el trabajo se conduce escuchando qué dice el síntoma y así poderlo remitir al propio deseo. La pregunta por formular sería ¿obedece la identificación homosexual a un conflicto? ¿O es la teoría freudiana la cual, remitiéndose a un Complejo de Edipo basado en la heteronormatividad, condiciona la identificación homosexual a un lugar de conflicto?

Recuerdo un caso que recibí en mi consulta hace algunos años: un niño de cuatro años que era traído por sus padres porque le gustaba vestirse como la madre, pintarse los labios, ponerse zapatos de tacón. A la vez, no le gustaba jugar con varones y siempre quería hacerlo con el grupo de su hermana, quien era dos años mayor. Los padres estaban muy angustiados por la situación y, luego de ver al niño dos veces, decidí trabajar con esa angustia de los padres.

Traigo el caso a colación porque es muy fácil quedar atrapados en la misión de *normalizar a un niño*. Identificarse con el saber-poder es un espejismo alienante que seduce bastante. En este caso ¿el conflicto estaba en el niño o estaba en los padres y su rol *mal* cumplido con una sociedad patriarcal que se rige por la heteronormatividad?

Podría haberse interpretado que el conflicto estaba en el niño por no haber logrado identificarse con su modelo de papá-varón y entonces ¿considerar una falla identificatoria, y así suponer que, diagramando las líneas de interpretación edípicas, este niño lograría identificarse como varón?

Cualquiera de los dos tipos de intervención parte de una forma de interpretar la homosexualidad, según los ejes estructurales del género y el sexo. Ambas parten de un *a priori* de

construcción de verdad. ¿Los psicoanalistas son conscientes de esto? ¿Es éste un factor que interese y se trabaje teóricamente en las instituciones de formación analítica? No encontré programas de formación curricular específicos sobre el tema en las instituciones en las que indagué para esta investigación. Los seminarios de género que se dictaron fueron siempre optativos y esporádicos ¿Por qué considero que sería importante integrarlo y profundizarlo en la formación? Las razones se perfilan en las respuestas de los entrevistados y en este análisis.

La posibilidad de dar importancia a estas construcciones en el análisis, de quienes han elegido ser analistas, es un tema crucial. Preguntarse en torno a la posición desde la que se escucha la sexualidad del paciente, es un tema por tratar durante el proceso del psicoanálisis del analista, porque el género es un elemento de ordenamiento social y estructurante de la personalidad.

El debate que introduce Judith Butler sobre el tema de las identidades sexuales conmueve las bases epistemológicas de la psicología, del psicoanálisis y de su teoría de la identificación. Judith Butler propone que la identidad sexual no es algo fijo, que puede cambiar a lo largo de la vida (1990). Esto es algo que el psicoanálisis no podía pensar hace un siglo, ni hace veinte años. ¿Qué consecuencias tiene esto en la teoría de la identificación? ¿Permean estos estudios en la teoría y la práctica psicoanalíticas?

Son pocos los entrevistados que muestran nuevos posicionamientos a partir de estos debates. Nuevas formas de interpretar serán posibles si esto se incluye en la formación, y no si se deja librado a la elección personal.

Hubo algunas entrevistadas que sacaron a relucir el tema de la práctica de los psicoanalistas homosexuales. En tal sentido, señalaron cambios en la API, que directamente se atribuyeron a la lucha de los movimientos LGTBTTI.

En este punto es importante resaltar que, si bien se hacía referencia a que el tema estaba en pleno debate, ya se tenían declaraciones de API respecto de la no discriminación de ningún tipo desde hacía unos diez años. Por lo cual, no existe impedimento alguno para que una persona homosexual se forme como psicoanalista. Sin embargo, una analista joven declaró que se sabía que, para la selección de ingreso a la institución y para la atención de pacientes, pesaba ser homosexual, debido a lo cual muchos psicoanalistas preferían “seguir en el clóset”. Esto contradice la premisa no incidencia del sexo-género del analista en el proceso con pacientes. Tal como señalaba un entrevistado anteriormente: *se dice una cosa y se hace otra*.

Para que una práctica cambie la teoría es necesario un ejercicio de sistematización metodológico durante largo tiempo. El tiempo institucional de los cambios es más lento que el cambio en la práctica de las personas; el tiempo de cambio en el discurso no acompaña el cambio en las prácticas. Cuando decidí investigar sobre el tema, ya tenía cerca de diez años que estaba observándolo. Cuando los investigadores estamos listos para sistematizar las experiencias es porque estamos en un tiempo que permite observar esos cambios. Pero el acontecimiento ya estaba ahí desde mucho antes en la práctica. Los paradigmas científicos cambian después de cientos de años ¿cuánto más debemos esperar para que cambie el paradigma psicoanalítico acerca de este tema? Porque los cambios ya están aconteciendo en los sujetos de la práctica, sean pacientes y/o analistas.

Sobre la naturalización de la violencia

Para investigar sobre este punto utilicé dos procedimientos; uno fue la pregunta sobre casos clínicos donde se padeciera o ejerciera violencia en la pareja y el otro, la viñeta clínica de un caso estímulo seleccionado.

Sobre el primero, la mayoría de los entrevistados negó la existencia de pacientes que hubiesen reportado violencia de pareja en su clínica privada. La explicación que daban a esto era que trabajaban con una franja de alto nivel socioeconómico. Sin embargo, las personas que laboraban en instituciones de salud pública dijeron que el maltrato en pacientes, tanto mujeres como niños, estaba muy presente en sus consultas. Señalaron, además, que era común que las mujeres hablaran de su desconfianza hacia el marido. También se comentó que, en personas de clases sociales altas, los temas de violencia y el abuso son muy soterrados. Es necesario mucho tiempo en el trabajo analítico para que empiecen a aparecer en los recuerdos y en el relato.

Sobre lo segundo, la mayoría reconoció que el tipo de casos, aludiendo al de la viñeta,¹⁰ donde el hombre controla y desconfía de su pareja, se daba repetidas veces en la clínica del consultorio privado.

Esto denota una contradicción entre negar directamente la presencia de violencia y corroborarla a través del caso estímulo. ¿Puede inferirse entonces, que la violencia psicológica y sexual está naturalizada y, por lo tanto, invisibilizada entre los psicoanalistas? Esto no tiene diferencia por sexo, es decir, que tanto hombres como mujeres, usaron el mismo tipo de respuesta contradictoria ¿Se tiene representada a la violencia de pareja sólo como violencia física? ¿Se considera que la violencia de pareja sólo se trabaja si ambos integrantes acuden a la psicoterapia?

Los diferentes tipos de violencia emocional parecen no visibilizarse rápidamente. Por eso resultó muy oportuno el caso estímulo, a través del cual, los analistas tomaron conciencia de las conductas de control presentes en las relaciones de pareja de sus consultantes, aunque no las identificaran inmediatamente cuando hice la pregunta de manera directa.

¹⁰Se presenta el caso estímulo en el Anexo 2.

Algunos entrevistados —tanto hombres como mujeres— consideraron necesario enfatizar que la violencia no se daba sólo de parte de los hombres hacia las mujeres. Si bien en la mayoría de los casos se originaba en los hombres, también se observaba violencia ejercida por mujeres contra hombres y de padres y madres hacia hijos e hijas.

Un entrevistado (hombre de 56 años de AUDEPP) señaló:

No, no tengo casos de esos, tuve sí, pero ahora no [...]. Es el poder del que se hace rezongar. Vos ¿tenés hijos? ¿Viste que te levantas y al rato tenéis la yugular así de hinchada? El poder de hacerse rezongar es genial, vos sos el verdugo, el que manda es él; es un tema recurrente y bien delicado, la violencia en la pareja es de siempre, la gente no sabe nada del amor...

Este párrafo refiere a la codependencia y a la otra cara del poder. El juego de poder en las relaciones y la violencia que suscita, el poder que tiene quien se hace rezongar, quien no se comporta como debe, ¿las mujeres y los niños puestos en el lugar de los victimarios? Parece que en este caso mujeres y niños son colocados en el mismo lugar de indefensión. Víctimas y victimarios existen, uno existe porque existe el otro. No poder salirse de este circuito ha sido interpretado muchas veces como una patología, sin embargo, tiene una historia de asignación de lugares simbólicos cargados por la convención social.

La violencia en este caso es vista como algo que siempre ha existido en las relaciones sociales y que es un producto de la tensión que produce el mismo acto de relacionarse en el amor. El diálogo anterior pareciera reflexionar que el poder es un tema de dos, y que la violencia es algo inherente a las relaciones amorosas.

La dinámica víctima-victimario se sustenta en esta dialéctica. Cuando se corta este circuito, y uno de los dos se posicio-

na en otro lugar, cambia la dinámica, tanto entre parejas como entre padres e hijos, o en cualquier tipo de relación.

Para la mayoría de los entrevistados fue difícil relacionar esta violencia con la estructura social y las expectativas sociales de género. Cada vez que se introdujo la pregunta por la relación de la violencia con la estructura social, la respuesta fue negativa o relativizó el problema. La explicación sobre esta violencia se centró en argumentos psicopatológicos individuales, ya fuera por el lado del masoquismo femenino, o de la falla narcisista en el agresor.

Para confirmar lo anterior, citaré algunas respuestas e impresiones interpretativas respecto del caso estímulo ofrecido a los entrevistados. Algunas de ellas son moralizantes: “Ella se equivocó porque esto tiene una prehistoria que es el noviazgo, este tipo no habla de su mujer, sino habla de su historia. Él se siente violándola, ahí restaura su circuito narcisista.” Otras respuestas interpretan la psicopatología del hombre agresor: “Habría que analizar la historia de este señor, un yo muy frágil, problemas con la identificación con el padre” y “Este sujeto parece medio paranoico, serio problema de identidad.”

Sin embargo, muy diferentes fueron las interpretaciones de las mujeres psicoanalistas que expresaron trabajar con perspectiva de género. Cito una respuesta de una mujer de 60 años:

Escucho una ideología de este señor respecto de lo que él considera una mujer... alguien que tiene que proteger, pero controlando... Me empiezo a hacer el perfil de un hombre violento, pero no escucho una situación psicopática ni perversa, sino una manera de ejercer el control. Otros dicen “hacerle el amor, porque ella es para mí, es mía”. Este señor usa directo la palabra “violarla” en el sentido de someterla. En estas personas no es que quieran tener relaciones con la mujer, es que quieren someterla sexualmente, y esto de “se

me sale de control”, pero la culpable es ella. Formas de control de la otra, de sometimiento.

En este caso, la escucha incluye analizar las ideas de género del paciente; esto es posible porque la psicoanalista cuenta con la herramienta histórico social e introduce las desigualdades de poder en la relación. El hombre intenta someter a su pareja a través del ejercicio sexual: la violación. El control llevado hasta el sometimiento de la otra incluye la visión del cuerpo de la mujer como territorio de dominio y ejercicio de poder. La analista no intenta encontrar la patología en el sujeto o en la relación de pareja. Un hombre violento que emerge de un sistema de sexo/género, no es un enfermo.

La mujer que sufre este sistema de control no es una masoquista, es una integrante de la cadena de dominación que padece por ser mujer, desde una jerarquía que la coloca en inferioridad de condiciones como vulnerable.

La psicoanalista interpreta desde una perspectiva de género, considera al género como categoría analítica y esto le permite una lectura diferente del caso.

Un psicoanalista (hombre de 49 años) dice:

En psicoanálisis creíamos que el que era acosado violentamente se lo buscaba, inclusive se llegó a decir que el pueblo torturado atraía al torturador. Eso se podrá dar en el síndrome de Estocolmo, pero ¡cómo vamos a decir que al pueblo que lo torturaron en dictadura va a tener un vínculo de amor-odio! Yo escuché eso o que la mujer masoquista es responsable también, porque a ella misma le gusta. ¡Eso es un disparate!

Estas respuestas denotan un proceso de cambio, un movimiento. Aunque la interpretación del deseo de ser esclavos está vigente y sustenta toda una línea del pensamiento psicoanalítico lacaniano, heredera de los estudios de Hegel el deseo

es muchas veces auto castigador, lacerante y contradictorio. Este pensamiento alimenta inclusive los estudios *queer* de algunas investigadoras sociales, a mi juicio, no lo han interpretado claramente porque se ha utilizado para hacer interpretaciones apresuradas de acontecimientos sociales complejos.

Esto implicó que algunos psicoanalistas se posicionaran y argumentaran que el psicoanálisis no debería realizar interpretaciones sociales porque no es una teoría sociológica. Proponer que el psicoanálisis incorpore la inter-disciplina no significa que se convierta en una sociología ni en una antropología social, sino considerar la posibilidad de una interdisciplinariedad en el análisis. Cabe recordar que el psicoanálisis surgió en la inter-disciplina que Freud fue capaz de pensar.

En las publicaciones uruguayas revisadas hemos encontrado algunas reflexiones interesantes en este sentido. Una psicoanalista de 60 años, que trabaja desde hace tiempo con perspectiva de género, comenta a propósito del tema de la violencia:

Creo que la clínica actual ha cambiado y que no estamos frente a lo mismo, pero transvestido, las mismas patologías que cambian de ropaje sintomal. De ser así, nada debería entonces ser cambiado, ni las teorías que explican el sufrimiento ni las técnicas que se aplican. Por el contrario sostengo, en cada vez más amplia y calificada compañía, que si la subjetividad está determinada por las condiciones históricas de su producción, los hombres y mujeres actuales requieren para ser comprendidos de un psicoanálisis que, aun en su diversidad de escuelas, recupere la interdisciplinariedad de origen, reformule sus paradigmas si es necesario y que escuche lo que otros campos del conocimiento tienen para decir sobre ese complejo ser que llamamos humano. (Carril, 2004: 131)

El tránsito que describen dos de las mujeres entrevistadas de AUDEPP por una institución donde atienden mujeres afectadas por violencia, ilustra muy bien lo expresado anteriormente:

Recibíamos unos casos terribles, unas historias que hoy recordamos entre risas. Mujeres que venían a decirnos que los maridos las querían matar. Nosotras decíamos: ¡mira lo que dice, está bien paranoica! Hasta que un día nos pasó que la hermana de una de estas mujeres llamó por teléfono para decir que la señora estaba internada porque el marido la había querido matar. Ahí fue un giro, dijimos: “hay algo que no estamos logrando escuchar”. Nos pusimos a estudiar y a estudiar mucho, esto fue cambiando mucho de nuestra práctica.

Para estas mujeres, fue necesario escuchar a mujeres víctimas de abuso sexual y afectadas por relaciones violentas, pasar por cursos de formación de género que, en principio, se basaban en la transmisión de la historia de mujeres para comprender más tarde de qué se trataba la dominación masculina. Ambas entrevistadas señalaron la importancia de haber integrado diferentes lecturas disciplinares para comprender lo que escuchaban. Sobre todo, enfatizaron la importancia de los estudios feministas en esa formación.

A la vez, constaté que sus tránsitos por diferentes instituciones públicas y sus historias de vida incidían en esta forma de mirar, escuchar y pensar el tema de género. Subrayo la marca que estableció en ellas la experiencia de su propio psicoanálisis con diferentes personas, hombres y mujeres que les permitieron una visión diferente de sí mismas.

Algunos hombres entrevistados también señalaron como importante el haberse analizado tanto con hombres como con mujeres.

Además de que la transferencia que se establece con hombre o con mujer es diferente, esto podría ser un indicador de que el sexo del psicoanalista incide en el material que se trabaja en el análisis.

Una investigación que están llevando a cabo Teresa Lartigue y colaboradores, miembros de la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM) en México (con financiamiento de API) sobre

depresión materna y situación de riesgo en la parentalidad, pone de relieve la violencia sufrida por las mujeres como un factor de riesgo para la depresión. En esta investigación se asocia el sistema sexo/género con la predisposición a tal patología. Trabajos presentados como resultado de esta investigación (Congreso FEPAL 2002, congreso API, 2011) promueven la revisión teórica de conceptos como el de envidia del pene y castración en la mujer, así como el de función materna. Se hace mucho énfasis en la importancia que tiene el deseo de ser madre y de tener un hijo para la salud tanto del hijo, como de la madre.

Al respecto, otra entrevistada, una analista que actualmente realiza su práctica únicamente en el consultorio privado dijo:

Las mujeres que trato son profesionales, tienen una posición social y armas para defenderse, pero no sé qué pasa en realidad, creo que el tema del sojuzgamiento pasa a nivel de otras clases sociales: de asalariados pobres, no tanto en el Uruguay, pero sí creo que en América. Creo que hay una gran cantidad de población sojuzgada económicamente y, dentro de esa población, mujeres discriminadas o más discriminadas que los hombres.

Se entiende que el tema del sojuzgamiento femenino se produce en una clase social baja, que es un tema relacionado con la pobreza. No obstante, si bien es cierto que las mujeres más pobres tienen menos oportunidades de acceso a la información, lo cual les hace aún más vulnerables y oprimidas, la violencia no es un tema de pobreza. La pobreza es un elemento que se suma al sojuzgamiento por la condición de género; las mujeres de clases sociales media y alta también sufren sojuzgamiento y violencia.

Tal vez esto no se perciba con pacientes de las clases más altas, porque algunos comportamientos de dominio se naturalizan o sólo se visibiliza la violencia asociada con la fuerza física y no se reconoce que los comportamientos de control son violencia psicológica o emocional. Esto hace pensar que

se desconoce que el tema del control, las amenazas y el sometimiento sexual durante el matrimonio, son conductas de violencia de género, lo cual podría responder a falta de información o a la naturalización de estas conductas y, por lo tanto, a la incapacidad de visualizarlas.

Al respecto, una analista, que se define “con perspectiva de género” y que trabaja en una organización no gubernamental con mujeres afectadas por violencia doméstica, nos relata que la violencia la sufren también mujeres profesionales y mujeres comerciantes o empleadas que ganan mucho más que su pareja, así como mujeres que cuentan con estudios y, sin embargo, no tienen la capacidad de liberarse de esas ataduras fácilmente. Esta persona visualiza y analiza la situación con otros elementos:

Hay mujeres que dicen: ¡ah, éstas están cómodas, por eso no se van de su casa! Y no es así; esas mujeres no están cómodas. Y en otros casos, a veces hay mujeres que ganan hasta diez veces más que su pareja e igual no se van de su casa siendo víctimas de violencia. Hay una supremacía de poder, la mujer se subyuga desde ahí, desde la idea “no voy a poder”, y el hombre refuerza eso. La mujer queda muy dañada con eso. Obviamente, así nunca se va a ir de la casa, aunque éste la haga sufrir. La dependencia económica no es la razón, está la razón de haber sido despojada de la creencia del valor y poder por sí misma.

En esta cita se toma en cuenta el poder del agresor, el daño que ocasiona en la autoestima y la dificultad de la mujer para contrarrestarlo. También se considera a la subjetividad dañada en esa relación de dominio que opera a nivel psíquico.

La pobreza y la dependencia económica son factores que se suman al sojuzgamiento que viene dado por la propia condición de ser mujer. Una mujer con formación y recur-

sos económicos tendrá más posibilidades de liberarse, pero lo económico no es el único determinante. La violencia de género atraviesa todas las clases sociales.

Encuestas realizadas en 2003 en Uruguay, y que han sido consideradas para la elaboración de políticas públicas de prevención y erradicación de la violencia de género, arrojan que 33 por ciento de las mujeres de nivel socioeconómico alto han sufrido violencia psicológica, contra 25 por ciento de nivel bajo y 13.9 por ciento de nivel medio (Ministerio de Salud Pública, 2006). Desconocer estos asuntos retroalimenta los prejuicios. Actualmente, Uruguay ocupa el quinto lugar en feminicidios de América Latina, según un informe de la CEPAL, 2017.¹¹

La controversia está planteada al interior del psicoanálisis aunque muchos consideran que el psicoanálisis no es una sociología, ni una filosofía, ni una antropología; debido a lo cual, un psicoanalista no tiene por qué, ni para qué saber de estos asuntos.

El análisis de varios escritos psicoanalíticos sobre el tema de la violencia en Uruguay muestra que existen diferentes posibilidades de interpretación, ya sea desde una mirada sociológica o psicopatológica. Se revisaron escritos que plantean la necesidad de recurrir a los estudios históricos y sociales para interpretar la violencia ciudadana: la que viven mujeres, niños, niñas y hombres, tanto en el ejercicio de sus relaciones en un sistema patriarcal, como en el sistema capitalista imperante. Estas enfatizan la importancia del reconocimiento del otro y la importancia de la prevención (Viñar, 2011: 5). Otros escritos marcan la importancia del papel del sujeto como generador de violencia en tanto es quien da sentido a la acción sufrida, o porque genera acciones que responden a esa violencia (Paciuk, 2011: 13). Esta última es una argumentación que pone

¹¹ Para más información consultar <https://www.cepal.org/es/areas-de-trabajo/asuntos-de-genero>.

el énfasis en la estructura psíquica del sujeto y considera al impulso violento como una patología.

En ninguno de los dos casos se recurre al género como categoría analítica para interpretar la violencia.

En un volumen de la revista psicoanalítica *Relaciones* del año 2011, dedicado al tema de la violencia en el Uruguay, no se menciona en ningún artículo la violencia de género ni la violencia doméstica, ambos temas que han sido especialmente atendidos en el país debido al alto índice de muertes de mujeres a manos de sus parejas, novios, amantes y esposos. Hablar de la violencia ciudadana, sin evidenciar la desigualdad de poder, deja en claro que aún no se reconoce tal variable en la producción de la violencia.

La última encuesta de opinión pública sobre violencia doméstica en el Uruguay de la Red Uruguaya Contra la Violencia Doméstica y Sexual indica que, mientras un 81% de la población piensa que la inseguridad es el problema más importante que resolver, solo 9% opina que lo es la violencia doméstica. El hecho es que mueren más mujeres por violencia doméstica que la suma de hombres y mujeres por robos y rapiñas. El dato se vuelve más interesante cuando 50% de los mismos entrevistados contesta que conoce por lo menos un caso de violencia doméstica en su entorno cercano. Los psicoanalistas están insertos en este contexto y en este medio, pero ¿no toman en cuenta estas cifras?

Otra forma de interpretar la violencia, sobre la cual se preguntó en las entrevistas, fue la de considerar que es un tema inseparable de la sexualidad. La violencia no sería una cuestión de género, sino algo inherente a las relaciones de pareja, a los vínculos y a la sexualidad. Al respecto dice un psicoanalista (hombre de 54 años):

El Inconsciente es la sexualidad, no como práctica sexual, sino que interviene la sexualidad en cualquier modo de acercamiento hu-

mano. El género puede intervenir como una variable más, pero no es determinante; es más importante y determinante la sexualidad.

Este planteamiento resulta muy importante para pensar los temas de la diversidad sexual. Las corrientes pos-estructurales de los estudios *queer* insisten en que el sexo es lo construido por el discurso y la violencia del género. En este sentido, la idea psicoanalítica de la diferencia sexual se acercaría más a estas teorías, ya que la diferencia sexual no existe en el Inconsciente; son la cultura y el discurso los que construyen esa diferencia. Sin embargo, la afirmación de este analista separa sexualidad de género e invalida la importancia del género en esa construcción. Esto lo atribuyo a la falta de formación en el tema.

La duda y la sospecha frente a la palabra de mujeres y niños

Con relación a nuestro analizador “abuso sexual”, todas las personas entrevistadas coincidieron en que es un tema “difícil” para el psicoanalista. La dificultad está alojada en distinguir la fantasía de la realidad. Otro asunto importante parece ser la responsabilidad de los involucrados que habitualmente son el padre, la madre y el hijo, o familiares directos.

Según las investigaciones más actuales (Martínez y Hernández, 2009; UNICEF, 2006; Giberti, 2005) se sabe que, en el tema del abuso sexual en la infancia, las personas involucradas son cercanas a la crianza y que en la mayoría de los casos son figuras masculinas: padre, padrastro, hermanos, tíos, cuñados, abuelos, cuidadores. Sin embargo, frente a esta pregunta realizada a los entrevistados, si bien se condena el acto, varios dudaron en el sentido de que pudiera haber manipulación o responsabilidad por parte de la madre hacia el hijo para inculpar al padre o de que se trate de la pura fantasía del menor.

Algunos entrevistados de ambos sexos manifestaron la preocupación de que la madre no hubiera ejercido

adecuadamente su función de cuidadora. Una persona entrevistada manifestó específicamente que podría la madre estar inventando la situación para manipular al hijo en contra del padre o sacarle dinero. Las razones que se aludieron para explicar lo anterior fueron trastornos mentales o traumas de la madre. Sin duda, la fantasía interviene en estos casos, pero considero que las generalizaciones de este tipo están teñidas de prejuicios de género, los cuales parten de la idea de que la madre debe estar atenta y vigilar bien las conductas del hijo porque es la responsable de su educación y cuidado, además de que se basan en un estereotipo de género, se fundan en la idea que considera a las mujeres como manipuladoras y mentirosas.

Aparecen respuestas contradictorias que van desde el extremo de considerar que los sujetos abusadores deben ser condenados e ir presos, hasta respuestas que explicitan que es difícil detectar si es que el abuso fue real. El tema nos lleva a un ámbito incierto y angustiante de múltiples posibilidades. Sólo dos de las entrevistadas hicieron referencia a los orígenes de esta duda y la remitieron y analizaron desde una perspectiva histórica contextualizada, sin clasificarlas como patológicas ni culpabilizarlas. Fue el caso de dos de las psicoanalistas mujeres que se definen a sí mismas “con perspectiva de género”. Para ellas, lo importante es lo que la persona siente y relata, es decir, la experiencia subjetiva del niño, niña, mujer. Que la persona se sienta víctima de abuso basta. Y señalan la importancia que tiene para el desarrollo psíquico del sujeto que se crea su palabra, a la vez que el acto reciba una condena tanto por parte de la madre, como por parte del Estado.

En contraste, para muchos entrevistados, la palabra de los niños y de las mujeres, además de no considerarse del todo válida, se patologiza. Cuando, sin querer dictaminar su veracidad, el hecho se analiza poniendo en duda *la palabra* bajo la sospecha de *la fantasía*, se produce un desliz que va desde el juicio moral y tiñe la opinión técnica. Un analista

que duda del sentir subjetivo de una paciente transmite y reproduce estados de sospecha y desconfianza en sí misma que reproducen los patrones de sometimiento. Quienes se posicionan frente al tema desde la dificultad de corroborar la veracidad del hecho, se ponen en el lugar de juez y ese no es el lugar del psicoanalista.

Un niño puede ser víctima de abuso a través de una simple mirada que llega de parte de un adulto, y eso puede, en muchos casos, no considerarse abuso sexual. Sin embargo, tiene efectos psicológicos. Entonces ¿por qué la necesidad de dirimir fantasía de realidad en este tema, si es una realidad subjetiva para cada persona, para cada cuerpo, que se vive desde una relación de jerarquías y de sometimiento en relaciones de poder?

Esto me remite a pensar lo que Foucault conceptualiza como dispositivo de vigilancia sexual: descubrir las señales en el cuerpo, descubrir las señales del pecado y del hecho, ¿Por qué el niño y la mujer son sospechosos de mentir y no los hombres?

En el psicoanálisis, no debe ser lo importante saber si alguien miente o dice la verdad, trabajamos con la subjetividad, la novela neurótica. Sin embargo, poner el énfasis en la fantasía podría dejar de lado los efectos que la realidad de la opresión produce; justificar el sometimiento y en este caso específico, ser cómplices del abuso. Pensar que un sujeto puede estar fantaseando cuando denuncia un episodio de abuso, alimenta el sistema de desigualdades a través de la reproducción de un supuesto. Esto habitualmente confunde y refuerza la desconfianza del sujeto en sí mismo, en sus sensaciones corporales, su memoria y todo su ser.

Cuando se invalida la palabra de una mujer, se reafirma que la palabra válida es la del hombre, en este caso, la del posible abusador, y se vuelve a colocar al niño o niña abusados en situación de vulnerabilidad.

Un psicoanalista (hombre de 54 años) dice:

Tuve un caso, fue bastante difícil, venía derivado por peritos a nuestro servicio. El acusado de abuso era el padre. Cuando uno tenía las entrevistas con el señor no había elementos y ya venía con informes hechos por peritos. El chico tenía una abogada tutora y obviamente tendía a jugar con toda la situación, un niño de 5-6 años, él ni hablaba del tema, más bien la madre daba la sensación de que quería probar a toda costa que el niño había sido abusado, tenía muñecos sexuales y ponía al hijo en situaciones difíciles... también los peritos lo ponían, como para acusar al padre. La situación era caótica, no sabíamos más qué hacer.

En esta interpretación, se coloca la responsabilidad en el niño y en la madre; el niño “juega con la situación”, dice el entrevistado. La madre es vista como mentirosa y manipuladora, como alguien que provoca una situación para inculpar al padre del niño. Es importante aclarar que, en este caso, la pareja estaba separada. Este tipo de interpretaciones son del estilo de las que realiza Richard Gardner, quien sugiere que el niño puede mentir y que, en muchos casos, es la madre la que lo incita contra su padre. Un trabajo de Sonia Vaccaro (2009) al respecto denuncia cómo esta teoría diagnóstica de Gardner, del síndrome de alienación parental, surgida en Estados Unidos por el año de 1985, está cargada de prejuicios contra la mujer. Gardner propuso un instrumento para medir cuándo se trataba de un abuso verdadero y cuando de uno inventado, producto del “lavado de cerebro” de la madre hacia el menor, con el objetivo de alejar al padre para siempre del lado del niño.

En este caso, se ve claramente cómo el tema del abuso sexual despierta con gran fuerza las ideas de género del analista y, en muchos casos, esto denota una identificación con el rol esperado de una madre “cuidadora” y vigilante de su hijo. Todo esto atravesado por un ideal simbólico de género femenino. Cuando algo le sucede al hijo, entonces la culpa es puesta en la madre por no haber cumplido con su rol asignado como madre: solícita y atenta al hijo y sus necesidades.

Otro de los testimonios, una psicoanalista (mujer de 60 años) dice:

Sí, trabajé con una chica que el padrastro abusó de ella, con la madre que vino desesperada a decir que no se había dado cuenta nunca de eso. No es que me dedique al tema, pero siempre me acuerdo de un maestro mío, siempre decía: “yo creo que en el abusado hay algo que detecta el abusador”, no me acuerdo el artículo en el que hablaba de eso. Acá está la madre de por medio, a esta chica adolescente la trajo la madre, y la chica por miedo y por pacto con el abusador (que era su padrastro) nunca se lo dijo a la madre. Lo que yo trataba de comprender es cómo la madre podía... [Suspira]... a ver si puedo decir lo que me pasa... [Silencio]... ayudar a pensar en esas situaciones es muy difícil, no a mi paciente, ya había pasado todo, ya estaba el trauma hecho. Son situaciones tan violentas que paralizan las posibilidades de pensar, y acá lo que estoy tratando siempre en el consultorio es que se promueva una circulación, porque a mí me enriquecen los pacientes, entonces en estas situaciones es brutal, queda anulada la capacidad de pensar, capaz que hay que hacer otro tipo de intervenciones.

Tal vez no exista algún tipo de intervención que esté exenta del atravesamiento de las ideas de género-sexo del analista. Se trata sólo de tener presente la complejidad de los elementos en juego a la hora que invaden las sensaciones y saber que los juicios, pensamientos y emociones que despiertan, no sólo tienen que ver con la historia de vida del psicoanalista y el o la paciente, sino también con una historia sociocultural que atraviesa a ambas figuras.

Tal como lo insinúa la entrevistada, tal vez habría que considerar *otro tipo de intervenciones* y los aportes de otras técnicas y/o de otras disciplinas. De ahí que hoy existan protocolos de acción frente a situaciones de violencia de género.

El ideal esperado de una “buena madre” queda reflejado en ambas declaraciones; si no se cumple con ese esperado simbólico-social, entonces se produce una falla y una falta.

En este tema, catalogado de “difícil”, el rol del psicoanalista trastabilla, pero no sólo porque sea un tema que angustia, sino porque sus aristas trastocan el lugar del analista. La forma en que estos temas son interpretados vuelven a producir marcas psíquicas que podrían revictimizar, o ayudar a liberar la energía psíquica atrapada.

El sujeto psíquico también es social y se contextualiza en un momento histórico desde el cual es interpelado; a la vez el sujeto social debe ser visto en un proceso de constitución como un sujeto condensador de historicidad (Zememann, citado por Retamozo, 2010).

Entiendo que *el sujeto social* se puede constituir en reproductor de su historicidad o en sujeto de la resistencia y factor de cambio. Para que esto suceda, debe atravesar por un proceso de transformación, descentrándose de su inconciencia individual; tomar conciencia no sólo del lugar que ocupa en el deseo familiar, sino de su lugar como sujeto histórico social, y en este ámbito de sujeto de sexo-género, de sujeto de la raza, de la clase social que ocupa. Habitar ese espacio en su historia lo constituirá en sujeto político: aquel que se vuelve capaz de cambiar su historia, se adueña de sí y utiliza su potencia creativa para descolocarse de los lugares asignados; aquel que transita de la sujeción que impone el ordenamiento social y el individualismo a la subjetivación en conciencia colectiva y social.

Las posturas de las personas entrevistadas son, en este punto, oscilantes entre el orden social y la aceptación de su contingencia y el quiebre de ese orden y la promoción del cambio.

Quienes incluyen la perspectiva de género en su práctica, analizan el tema del abuso sexual de forma distinta a quienes rechazan el concepto de género como articulador y enriquecedor.

Una psicoanalista (mujer de 47 años que se autodefine feminista y trabaja con perspectiva de género) dice al respecto:

Para que la mujer se pueda apropiarse de sus derechos, no podés hacerlo desde un psicoanálisis patriarcal, porque Freud en su mundo, en su momento, pertenecía a una sociedad patriarcal. Y ya no alcanza a hablar del Inconsciente y de sexualidad, ¡y no le pidas más a Freud! ¿No? Entonces eso abrió una puerta y con la otra mano mantuvo bien cerrada la otra, la del abuso a los niños, y creo que con todo no podía, porque, además, si no ¡lo iban a llevar al campo de concentración! Mantuvo cerrado esto de la teoría de la seducción, pensando: “¿en realidad eso no aconteció? es la fantasía de la seducción”. Así mantuvo la puerta cerrada y a las mujeres debajo de la alfombra.

La alusión de la entrevistada a las mujeres tiene que ver con los casos de las histéricas que Freud investigaba cuando enunció su pasaje de la teoría de la seducción a la de la fantasía. Las pacientes que relataban situaciones de seducción por parte del padre en aquel momento eran catalogadas de histéricas.

Para la enorme mayoría de las personas entrevistadas, el abuso sexual se interpretó como un acontecimiento también deseado por parte de la víctima. En algunos, se insiste en la complejidad de saber si el episodio que se recuerda y relata es real.

Una psicoanalista mujer:

No alcanza, aunque es imprescindible, analizar nuestra contra-transferencia si no incluimos también los análisis de nuestros propios presupuestos sobre el ordenamiento entre los sexos, las prescripciones normativas y mandatos que la cultura exige a hombres y mujeres, fundamento implícito de la violencia de género, así como nuestros propios aspectos violentos (Carril, 2004: 125).

Considero que este tipo de análisis no está presente aún en la práctica del psicoanálisis. ¿Es posible pensar en otra forma de psicoanálisis que incluya el examen de los presupuestos, los posicionamientos, las prescripciones normativas y nuestra implicancia en el sistema sexo/género?

Por otra parte, interpretar a un padre abusador como perverso o narcisista, patologiza al sujeto y conduce las soluciones hacia el terreno del tratamiento individual, hacia la psicoterapia. Pero ese tipo de interpretaciones deja fuera la dimensión histórica de reproducción del dominio de un sexo sobre otro, elemento que debería integrarse en la formación de los psicoanalistas para que pudieran contar con más herramientas teóricas a la hora de comprender un tema que genera tantas consecuencias simbólicas en el paciente.

Las interpretaciones patologizantes, muchas veces producen la contraparte de la culpa y el perdón en el/la paciente. Si el padre estaba loco, entonces hay que perdonarlo y olvidar, comprender su historia y justificarle. Si, por el contrario, es la paciente la desviada-loca, porque tiene fantasías edípicas incestuosas, entonces se autoculpabiliza, aceptando que ella también tuvo un deseo y un sentir placentero. En vez de sanar el sufrimiento de la niña, esto la revictimiza y la vuelve a culpabilizar. Este tipo de interpretaciones deja marcas inconscientes que perpetúan el lugar de dependencia, culpa y heteronomía de las pacientes.

Si las interpretaciones incluyeran el análisis de las relaciones de sumisión, opresión y dominio, abrirían una posibilidad de autonomía para el/la paciente en tanto se le devuelve su capacidad y su poder para cambiarlas. Aquí subrayo la importancia que puede llegar a tener para una paciente hacer conciencia de que su repetición no es una mera repetición individual familiar, sino que puede llegar a ser una repetición de patrones de género ancestrales que está aprendiendo a deconstruir.

La identidad de una persona está atravesada por una identidad de género que produce símbolos. La identidad de género se transmite a través de esos símbolos y trasciende la familia. Si entender la historia familiar ayuda a desculpabilizar a los padres y a la persona en análisis, entender la estructura normativa podría ayudar a comprender el eslabón de la cadena que se ocupa en el colectivo, a la vez que desentramar, cortar y romper con aquellos patrones aprendidos y adquiridos. El género no es algo que otros crearon, lo hemos construido. Dicho ordenamiento se vuelve limitación, control social y violencia. “Hacer consciente el género” sería un trabajo que el psicoanálisis podría incluir con las personas que consultan a los efectos de promover mejores relaciones y formas de estar en el mundo.

*La responsabilidad del desarrollo psíquico del hijo
puesta en la madre*

Para la mayoría de las personas entrevistadas, la responsabilidad por el desarrollo normal del niño se colocó del lado del buen desempeño de la función de la madre.

Sin embargo, un analista con más de veinticinco años de práctica en clínica con niños, bebés y madres, relató cómo su experiencia, a través de la observación del comportamiento madre-hijo y de la escucha de las madres, le hizo comprender lo que denomina: *preocupación maternal primaria, el complejo de lo arcaico*.¹² Esto se produce cuando la madre tiene que atender las necesidades primarias del hijo y relega las propias. Para hacerlo, se necesita un sostén especial desde el propio narcisismo

¹² Este concepto se lo debemos al psicoanalista Víktor Guerra (qpd), de APU, quien ha trabajado más de veinte años con madres y bebés en diferentes hospitales de Montevideo.

de la madre, en este sentido, el padre o compañero de la madre juega un papel importante.

Este analista señala que, durante muchos años, para comprender los inicios y el funcionamiento del aparato psíquico del bebé, se puso el énfasis en las fallas maternas y los efectos que estas producían en el bebé, pero no se atendió a lo que acontecía con las madres. Para este entrevistado, “asignar madre a mujer ha sido un arrastre en los hombres de un preconcepto de la mujer, transmitiendo culpas específicas trans-generacionales”. Critica el mandato de los pediatras al exigir a las madres dar pecho a demanda cuando se constata que hay madres que no pueden o no quieren amamantar. Cuenta un caso donde la exigencia del pediatra sobre la madre provocó tal tensión que alimentaba el circuito sintomático del hijo, quien padecía reflujo. La culpa que el pediatra colocaba en la madre no desplegaba un buen vínculo con su bebé.

Durante la investigación se constató que, los analistas que han tenido práctica con madres e hijos en hospitales tienen mayor sensibilidad para comprender esto sin deslizarse hacia juicios morales sobre el rol materno. Importa señalar que el trabajo hospitalario, en la mayoría de los casos, ha sido honorario y dirigido a personas de escasos recursos económicos. Ese recorrido, marcado por la observación del comportamiento madre-hijo, los llevó a la conclusión de que, a partir del ejercicio de la función materna, en las mujeres también se producen cambios psíquicos. La función materna exige un descentramiento del lugar de hija para pasar a asumir el nuevo lugar de *madre*. Esto requiere un duelo, por el lugar que se pierde como hija, a la vez que debe existir un trabajo de reconciliación con la propia madre, que no siempre ha logrado realizar la mujer al llegar el momento de ser madre.

La nueva madre tendrá que renunciar a mucho de su tiempo personal, postergar necesidades, tener disponibilidad total para cubrir las del bebé. Habitualmente se ve el momento del

alumbramiento y la maternidad bajo la luz de la esperanza de la nueva vida, pero la sombra de la madre es algo que permanece reprimido, no puede hablarse de eso. El mandato social del cuidado deberá pesar mucho más que el cansancio, el enojo o la frustración, de lo contrario aparecerá la depresión postparto.

Sobre la incidencia de la formación y la trayectoria laboral

De dieciséis personas entrevistadas diez tienen licenciatura en psicología, dos son psiquiatras y cuatro son maestras.

Las personas entrevistadas de la franja etaria de 40 a 50 años realizaron su formación universitaria en el último periodo dictatorial uruguayo (1973-1984): momento de tensión y mucha represión en la universidad pública. En aquella época, la carrera de psicología de la Facultad de Humanidades fue clausurada, y quienes decidieron estudiarla tuvieron que inscribirse en el curso de psicología infantil de la Facultad de Medicina o en el Instituto de Filosofía, Ciencias y Letras (IFICLE), que pasó luego a constituirse en lo que hoy es la Universidad Católica Dámaso Antonio Larrañaga (UCUDAL).

En la Facultad de Medicina enseñaron psicoanálisis algunos psiquiatras que habían recibido su formación con los primeros psicoanalistas del Uruguay. Muchos de los profesores de la universidad pública se trasladaron al IFICLE una vez que aquélla fuera intervenida y cerrada.

El psicoanálisis se inició en Uruguay en la década de 1950. Las personas entrevistadas cursaron la universidad entre 1970 y 1990, es decir, la mayoría se formó con psicoanalistas que pertenecían a la primera y segunda generación.

En las entrevistas se refieren al psicoanálisis como un “método revolucionario y libertario” en una época en que la educación

era muy dogmática y jerárquica. Más de la mitad de las personas entrevistadas fueron militantes políticos de izquierda. El psicoanálisis en esa época era una gran novedad y se revelaba como un método reflexivo y de cambio.

Una mujer de 60 años dice al respecto:

Eran momentos muy duros, trabajaba en el hospital de forma honoraria, eso hacíamos todos los psicólogos como forma de aprendizaje. En diferentes periodos, conocí psicoanalistas trabajando en los hospitales, siempre los hubo. Ahí trabajé con niños y adolescentes, más adelante con hijos de padres desaparecidos y exiliados, eso en el hospital. Era muy angustiante la situación de esas familias...

En aquella época, los que se formaban como psicólogos realizaban prácticas hospitalarias. Fue una oportunidad para realizar prácticas supervisados por grandes maestros del psicoanálisis, por ejemplo, Héctor y Mercedes Garbarino, fundadores de APU. Actualmente, los psicólogos realizan sus prácticas en servicios universitarios de diferentes barrios, y los psicoanalistas realizan prácticas en sus mismos centros de formación con pacientes que recurren a pedir servicios de bajo costo.

Se resalta la importancia de aquella oportunidad en el hospital. Muchos de ellos observaron allí a madres y bebés; otros atendieron consultas de niños y adolescentes y también formaron parte de grupos de investigación.

La diferencia de enfoque en el trabajo clínico resaltó entre quienes tuvieron práctica en hospitales e instituciones públicas, y quienes sólo han trabajado a nivel de consulta privada. Los primeros tienen una sensibilidad aguda para comprender la vida de las mujeres-madres, así como el tema de la violencia y el abuso sexual. Algunos manifestaron que fue en la práctica hospitalaria donde atendieron estos dos tipos de casos. Otros, en el hospital aprendieron a escuchar a las madres y a

observar los obstáculos del modelo médico e intentaron tratar diferente a los pacientes.

Al respecto dice un hombre de 56 años:

En el hospital, a las mujeres se las despoja de su identidad femenina cuando tienen un hijo; las enfermeras y los médicos dejan de llamar a la mujer por su nombre para pasar a llamarla “madre”.

Constaté que la práctica hospitalaria es un elemento que sensibiliza sobre el tema de la desigualdad, sea ésta de género, de clase o de raza.

Las personas que trabajaron y trabajan en hospitales presentan también mayor flexibilidad y apertura al diálogo con otras disciplinas. Fueron quienes pudieron cuestionar fácilmente los preceptos teóricos y compartieron algunas anécdotas y episodios de sus vidas, en los cuales se habían visto enfrentados a controversias en su práctica, lo cual podía estar influido por su experiencia en hospitales, lugar de recursos escasos donde se necesita improvisar y crear; lugar que a la vez ofrece oportunidades para la investigación. Allí se promueve el pensamiento libre y se asiste a aprender e inventar. Los apegos teóricos parecen no pesar tanto en las personas que han trabajado o trabajan en el hospital público.

Otro elemento importante que incide en la posibilidad de una mirada diferente hacia el tema de género, especialmente para los hombres entrevistados, es la práctica clínica con niños, madres y bebés. Cuatro de ellos, que tuvieron ideas renovadas respecto del lugar de la mujer, tenían esa experiencia.

Un psicoanalista (hombre de 56 años) dice:

Ocho años estuve trabajando en terapia madre-bebé con trastornos del sueño. Yo recuerdo que tenía algunos líos con la maestra Garbarino porque yo decía que había que incorporar

al padre y en esa época no se podía, estaba eso de que el asunto era la relación madre-hijo; después ella sí lo aceptó.

En esa época, los estudios psicoanalíticos estaban muy centrados en los aportes de Melanie Klein; el vínculo madre-hijo se consideraba primordial para el desarrollo normal del psiquismo en el bebé y había mucho interés por investigar el tema. Quien hace de madre entra en un funcionamiento diferente; esto marca el psiquismo de la madre también, para bien o para mal. Hay madres que entran en depresión porque no tienen el entorno que las contenga con estas vivencias que se despiertan. El padre en principio es sostén, no separación, creo que Lacan eso no lo vio.

Los estudios de Lacan fueron los que pusieron el énfasis en la *función del padre*. El padre como interdictor, el que introduce la ley, el que tiene función de corte entre madre-hijo. En aquel momento, la década de 1970, parecía que los estudios psicoanalíticos quedaban divididos entre los que daban gran importancia a la función materna y quienes enfatizaban la función paterna. Hoy es importante señalar que las posiciones parecen no estar tan separadas, aunque no todos coinciden, porque el pensamiento psicoanalítico es heterogéneo en la teoría y en la técnica. Se encuentran muchos escritos donde las posiciones parecen ser críticas en uno u otro sentido, y se están incluyendo las dos funciones como importantes en el desarrollo psíquico del niño.

El último fragmento citado muestra mucha cercanía con lo que Nancy Chodorow (1984) propone en cuanto a compartir las tareas de crianza y cuidado, lo cual sería beneficioso para el psiquismo del niño.

Hay un cambio grande actualmente cuando existe pareja y hay compenetración de la pareja: de jugar con los hijos mucho más que antes depende siempre del segmento cultural también. Esto podría dar mayor flexibilidad en los roles.

Aunque se ve que la última palabra la sigue teniendo la madre, porque sigue siendo la que está más cerca (analista hombre de 56 años).

Muchos analistas observan un cambio en los roles y la intervención de los padres varones con los hijos, aunque la responsabilidad mayor del cuidado sigue estando del lado de las madres.

A la vez se refleja la existencia de un cambio interpretativo en relación con las funciones madre-padre y en relación con la importancia que esto puede tener en el vínculo madre-hijo, en el desarrollo del bebé y en el psiquismo de la madre y su salud.

Sigue diciendo el entrevistado:

Al principio, la función del padre no es la de corte y separación, es ser sostén de la madre-esposa. Amparar el encuentro de madre-hijo. El padre cuidando el afuera para propiciar ese encuentro mágico.

En este punto, varios hicieron hincapié en la conveniencia de atender a los aportes y estudios de otras disciplinas, como la antropología, los estudios sobre el lenguaje, las ciencias sociales, los estudios sobre psicomotricidad, la historia. Considero que esta intención interdisciplinaria podría ser decisiva en los cambios que podrían introducirse para interpretar la maternidad-paternidad, así como los temas que constituyeron nuestros analizadores: violencia, abuso sexual y homosexualidad. Las personas entrevistadas que enfatizaron este último punto estaban más receptivas a considerar la importancia de los estudios de género para el psicoanálisis.

En este sentido, quiero señalar que encontré en Uruguay una serie de trabajos que discuten bastante sobre este tema ¿cómo pensar la ausencia de padre en muchas familias de diferentes clases sociales sin alegar que es la madre la que excluye o incluye al padre? Y así analizar las razones históricas y las

condiciones sociales de asignación de funciones tanto paternas como maternas.

Uno de esos trabajos se titula: *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*, del psicoanalista uruguayo Daniel Gil y el sociólogo Sandino Núñez, donde se realiza un análisis histórico sobre el patriarcado y se da cuenta del devenir desde la pre-modernidad a la modernidad y las diferencias simbólicas que se establecen en una y otra para la asignación del lugar madre y padre: “¿Qué padre es el que ha desfallecido? ¿Qué familia se ha desorganizado o está en vías de perecer? [...] Hay crisis familiar, pero lo que está en crisis es la familia centrada en la figura del padre” (2002: 53).

La idea de madre surge de un modelo patriarcal y heterosexual que diagrama comportamientos a través del discurso. Una mujer es madre de una determinada forma no sólo porque tomó esto del modelo de su madre, sino porque está sujeta a un modelo social que restringe otras posibilidades, ¿Cuál familia está en crisis? Los cambios en el discurso sobre lo que se considera femenino y masculino, cambian las formas de ser y alimentan la práctica. Y a la vez, fueron antes las prácticas las que cambiaron el discurso. Madre o padre hoy no tienen el mismo significado que en el siglo pasado.

Son las psicoanalistas que trabajan con perspectiva de género las que subrayan que las representaciones de género incluyen representaciones acerca de la maternidad y la paternidad, las cuales sólo pueden entenderse en un sistema de parentesco ubicado en una cultura. Los cambios en las configuraciones psíquicas de las mujeres y de los varones han introducido cambios en la paternidad y la maternidad. Sin embargo, ha habido muchos estudios sobre la maternidad pero no sobre la paternidad ni sobre el deseo de ser padre.

En ese ámbito también se han producido cambios importantes: hombres que se definen por su no-deseo de ser padres, padres divorciados que luchan por su derecho a la crianza de

los hijos, padres gays que apuestan por sus condiciones para criar hijos. Así como en su momento se trabajó el deseo de ser madre, relacionado esto con las reivindicaciones del derecho reproductivo de la mujer, ahora sería importante trabajar el deseo de ser padre entre los varones, quienes hasta hace un tiempo, y aún hoy, viven con la obligación de procrear, pero no para ser protagonistas de su paternidad. El hombre procreador está cediendo lugar al hombre capaz de dar afecto. Los debates actuales comenzaron a tocar estos temas.

Un psicoanalista (hombre de 52 años) cuenta:

Un padre que estoy atendiendo se pregunta cuáles serán sus funciones. Él dice: parece como que ella está descansando y yo estoy encargándome de la realidad. Me pide que haga cosas que ya no puede por su panza, que si le alcanzo esto o aquello. Entonces yo [el psicoanalista] le digo: “ella lo sostiene en su vientre y vos en tu mente para que ella pueda”.

El padre se hace cargo de una parte importante de la realidad externa en ese tiempo porque la madre va a tener que ocuparse de la realidad psíquica del bebé.

Los modos de entender la maternidad y la paternidad deben estar ligados al entendimiento de los procesos simbólicos que transitan las personas en los procesos de subjetivación cultural. Existen ideales construidos de maternidad y estas condiciones trascienden lo individual, son estructurales y se alojan en representaciones de género (Vásquez, 2012). En el parlamento anterior, si bien se define la importancia de las dos funciones (madre y padre en el desarrollo psíquico del bebé), se insiste en remitir la responsabilidad de la salud psíquica del infante a los cuidados de la madre. El padre sigue colocado en el espacio público; la madre en el privado de la crianza y responsable de la salud mental del hijo/a.

CAPÍTULO 4

**DOS HISTORIAS DE VIDA
QUE EJEMPLIFICAN
OTRA FORMA DE ESCUCHA**

Para ejemplificar, elegí lo que llamo un posible psicoanálisis con perspectiva de género, las historias de dos psicoanalistas: Adriana y Marco. Realicé un análisis de historias de vida con el método de De Gaulejac (2005) que utiliza la técnica del árbol genealógico, el proyecto parental y la trayectoria académica y laboral, en una intersección que pretende interpretar ese cruce para comprender cómo la historia de vida de un sujeto se diagrama de acuerdo con una historia familiar en una trayectoria que incluye su formación y su experiencia personal y laboral.

Para esto desarrollé varias entrevistas con cada uno de ellos, primero utilicé una entrevista abierta y luego apliqué la línea de vida y la línea laboral, donde dibujé en una cartulina una línea cronológica que cada entrevistado iba llenando con las preguntas que le hacía.

La historia de Adriana

Adriana tiene 48 años, es hija de un empleado judicial y de una profesora de biología. Es nieta por línea materna de una abuela rica hija de terratenientes y un abuelo médico. Su abuela materna se casó a los treinta años (hacia la década de 1920) con un médico unos diez años mayor que ella. El matrimonio fue arreglado por su padre, quien consideró que casarla con alguien que tenía prestigio social podría significar un prometedor porvenir para su hija. La Mama, tal como le decían, fue una figura transgresora para su época, mujer de campo que salía a “campear”, viajaba a Europa y no regresaba por dos o tres meses. Adriana la recuerda como una mujer fuerte y luchadora, una mujer que enviudó por el suicidio del marido

que, según la leyenda familiar, se enteró de que tenía cáncer y no quiso esperar su suerte. “La otra historia”, dice Adriana, “es que en realidad se enteró de que su última hija no era de él y no lo pudo soportar”.

A la muerte de este abuelo, la Mama se volvió a casar. El segundo esposo fue un carnicero, esta vez diez años menor que ella, con el que tuvo otros dos hijos, una mujer y un varón.

Las primeras descendientes de la Mama fueron cuatro mujeres, dos de ellas médicas; otra —la madre de Adriana— profesora de biología. La menor nunca estudió ni trabajó, siempre vivió con la madre; fue una enferma psiquiátrica. Las tres hijas mayores siguieron los pasos académicos de su padre, quien fue un médico muy reconocido en la época, además de profesor de biología. La *Mama* no quería casarse, quería ser cantante y soñaba con viajar e irse a cantar a Francia, pero en ese momento no se pudo concretar. Era considerada la loca de la familia. Se casó y se embarazó pronto; luego crió hijos sola una y dos veces, ya que de su segundo marido se separó a los pocos años de casada, debido a que él la engañaba.

Mama, abuela que tenía mucho dinero en tierras, fue estafada por quien fuera su tutor. Una vez muerto su primer marido, le nombraron un tutor, ya que en aquella época las mujeres no tenían derecho de administrar sus bienes. En vida, la abuela luchó jurídicamente por la adquisición de esos derechos, de los cuales supo usufructuar antes de perder toda su fortuna.

Esta historia marcó profundamente a Adriana, quien al ser interrogada una vez finalizadas las tres entrevistas sobre qué incidió para que eligiera trabajar con perspectiva de género, contestó: “En primer lugar, la historia de las mujeres de mi familia”. Haciendo con esta elección narrativa énfasis en la figura de esta abuela materna, la madre y las tías.

En esa época, los casamientos arreglados eran una costumbre y en el Uruguay también lo era combinar el capital con la economía intelectual, el “saber” proveniente de Europa

y su consiguiente idealización. Nicolás era italiano y médico, lo cual daba a la familia prestigio intelectual. El intercambio de economías entre ambas familias producía cierto equilibrio: prestigio por el origen de clase a cambio de prestigio intelectual. De todas formas, este matrimonio no pareció ser muy feliz. El abuelo se suicidó y la abuela transgredió las expectativas familiares casándose por segunda vez con un hombre de otra clase social y de bajo nivel intelectual: un carnicero. Del abuelo, la familia heredó el gusto por el cuerpo humano y la medicina. En esa época sólo los varones podían estudiar en la universidad; a pesar de ello, las primeras tres hijas estudiaron. La cuarta hija tuvo un destino diferente, quien aparentemente resultó ser el síntoma de quiebre del deseo de su madre: el pasaje del deseo de un deber ser mujer de una época a ser según su propio deseo. La hija más chica, legalmente inscrita en el primer matrimonio, pero según la historia oculta de la familia, biológicamente hija de otro hombre ¿Se volvió loca o fue una vergüenza para esta familia y por eso la internaron? Esta hija nunca estudió ni trabajó, y convivió con la madre hasta el final de sus días. La locura daba vueltas en la familia alrededor de las mujeres transgresoras. Loca era llamada la abuela por salirse de los cánones esperados; loca también la hija por ser el producto de una relación ilícita. Ambas fueron internadas en hospitales psiquiátricos en diferentes momentos de sus vidas. Frente a la pregunta de por qué, Adriana responde:

¡Quién sabe! por prevención tal vez (y se ríe).

La madre de Adriana quería ser médica como las hermanas, pero su esposo no se lo permitió, *ya que no quería que viera hombres desnudos en el hospital*. De ahí su elección de volverse profesora de biología, una carrera considerada menor.

En otra rama de su árbol genealógico de los abuelos paternos recuerda que el padre era “hijo natural”; también que su

bisabuelo era el patrón de la bisabuela que era lavandera. Por esta rama se transmitió entonces una relación de doble opresión: por su clase social y por su condición de mujer la bisabuela tuvo un hijo de su patrón, hijo que no fue reconocido y posteriormente tampoco pudo reconocer a su hijo propio.

El padre de Adriana desconoció a su padre. Y el abuelo de este, ¿es producto de un abuso de poder? Es muy posible, debido a que era el patrón de la madre. Los hechos forman una cadena transgeneracional que de manera inconsciente se le transmite a Adriana, de modo que hereda la identificación de un modelo familiar de abuso y dominación por parte de los varones en la condición de clase y de género. Abuso que se repetirá y del cual ella tuvo noticias de manera reciente a través de una de sus tías, hija del segundo matrimonio de su abuela materna, quien denunció públicamente el abuso en la familia luego de un altercado por cuestiones de bienes. La tía G. denuncia, en una discusión con su madre, que el padre de Adriana había abusado de ella, y que también Roberto, el segundo marido de la *Mama* había abusado de sus hermanas mayores, las tías y la madre de Adriana. Tía G. había llegado a vivir en casa de la familia en un momento en que su madre, la *Mama*, iba a ponerla de pupila en un convento y la madre de Adriana le dio cobijo y la crió. En aquella época en Montevideo esta era una solución para muchas madres solas y para familias pobres que no podían hacerse cargo de sus hijos. Las otras hijas de *Mama* ya habían estado como pupilas por un tiempo cuando el marido se suicidó y la *Mama* fue encerrada en un manicomio del cual escaparía más tarde.

Dos de las tías de la rama materna de Adriana eran médicas una, además, psicoanalista. El marido de una de ellas se volvió el referente masculino para Adriana, y ha sido esa pareja de tíos psicoanalistas quienes la han inspirado en su interés. Aunque la figura de esta tía es ambivalente porque, por un lado,

querida e idealizada; por el otro, cuestionada por su diferente comprensión respecto de la importancia de la figura del padre (y sus exhortos con pedidos de reconciliación entre Adriana y su padre), externaliza su dificultad para comprender por qué la tía insiste en su interés para que ambos, padre e hija, se acercaran. Adriana interpreta la idea de su tía según la versión teórica lacaniana, desde la cual la figura del padre es muy importante. Reflexionando a la distancia, se ríe de esto:

¿De qué padre estamos hablando? ¿Qué es ser padre? ¿Es el que puso la semillita? ¿Y eso le da derecho a qué?

En otro momento, refiriéndose a la pregunta sobre el abuso sexual:

Entonces todo esto lo vemos en la clínica y decimos, este chiquilín ¿tiene que cargar con la cruz de este padre hasta el fin de sus días? No tenés derecho, sea el padre el repadre, el que le dio el apellido, el que lo lleva a la escuela, no, no, como el padre es un pilar importante en el psicoanálisis, cuando ves estas cosas te empezás a cuestionar una cantidad de conceptos dados que yo cuando los estudié, los aprendí, los apliqué y no me los cuestioné. Y ahora me los cuestiono.

Distingue entre la confianza puesta en la figura protectora de un padre y la figura de un padre abusador que rompe la confianza y daña al hijo. Hace énfasis en lo que significa para el niño aceptar que fue abusado por parte de quien le dio la vida, o de quien confía amorosamente porque depende de él. La escisión en estos casos es una herramienta mental defensiva, no puede conciliarse el dolor producido por el abuso con la prohibición; entonces lo que sucede habitualmente es que el abusado no recuerda el episodio. En el psiquismo no puede conciliarse

el ideal de cuidado ni la dependencia emocional con la situación de abuso y daño sufrida por parte de la persona de la cual se espera protección, ¿cómo confiar en una persona que fue capaz de abusar de un ser desvalido y dependiente? En este caso Adriana se pregunta “¿cómo pudo mi tía instarme tantas veces a confiar en mi padre sabiendo de este hecho?” Una tía abusada, y otra, negando el acontecimiento.

Hace unos veinte años o menos, esta conducta estaba naturalizada, admitida como acto incestuoso, abominable, pero factible y que podía suceder en cualquier familia. Las mujeres eran educadas para no denunciar estos actos, para no hablar de ello; llevándolas a descreer de sus cuerpos y de su intuición al punto de caer en situaciones de descrédito ante sus propios pensamientos y sensaciones. El silencio y olvido impuestos y custodiados por la represión social, que necesita que funcionen estos mecanismos para reproducirse.

Para que las mujeres reproduzcan el circuito de la opresión, deben ser sumisas, descreer de sí mismas, desconfiar entre ellas, mentir, colaborar en la cadena de repetición. El padre es una figura importante para garantizar y reproducir el sistema patriarcal. Debe someter a las hijas mujeres y a los varones jóvenes para que reproduzcan ese mismo sistema de opresión. Este mecanismo está instalado inconscientemente en cada una y cada uno de nosotros, pero no es sólo tomando conciencia de nuestro lugar en el Edipo. Así como podemos comprender estas imposiciones y estas culpas ancestrales, se debe también comprender el funcionamiento social y el sistema sexo/género en el cual la comunidad funciona, es decir, el lugar de cada sujeto en la sociedad que habita; la posición que ocupa en la reproducción y/o en la resistencia a este orden hegemónico imperante.

Una vez que Adriana toma conciencia de esto, ya no vuelve a pensarse ni pensar su clínica de la misma forma. El saber de la historia familiar, descifrar sobre las historias secretas de la

familia y conocer de la historia de las mujeres y su condición de oprimidas por su condición sexual, permite que la propia historia se re interprete. En tal sentido, señala la importancia de contar con información clara sobre los acontecimientos familiares. Para ella, enterarse de los abusos sexuales ocurridos dentro de su familia, despertó otras posibilidades de entendimiento sobre sí misma y hacia las demás mujeres con las que trabaja en la clínica. La información consciente de episodios de este tipo permite liberar el inconsciente, y este proceso otorga mayor libertad para la toma de decisiones, así como para entender rechazos y simpatías. Permite, sobre todo, disculpabilizarse de actitudes y asumirse como un ser autónomo, además de restablecer la confianza en la propia percepción e intuición. Devuelve la confianza en relación a lo que se siente y, por lo tanto, la confianza en sí misma.

Es muy distinto interpretar la distancia de una hija hacia su padre por deseos edípicos, que entender que esto se produce por miedo al abuso y desconfianza desde una realidad que ha marcado el cuerpo de la hija de esa forma. Adriana relata haber transitado su primer proceso analítico con este tipo de interpretaciones edípicas, sintiendo que había algo más, lo cual no se escuchaba, ¿por qué no había lugar en el análisis para sospechar que esto podía estar presente?

El Inconsciente no sólo sabe de deseos, también sabe de acontecimientos que una vez fueron conscientes y luego se volvieron inconscientes. El error de interpretar estos sentires, únicamente desde la teoría del deseo edípico, es inclinar la balanza en el plano de la fantasía inconsciente. No sopesar que un padre puede infligir daño a una hija implica retroalimentar ideales y expectativas del imaginario social en una sociedad patriarcal, perpetuando la opresión desde una postura de poder.

En la figura del padre se juegan imaginarios de masculinidad correspondientes con mecanismos sociales patriarcales que aspiran a la dominación y a la apropiación de la sexualidad

de las mujeres. En esta historia de vida, la conducta de la tía hacia Adriana —con la intención de preservar y proteger un vínculo que se concibe de importancia para su desarrollo y crecimiento— se contradice con el sentimiento de rechazo de Adriana hacia su padre; ese nexo lo vive como destructivo.

La responsabilidad por el buen vínculo, puesta del lado del menor, carga de culpas a quien no es culpable. Esas culpas se arrastran durante años alimentadas por exigencias sociales que dictan formas de hacer y actuar para una mujer. La comprensión, el sacrificio, la abnegación son sentimientos esperados de una *buena* mujer, y esto se observa claramente en la oposición del superyó y los ideales del yo de los padres. También podemos observarlo en los ideales del proyecto que los padres tenían para Adriana, y también en las dificultades que se le presentaron luego de ser madre, pues después de dos de sus partos ella se enfermó.

Podríamos pensar en ciertas dificultades para conciliar aquel ideal del yo con el superyó transmitido por la madre. La figura de la abuela materna es muy diferente a la de la madre en cuanto a la transgresión, pero repite la historia en relación con el engaño de los hombres y el abuso sexual; quiere alejarse y separarse de esa repetición. Para ello, cuenta con otra figura de referencia: su tío político, un modelo diferente de hombre.

Proyecto parental

El padre quería que Adriana fuera varón. Esto lo toma con mucho humor y dice entre risas:

¡Intenté, intenté, pero aquello no me creció! Tenía dos hermanos varones; en el edificio había muchos varones y una sola nena, pero era medio tarada. Entonces yo jugaba con todos varones, jugábamos muy bien al fútbol y a los revólveres, yo era

la enfermera porque no me daban muchos revólveres. Mi madre me vestía de rosado y yo por las dudas llevaba algún revólver. ¡Por las dudas! (risas) Odiaba las polleras[faldas], siempre cuento la anécdota esta: un cumpleaños de mis primos, con muchos amigos del barrio, me pusieron pollera [falda] y medias canchán blancas y zapatos blancos y bucito blanco y llegué saludé y salí a correr y me vine con las medias con una papa [agujero] acá en la rodilla... (Risas). Mi madre intentó, sí... pero bueno.

En otro momento del proceso de las entrevistas y reflexionando sobre lo narrado y recordado, Adriana cuestiona si aquella interpretación del deseo de las mujeres de tener un pene sería por envidia del pene, o por el deseo de hacer las cosas que sólo a los hombres les estaban permitidas. Sobre este tema, hay trabajos publicados de la psicoanalista Jessica Benjamin (1988); para esta autora, la envidia de las niñas es hacia *el poder* que tiene el padre como varón, y no al pene que posee.

Para analizar la transmisión de los roles asignados de género en esta historia, realizo el análisis cronológico del superyó y el ideal del yo (De Gaulejac, 2005) en tres generaciones: padres, abuelos y bisabuelos.

En la primera generación, el superyó del padre transmitió a la hija el deber ser una mujer sumisa, así como la escisión entre ternura y sexualidad; prohibiciones sexuales y poderío del varón para dominar, decidir sobre los deseos y los cuerpos de las mujeres. A la vez, el ideal del yo del padre le transmite que no sea como su madre, quien fue su amante durante diez años y a la que dejó por otra.

La madre de Adriana fue una mujer trabajadora que crió a sus hijos sola. Después de separarse del padre nunca más volvió a tener pareja y se refería a él, aún después de divorciada, como “el esposo”, inclusive después de que el marido se había vuelto a casar. Adriana refiere mucho pesar por este hecho. Siente que su madre nunca tuvo conciencia de su poder

como persona y como mujer: “Nunca se reconoció a sí misma con sus logros, nunca tuvo conciencia de lo que ella pudo lograr, aunque estuviera sola, y de que podía decir que no, de que podía estudiar aunque su esposo no quisiera”. Su madre transmitió ese superyó a la hija. Recuerda que cuando a su vez ella (Adriana) decidió separarse, la madre le decía: “¿Y cómo vas a hacer, hija?” Adriana contestaba: “Como vos mamá, como vos”.

La madre transmitió un doble mensaje: el de ser una mujer sumisa —por parte de su superyó— y otro muy diferente por parte del ideal: “no seas como yo, estudia lo que te guste, sigue adelante con tus hijos, supérate”.

Por una parte, el superyó de la madre indica que hay que ser sumisa tal como la sociedad exige a las mujeres, para preservar el orden social. Este mismo mensaje lo transmite el padre por el lado del deber ser que guía al superyó; mientras que el ideal del yo transmite el deseo de cambio. Esto provoca en Adriana un sentimiento de dolor mezclado con ira porque la madre no pudo reconocerse a sí misma, lo cual produjo dificultades en la identificación de la hija. Este sentimiento responde también a la dificultad de identificarse con una madre que reproduce el mandato social de la mujer oprimida y fija la creencia de ser débil e incapaz de autonomía.

Esta investigación parte de la idea de que el género es algo construido socialmente que antecede y transversaliza al sexo que se transmite de forma consciente e inconsciente de una generación a otra. Las identificaciones se producen con modelos familiares que a la vez están atravesados por el sistema sexo/género de la comunidad que se habita. Decimos comunidad y no sociedad, porque en cada sociedad puede estar conviviendo más de un sistema. Aquí nos referimos a una familia de raza blanca inserta en una comunidad capitalina, pero con ancestros inmigrantes italianos y españoles de clases bajas y altas que también vivieron en el campo.

La madre de Adriana, en su situación, fue apoyada por su familia. Demostró haber sido lo suficientemente hábil y fuerte como para criar a sus hijos, así como salir adelante con su hogar y su trabajo, pero esto a costa de nunca más tener pareja. Ser madre y ser mujer se oponían desde un imaginario social instituido que aún perdura. Un conflicto claro entre el mandato social y el deseo personal, que se presenta en este caso por lo menos desde la generación anterior.

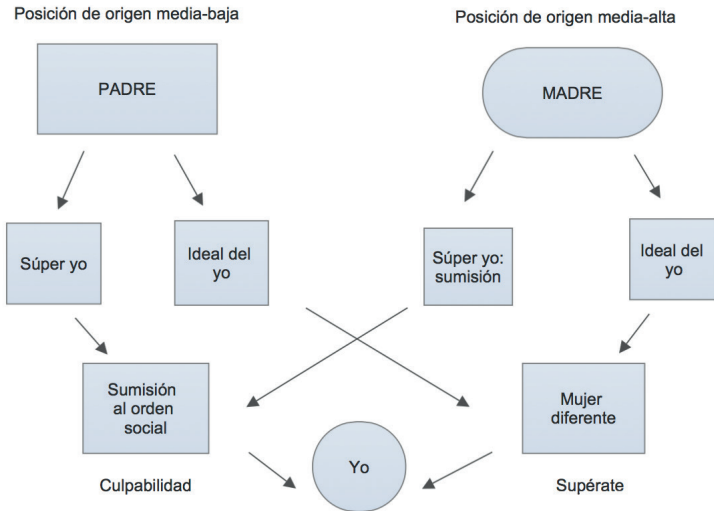
Su propia madre (la *Mama*), es decir, la abuela materna de Adriana tuvo esos conflictos entre el “deber ser” (superyóico) y el ideal de su deseo. Intentó transgredir al casarse por segunda vez con una persona de clase más baja y menor que ella en una época en la cual, la libertad sexual estaba asociada con las clases bajas, y las relaciones entre personas de diferentes clases era algo muy mal visto. En este caso, la abuela estaba comprometiendo la posición social de la familia.

Adriana recuerda que su madre no tenía ninguna estima por el padrastro, más bien aversión. Este sentimiento le transmitió la duda y la comprensión una vez que obtuvo la información del abuso que sufrió su madre.

La abuela intentó cambiar el estereotipo de modelo de mujer esperado, pero sólo pudo liberarse del matrimonio arreglado transgrediendo la clase, y a la vez, la normatividad sexual, pero no logró liberarse del abuso. Este se repitió desde la sumisión a un padre déspota —tal como lo adjetiva— que llegó a matar a un empleado. No se sabe muy bien por qué. Este padre arregló un matrimonio para su hija y le transmitió el mensaje de que debía someterse porque los hombres “son capaces de matar”.

El abuso es marca de sumisión. Es una forma de demostrar poder y dominio sobre los cuerpos de las mujeres. El abuso sexual y la violación son herramientas utilizadas para la opresión de las mujeres (Segato, 2004); violencia para acallar las intenciones y deseos locos en las mujeres. El abuso sexual es la forma más

LOS COMPONENTES SOCIALES DEL COMPLEJO DE EDIPO



Fuente: elaboración propia.

efectiva de someter el cuerpo y el alma de una mujer. Secretos de familia que actúan a nivel inconsciente y preconscious, historias herméticas de las que nadie habla hasta que alguien de una generación posterior, en un esfuerzo por descubrirse, hace caer el velo. Hablar de las historias de abuso en una familia accede a interrumpir una cadena de repetición familiar y social.

Trayectoria académica y laboral

Adriana está marcada por la trayectoria intelectual de las mujeres de su familia desde el día de su nacimiento, que coincide con el día en que la mayor de sus tías se graduó como médica.

El comienzo de su escolarización en un jardín de infantes converge con la primera separación de sus padres, después de que su madre se enterara del abuso cometido por su esposo

contra su hermana menor. En aquel momento, su madre tomó la decisión de salirse de la casa con su hija e irse a vivir con su otra hermana y su cuñado, aunque luego regresó con el esposo. Adriana tenía aproximadamente cinco años, y fue en aquel momento cuando, ella y su primo —un mes menor— ingresaron en el que fungiera como el primer modelo de jardines de infantes de aquella época en el Uruguay, la escuela Enriqueta Compte y Riqué.

La trayectoria de Adriana por la escuela y el liceo se dio durante la última dictadura militar. Ella relata haber sufrido claramente la discriminación por parte del mundo de los adultos hacia quienes eran hijos de gente de izquierda. Aunque también recuerda que tener buenas calificaciones los protegía *de las miradas* inquisitorias:

Las maestras, directoras y padres hacían discriminación con los que eran hijos de izquierdistas; no así los niños, donde esto no incidía ni se comprendía.

En aquel momento el hermano mayor de Adriana había sido apesado por sus ideas políticas, aunque liberado inmediatamente, al mismo tiempo que el padre “desaparecía” para abandonarles. Este episodio cargado de confusión y dolor, marcó profundamente a Adriana, quien, en un momento de gran vulnerabilidad, era abandonada por quien suponía debía ser su protector.

En la secundaria, la discriminación no sólo la sufrió por ser hija de izquierdistas, también por ser hija de padres separados. Estas situaciones tal vez marcaron su subjetividad con un sentimiento de inferioridad. La discriminación también fue asociada con “irregularidades” en su feminidad: “aquello de jugar con revólveres, treparse a los árboles, correr. Todos juegos que no eran considerados femeninos”. También durante la adultez, por ser separada y feminista.

Recuerda un episodio donde solicitaron su opinión profesional para evaluar y reflexionar un caso de abuso sexual en el Poder Judicial:

Dije: yo opino desde una posición feminista y... Uy no ¡Esta es una loca! dijeron. Cuando vi sus caras les expliqué qué es mi feminismo: soy feminista porque las mujeres que pretendemos hacer valer los derechos humanos de las mujeres somos feministas.

El comienzo de la universidad, en los años finales de la dictadura, imprimió un sesgo interesante. La universidad estaba intervenida por los militares: se habían cambiado planes de estudio, programas y se había expulsado de sus cargos a todos los profesores de categoría B y C (categorías de ciudadanos que estaban o habían estado vinculados o comprometidos con la militancia política de izquierda). Los psicoanalistas eran perseguidos por sus afiliaciones políticas. Por tanto, se eliminó el psicoanálisis del currículo universitario y se expulsó de la universidad a quienes lo transmitían y lo practicaban.

Fue entonces cuando se fundó una alternativa: el Instituto de Filosofía, Ciencias y Letras (IFICLE). Un lugar de formación privada que luego se convertiría en la actual Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga. Quienes querían aprender psicoanálisis, quienes no entraban a la universidad pública por tener compromisos políticos con los movimientos de izquierda, o quienes no estaban de acuerdo con el tipo de programas que, en aquel momento, ofrecía la universidad pública, optaron por formarse y también por enseñar en aquella institución. Una vez de vuelta a la democracia, muchos profesores regresaron a la universidad pública.

Adriana realizó una parte de su carrera en el IFICLE y, una vez restablecida la democracia en el año 1985, revalidó sus estudios y se incorporó a lo que dio en llamarse en ese momento

la Escuela Universitaria de Psicología, que luego sería el Instituto de Psicología (1988) y más tarde, la Facultad de Psicología (1994). Se aleccionó en varios grupos de estudio privados, lo que era tradición y costumbre en aquel momento, ya que las transiciones en el plan de estudios obligaban a buscar alternativas de formación a aquellos que tuvieran interés en profundizar y aprender más.

En aquel momento había gran avidez por ahondar en todo tipo de conocimiento. Los años de la dictadura fueron una época de oscurantismo y prohibición del saber. La reapertura democrática permitía el acceso a autores y materiales antes proscritos, lo mismo que a maestros que entonces habían sido expulsados, muchos de los cuales retornaron del exilio. Cuando le pregunté por qué eligió el psicoanálisis, dijo:

Quando empezamos a estudiar había una fuerte pregnancia del psicoanálisis como revolucionario. Quedaba muy asociado a pensadores de izquierda y, además, uno de mis tíos es psicoanalista y el psicoanálisis era esa referencia de poder pensar y entender el mundo de una manera distinta.

El psicoanálisis del Río de la Plata quedó asociado a la izquierda debido a que muchos psicoanalistas eran perseguidos por pertenecer a los partidos de izquierda (Irrazábal, 2011). Pero también se asoció con lo revolucionario porque era una opción de comprensión de los procesos psíquicos y del sujeto que tomaba distancia crítica de las corrientes de la psicología positivista de la época.

El primer casamiento de Adriana coincidió con la salida de la universidad y la compra de su casa, también con el fin de su psicoterapia psicoanalítica. Algo así como el “broche de oro” que cierra con un ciclo que la habilita; un año después se embarazó de su primer hijo. Todo se figura hacia la formación de un proyecto de familia. Sin embargo, la maternidad aparece

rodeada de complicaciones, el nacimiento de sus hijos la alejó de los estudios, aunque no del trabajo. En el momento en que nació su primer hijo estaba comenzando a trabajar como profesional de la psicología. Sus tías colaboraron en los inicios de su carrera prestándole el consultorio y derivándole pacientes. En ese momento sufrió la primera separación de su esposo e inmediatamente se enfermó de trombosis. La segunda separación de su primer marido coincidió con el nacimiento de sus hijas gemelas. A los seis meses, volvieron a separarse y ella enfermó nuevamente, esa vez de congestión. Esto significó el alejamiento de sus hijas y el respaldo de su madre, a quien describe como una abuela siempre cercana a la familia. Pero, sobre todo, esto significó el alejamiento de su formación como psicoanalista en AUDEPP, donde había ingresado meses antes de embarazarse. Regresó a la formación cuando sus gemelas tenían cuatro años. Un año después, se separó definitivamente.

Constata que cada nacimiento de sus hijos la aleja de la formación académica un promedio de tres a cuatro años. A la vez, en esos momentos se producen problemas en la relación de pareja, lo que ocasiona separaciones transitorias. Importa señalar que esto es frecuente cuando el padre no asume la responsabilidad compartida por los hijos que llegan a ocupar un nuevo lugar en la familia. Y ella así lo refiere, se separó porque el marido no asumía su responsabilidad como padre y se sentía recargada y cansada.

Después de separarse retomó su formación e ingresó a trabajar en el Instituto de la Mujer; comenzó a salir de vacaciones con sus hijos y también a viajar sola. Un periodo de ruptura, seis años de muchos cambios. Luego conoció a quien sería su segundo marido. En el tránsito en el que se fueron a convivir, enferma su madre, de quien ella se hace cargo aun cuando tiene dos hermanos más, pero no compartían ese cuidado. Se suma entonces a su vida otra tarea: el cuidado de

la madre anciana. No es extraño que, siendo las mujeres las asignadas a tareas de cuidado, esto sucediera de esta forma. Adriana se manifiesta indignada por la falta de apoyo de sus hermanos varones, pero puede analizar con perspectiva de género las causas de dicha situación sin enojarse con su madre.

Su historia atravesada por los estudios feministas le aportan elementos para interpretar en clave de género.

La historia de vida de Marco: un psicoanalista que intenta deconstruir ideas preestablecidas sobre maternidad-paternidad

Marco es un psicoanalista de 53 años. Su padre era comerciante y su madre, ama de casa; ambos fueron inmigrantes italianos de origen campesino. El primero en arribar a Uruguay fue su padre hacia la década de 1920. Cuando quiso casarse, viajó a Italia a buscar pareja y trajo consigo a la que se convertiría en la madre de Marco, en la década de 1950.

El padre instaló un boliche-almacén. En Uruguay, el boliche es un lugar donde, por aquella época, los hombres se reunían a tomar un trago de alcohol, encontrarse con los vecinos asiduos y contarse sus penas. Un equivalente en México podría ser la cantina o la pulquería.

Mi padre tenía un boliche que a veces, en invierno
se vestía de gris y de rutina.
Mi padre tenía un boliche
que sin saberlo
estaba amarrado a una esquina.
(versos recitados por el entrevistado)

Al boliche los hombres van a conversar; a que alguien, el bolichero, los escuche y los atienda. Como dice el tango: en el boliche “se ahogaban las penas en alcohol”.

Marco dice haberse dado cuenta de que hace lo mismo que su padre: escucha y atiende a personas que padecen, pero en otro tiempo y en otro lugar, el lugar de escucha de lo inconsciente. Marco es psicoanalista, orfebre de las palabras. Marco se nutre de la poesía y otras formas del arte. Su consultorio está habitado de cuadros y libros de cine, poesía, pintura y psicoanálisis. El *boliche* de Marco es como un atelier donde *se recrea al sujeto*, así caracteriza Marco el proceso psicoanalítico. En su consultorio se percibe un ambiente cálido y tranquilo. Por las ventanas, la naturaleza muestra el hermoso invierno montevideano, árboles con hojas amarillas rojizas, un gato que se pasea por la cornisa, un mate y un paciente por llegar.

Cuando le pregunto por su familia, me dice: “Mi padre no hablaba, había que adivinarle los pensamientos”, nostálgicos pensamientos de la Italia lejana. Asocia que su interés por la comunicación no verbal de los bebés podría tener que ver con esto, tener que adivinar los actos del otro, lo que hizo desarrollar más sus otros sentidos como la mayor observación y atención a los estados afectivos. “Mi padre lo que sabía era escuchar atentamente”, esto lo ha marcado para elegir escuchar en el *setting* analítico. Marco tiene muchos recuerdos del boliche de su padre. Personajes que poblaron su vida, su alma, su ser hombre. Historias de protagonistas y de varones que le enseñaron qué era ser hombre.

A sus quince años, Marco muchas veces debía quedarse en el boliche hasta el cierre, esperando a que cada uno se tomara la penúltima, cosa que no le agradaba demasiado.

Serví la penúltima antes que la muerte nos encuentre, pibe.

La que sí hablaba era la madre. Quien mantenía la memoria viva de la Italia en la familia. Y también la que se relacionaba con más facilidad, transmitiendo el afecto.

Mi madre me cantaba canciones de cuna en italiano, tal vez por eso mi interés por los bebés.

Su entorno era muy humilde, Marco afirma que se crió en la calle y en el bar y se siente marcado por el origen humilde de su familia. Cuenta que la vida en el bar y el almacén, donde habitaba su madre, le dio una visión heterogénea y diversa de la vida y de las personas. Al bar iban diputados y también indigentes. Allí no había clases sociales:

Recuerdo a Atilio, un indigente que se encontró un anillo de oro en la calle —en aquella época era de mucho valor— y le regaló el anillo a mi padre para que hiciera un anillo para mí y otro para mi padre.

Estas anécdotas de Marco me recuerdan el Montevideo de mis abuelos. Cuando era niña, mi abuelo acudía al boliche, uno más de los boliches montevideanos fundados por italianos o gallegos inmigrados. Pobres y ricos *tomándose una*. En el boliche se mezclaban las clases sociales.

El boliche, lugar de hombres, historias de borrachos que contaban sus penas. Yo insisto que esos bares tenían una función terapéutica, ahí los tipos lloraban.

La madre atendía un almacén que estaba al lado del boliche. La madre en el almacén, lugar de expendio de víveres, espacio de lo doméstico; el padre en el boliche, lugar de los varones. Habitualmente, estos almacenes estaban ubicados al frente de la casa donde habitaba la familia, y al costado estaba el boliche. Ambos espacios se comunicaban, pero estaban bien delimitados.

La familia de Marco es reconocida por los vecinos, hasta hoy en día, como muy solidaria y querida. Se le agradece por

la ayuda que dieron a muchas otras familias del barrio que venían a comprar *con libreta*, (crédito solidario sin papeles) que se otorgaba en aquellas épocas y las personas pagaban cuando cobraban su sueldo.

Cuando las mujeres venían al almacén y empezaban a contar historias, querían que yo, Marcos, las atendiera. En ese tiempo yo ya tenía un interés por los niños chicos y organizaba campeonatos de futbol o carreras, pues eso antes lo había hecho mi padre. Me acuerdo que contaban acerca de sus parejas, separaciones, los problemas, los dolores. Siempre con un tono más jocoso porque yo era un adolescente. Anécdotas del barrio: esos fueron sus primeros pasos en la tarea de *la escucha*.

Marco empezó de adolescente a tener mucho interés por el cine y la literatura. Hizo un curso de cine en la adolescencia. A los 21 años viajó a Italia para estudiar cine, pero no pudo soportar la nostalgia producida por la migración.

Descubrí que yo también tenía nostalgia, tuve que vivir lo que ellos vivieron. Mucha nostalgia por Uruguay. Ahí descubrí también mi interés por la psicología... Me interesaba la vida emocional.

Es el único universitario y psicoanalista de su familia, el tercer hijo entre cuatro, dos varones y dos mujeres. No hay en su familia de origen ninguna persona que haya estudiado. Todos son campesinos, empleados, comerciantes; las mujeres, salvo una de las tías maternas, la tía Silvana, fue enfermera. Una de sus pasiones es la poesía, otra, el psicoanálisis.

Marco comenzó a estudiar psicoanálisis en el hospital público del Uruguay, el Hospital de Clínicas, junto a grandes maestros de aquella época que dividían su tiempo entre la consulta privada la investigación en el hospital. Primero comenzó observando y filmando a bebés y madres, para luego realizar interpretaciones de aquello como pedido de uno de

sus maestros. Formarse como psicoanalista no estaba aún al alcance de sus posibilidades económicas.

El psicoanálisis fue para él una gran esperanza de vida que se encendió en su adolescencia a través de la lectura de *La interpretación de los sueños de Freud*:

Dieciséis años tenía cuando leí a Freud por primera vez: *La interpretación de los sueños*, y se me iluminó todo, sobre todo por los sueños... pensar que los síntomas podían tener una explicación, mis síntomas, me dio una esperanza.

Marco fue el único hijo prematuro. Recuerda que su madre cuenta mucho esta historia que la llenó de angustia porque “no sabía qué hacer con ese bebé tan chiquito”. Esta vivencia de su madre y la suya propia como hijo indefenso que estaba limitado de hacer muchas cosas por la percepción familiar de vulnerabilidad, aunada al miedo, fueron tal vez elementos que incidieron en su elección del camino de observar bebés, ayudar a las madres y psicoanalizar niños. Reconoce que la observación y la escucha de las madres del hospital le abrió la posibilidad de psicoanalizar a las mujeres desde otro lugar. Marco es de los psicoanalistas que sí considera que el género del analista importa e incide en el material que el paciente despliega en la transferencia: “Por más que uno esté analizado, hay preconceptos. Uno forma parte del cuerpo social”. En la escucha de hombres y mujeres ha podido darse cuenta de que hay diferencias en el material que unos y otras despliegan.

Las mujeres... algo de su escucha refieren a su interioridad, el interior del cuerpo, la casa, en relación con la receptividad. En el hombre no es así. Yo me pregunto ¿tendrá que ver con su biología? Porque la mujer también tiene otra temporalidad, en un sentido, es su relación, con la que ha venido construyéndose socialmente. Eso tiene que ver con el género, con la cultura.

Desde que pude captar eso creo que trabajo mejor con las mujeres y avanzan más... entre lo cultural y lo biológico.

Otra cosa que siente le ha ayudado para deconstruir sus propios preconceptos de género es la literatura y el arte:

Leer sobre Frida Kahlo, ver sus pinturas, por ejemplo, a mí me habilita para escuchar a la mujer de otra manera. Además, tengo mucho tiempo de observación y escucha de mamás en contacto con sus bebés, muchas horas de escuchar... trabajé en un jardín de infantes, más de mil casos vi ahí... dieciocho años... la que hablaba mucho del niño era la madre. Aprendí mucho de escuchar a las mamás... cómo articular la identidad femenina con la de ser madre... Una madre, me acuerdo, en el hospital, ya estaba saturada de dar de mamar y le dijo al pediatra: “¿sabe una cosa? Yo no soy un par de tetas con patas, soy mujer y madre. Así que a usted no lo veo nunca más”. Fue fiel a lo que sintió ¡qué bueno!

Este tema de articular la identidad femenina con la identidad de madre, sin anteponer o priorizar la segunda, es un tema que las psicoanalistas feministas insisten en considerar: deconstruir la ecuación mujer igual a madre a través de la desarticulación de la premisa de que la mujer es un vientre reproductor y que la sexualidad es un fin para cumplir con esa función. Cuando Freud planteó *anatomía es destino*, condenó fuertemente a las mujeres a su función reproductiva y todo su sentir a su biología. No hay una anatomía, hay varias anatomías y están subordinadas a los criterios que la cultura establece para hombres y mujeres (Gil, 2002: 63).

Marco es un psicoanalista que considera que ha habido cambios en las relaciones de pareja en la forma como el padre se involucra con la educación del hijo pero que, en última instancia, *la palabra la sigue teniendo la madre*. Ella es todavía la que más cerca está del bebé. También considera que ha habi-

do muchos cambios en la práctica del psicoanálisis y remarca que *existen muchos psicoanálisis, tantos como psicoanalistas hay*. Pero a la vez, hay replanteamientos en el psicoanálisis respecto de temas clave, como la homosexualidad —que obliga a repensar pilares fundamentales de la teoría de la sexualidad— o la incidencia del género del analista, o la función materna y paterna.

La narración de la historia de Marco muestra una perspectiva distinta en la interpretación del género y su incidencia en el proceso analítico, como también la incidencia de la práctica hospitalaria en la reflexión respecto del tema de género.

No puedo afirmar qué es lo que hizo que Marco pudiera escuchar esta otra parte de las madres, pero ha podido hacerlo y eso le ha permitido cuestionarse algunos preceptos de la teoría psicoanalítica: escuchar desde la práctica sin anteceder lo escuchado por la expectativa social, tal vez porque esa expectativa no responde a su deseo.

Importa señalar que ambas historias se narran desde un género: Adriana es más emotiva; Marco controla mucho más sus emociones en el proceso. Pues la forma en cómo relatan su historia, a qué le dan más énfasis, cómo marca a cada uno de ellos la relación con el padre y con la madre, lo natural que resulta para Marco que su padre no hable y lo poco que cuenta de su madre; los abusos sexuales en la familia de Adriana son señales de marcas de género. Toda esta ruta establece la diferencia en la escucha clínica: el cruce entre la historia personal, la académica y la experiencia en la práctica clínica.

Para Adriana fue su vida y los estudios feministas el determinante para incluir la perspectiva de género en su trabajo; para Marco la observación de mujeres madres en relación con sus hijos y la forma en cómo esta imprime la subjetividad de las mujeres.

Aunque Marco en ningún momento se autodefine como psicoanalista con perspectiva de género, la forma de escuchar e interpretar muestra un descentramiento de las posiciones

masculinas hegemónicas que es importante destacar, un movimiento de cambio.

CONCLUSIONES

**EL MOVIMIENTO PENDULAR
DE CAMBIO:
LA ESCISIÓN ENTRE
LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA**

Es claro que la teoría psicoanalítica se replantea frente a cada caso. Sin embargo, en esta investigación se observa que sería muy importante legitimar la formación en estudios de género dentro de las instituciones psicoanalíticas a los efectos de actualizar la teoría y ejercer la práctica incorporando tal referente.

Se observa que existe en algunos casos cierta incongruencia entre lo que “se dice y lo que se hace”. Por un lado, se reflexiona desde algunas de las interrogantes que plantean los cambios en las identidades de género, pero en la práctica se continúa realizando interpretaciones que no incorporan la información que dichas investigaciones explicitan.

Los cambios que se visualizan en la práctica producen nuevos escritos donde se reflexiona sobre temas de género, homosexualidad y abuso sexual, aunque estos nuevos planteamientos no están legitimados, por lo tanto, no tienen validez de cambio en la institución psicoanalítica y quedan librados a las identificaciones y las ideas de cada analista. Lo más habitual es que los psicoanalistas interroguen la teoría desde su praxis. Son los casos los que interpelan a la teoría, aunque llevará tiempo modificar la teoría a partir de los casos.

Los escritos que producen las mujeres psicoanalistas del COWAP tienen muy escaso lugar en los congresos. Y en ninguna de las dos instituciones (objeto de esta investigación) existe, hasta el momento, algún seminario obligatorio sobre el tema de género en la estructura curricular. Los espacios para estos temas son seminarios optativos, librados a la oferta académica. Esto quiere decir que, si ningún maestro propone el tema, no hay posibilidad de que se curse el seminario como parte de la formación de un estudiante. Por supuesto, además, esas propuestas deben ser aprobadas por los respectivos comités académicos de las instituciones.

Encontré pocos trabajos sobre el tema género y psicoanálisis en los congresos de los últimos diez años de la FEPAL (entre 1.6 y 6.7% del total). El tema de mayor interés para el psicoanálisis, en la vertiente de género, es la sexualidad, que ha sido un tema fundante del psicoanálisis y, dentro de esta, la homosexualidad y lo trans. El tema específico de la feminidad se ha relegado y no encontré trabajos sobre violencia de género o sobre violencia contra las mujeres. En los pocos trabajos donde se analiza este tema, tampoco se visualiza la violencia doméstica, conyugal o sexual, como formas de la violencia de género. Las quejas de las mujeres respecto de estos tópicos se interpretan, en la mayoría de los casos, como rivalidades edípicas, complejos edípicos, perfiles masculinizados, complejos fraternos, deseos incestuosos y masoquismo femenino. Muy pocos trabajos recurren a los aportes de los estudios de género desde la Antropología, la Historia o las Ciencias Sociales para su interpretación, lo cual considero que enriquecería la interpretación.

En el congreso internacional de psicoanálisis de IPA —“Sexualidad, sueños e inconsciente”— realizado en México en agosto de 2011, observé que el interés estuvo en debatir sobre la sexualidad y lo inconsciente. De un total de ochenta mesas de discusión, sólo dos se refirieron específicamente al tema de género: una titulada “Perspectivas de género en la sexualidad, sueños e inconsciente”; otra sobre la investigación que se realiza bajo la dirección de Teresa Lartigue en México: “Depresión materna y situación de riesgo en la parentalidad”. También se presentaron algunos trabajos sobre familias homoparentales, diversidad sexual y un panel de discusión sobre homosexualidad y perversión en Argentina. Así como un panel central de discusión sobre el tema de la sexualidad después de cien años de la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual*, y dos mesas de discusión sobre masculinidades, una presentada por México. Llama la atención que dentro del eje temático se discuta tan poco sobre la feminidad.

En la formación de los psicoanalistas el tema de género tampoco tiene un espacio establecido. En AUDEPP encontramos un seminario optativo (abierto) sobre violencia doméstica. En esta institución fue donde se fundó y funcionó un equipo de investigación sobre el tema durante diez años consecutivos. Hoy no funciona y tampoco se incluye esta formación en el currículo obligatorio de la maestría.

En APU, un grupo de estudio que trabajó por vez primera este tema durante 2010, hoy se ha disuelto, según su coordinador, se había fundado con el objetivo de discutir el tema de sexualidad y género en vista del congreso Internacional de Psicoanálisis y el de COWAP del año 2011 (García, 2011). Tampoco en APU está institucionalizado algún seminario sobre el tema en el currículo de la maestría que allí se ofrece. El tema que se incluye es sexualidad femenina.

Sería muy importante ofrecer este tipo de seminarios en la formación de los psicoanalistas, para evitar malentendidos sobre el concepto de género y deconstruir prejuicios e ideas de género que inciden en los procesos analíticos. Esto aportaría elementos teóricos que permitirían visualizar las situaciones de violencia de género y replantear el tema del abuso sexual. Asimismo, contribuiría en su prevención y elaboración en el trabajo clínico; además, desmitificar falsos conceptos sobre el feminismo, a través de propuestas que realicen un análisis histórico del surgimiento del concepto. Transmitir a los psicoanalistas los aportes de las nuevas investigaciones de diversas disciplinas y la epistemología feminista modificaría el lugar desde donde se escuchan los casos.

La epistemología feminista tiene mucho en común con el método psicoanalítico: su propuesta de anular las falsas oposiciones del pensamiento dicotómico occidental, así como de cuestionar la falsa neutralidad del que conoce, en tal sentido, propone Freud, el concepto de transferencia.

Por otra parte, la epistemología feminista promueve el cuestionamiento de falsos conceptos que siguen vigentes en

el psicoanálisis y podría aportar elementos para repensar la sexualidad en su vertiente política; los estudios foucaultianos y los estudios *queer* brindan elementos importantes para problematizar el debate y el análisis de la sexualidad en tal sentido que abrirían el camino para volver a pensar la teoría de la sexualidad en el psicoanálisis.

El no analizado del psicoanálisis: las desigualdades sociales

Bajo el amparo de la premisa de la defensa del concepto de la *diferencia*, pueden quedar ocultas las desigualdades de poder: diferencias de clase, raza y género. Desigualdades que producen opresión y dominio de unos sobre otros/otras y generan efectos en el aparato psíquico. Sufrimiento que provoca síntomas, produce formas de ser y estar en el mundo, engendran y mueven el inconsciente. Pero el análisis de las relaciones de poder está ausente en el psicoanálisis, y a pesar de que muchos digan que no es tarea de éste analizar dichas diferencias porque el psicoanálisis no es una política ni una antropología ni una sociología, vale preguntarse ¿a qué se debe esta ausencia y esta resistencia?

Tal vez ni Freud ni Lacan tenían los elementos en aquella época para considerar que las relaciones de poder que originan desigualdades también gestionan marcas en el aparato psíquico. La afectación que se produce en los cuerpos, a través del maltrato, la violencia en sus diferentes formas, la exclusión y discriminación social, provoca huellas en el Inconsciente. Algunas veces dichas experiencias pueden radicarse directamente como efecto del mecanismo de escisión, otras serán reprimidas, pero siempre se alojarán en el psiquismo. En el psicoanálisis deberíamos integrar estos aportes para una nueva teoría del funcionamiento psíquico. El asunto de las desigualdades de poder es un tema político, y el psicoanálisis se ha rehusado a asumir lo que de político se juega en su interior.

Tal como lo señaláramos antes, existen muchas formas de hacer psicoanálisis. Hay psicoanalistas que introducen estudios de otras disciplinas y problematizan la teoría, pero esto no está institucionalizado, por lo cual, no cambia la teoría que se utiliza para la comprensión e interpretación de los pacientes.

Debería analizarse también la relación de poder que se da entre psicoanalista y psicoanalizado. Esto ha provocado polémicas, peleas y escisiones dentro y fuera de la institución psicoanalítica. El tema del poder del psicoanalista y su incidencia como sujeto, que no es neutro en la relación, trae aparejada la necesidad de volver a pensar la relación transferencial y la técnica del psicoanálisis, tema álgido desde épocas freudianas.

Recuerdo en este momento el episodio Jung-Freud y el distanciamiento entre ambos, no sólo debido a diferencias de comprensión de conceptos, sino también en relación con la técnica. El caso Sabina Spielrein, mujer tratada por Jung en el hospital Burghölzli de Zúrich entre 1904 y 1905, cuando Freud escribía su teoría de la sexualidad infantil.¹ Freud se enteró por Sabina de la extraña relación que mantenía con Jung, sin embargo, intentó disuadir a la paciente de sus “locas fantasías”. Jung terminó por acusar a Sabina de mentirosa y embustera. Finalmente, Freud y Jung se alejaron a partir de 1913. Las cuestiones de la técnica han provocado problemas en el psicoanálisis. Recordemos que Lacan también los tuvo cuando introdujo modificaciones a la técnica, porque ésta tiene relación directa con la transferencia, y ésta a su vez, con las relaciones de amor y la sexualidad, pilares de la teoría.

¹ Sabina fue paciente de Jung durante algún tiempo. Algunas investigaciones dan noticia de una relación especial entre analizada y analista que trascendía la situación terapéutica. Se puede consultar Delahanty (2010) y Carotenuto (1979).

Es necesario volver a pensar la técnica psicoanalítica a la luz de los resultados de las nuevas investigaciones en las ciencias sociales y las humanidades. La pregunta por la forma en que interviene la ideología en la práctica introduce directamente en el campo de la sexualidad, la transferencia y el ejercicio del poder en la cura. Esto exige volver la mirada para pensar algunos temas polémicos: cómo interviene el poder en la relación analista-analizado/a. Desde los inicios dentro de los estudios feministas, el tema de género ha sido planteado como un tema político; el tema del poder del analista también lo es. ¿Está el psicoanálisis dispuesto a reflexionar y abordar este debate?

Traer a la discusión la importancia de este tema nos coloca frente a una revisión de la teoría que es de primer orden, la necesidad de analizar las ideas de género del analista y del/la analizado/a. La sexualidad se juega en la transferencia, marcada por la presencia corporal del analista y del analizante, inmersos en una estructura social atravesada por el sistema sexo/género. Ni su sentir, ni su transferencia, ni su interpretación están exentos de ese atravesamiento ideológico. Los cuerpos de uno y otro están traspasados por la socialización de género, la violencia política, la clase social, los prejuicios de raza.

A la vez, volver a pensar la sexualidad desde los aportes de los estudios de género y de la diversidad sexual, permitiría al psicoanálisis repensar el concepto de sexualidad y el estatuto del cuerpo en psicoanálisis y la relación mente-cuerpo.

La necesidad de preservar la teoría freudiana produce resistencia a considerar siquiera la importancia del tema de género, quizá sea por el mandato implícito de preservar la institución psicoanalítica. Preservarla de la amenaza que se despierta al pensar en la posibilidad del temblor de algunos de sus pilares teóricos como el Complejo de Edipo, y por la dificultad que implica para el/la analista pensarse como variable sexual que ejerce y detenta un poder desde el *Supuesto saber* del inconsciente en el cual es colocado.

Otro factor que se observó que causa resistencia, es la asociación que produce el tema de género con el feminismo. Para empezar, se tiende a asociar género con “mujeres”, y esto distorsiona la posibilidad de establecer conexiones para profundizar el análisis de la violencia y las consecuencias de las relaciones de poder desiguales. Pero, además, “mujeres” se asocia a feminismo radical, sin embargo, el feminismo es muy diverso.

Integrar el tema de género como una variable importante en la construcción del aparato psíquico, obliga también a reformular la concepción de Inconsciente. Inconsciente que se construye en las relaciones sociales y está atravesado y constituido por las desigualdades de género. Un Inconsciente situado y producido socialmente en un cuerpo que tiene un sexo, a la vez que una historia social que lo precede y lo construye.

Un psicoanalista hombre de 47 años dice al respecto:

Ciertas instituciones han entrado en crisis y también cierta gente; el psicoanálisis forma parte de ellas, y esos cambios, se ven en la iglesia católica, en confrontaciones con las nuevas formas de pensar; por ejemplo, y en los vínculos entre las personas. Lo que aporta el concepto de género que, por ejemplo, la iglesia católica tiende a no compartir, y yo creo que ahí hay muchos aspectos en juego, aspectos de poder, el psicoanálisis no ha estado muy cercano a lo más conservador de la iglesia. También dentro del psicoanálisis, desde Freud, hasta ahora, ha corrido mucha agua bajo el puente y se ven muy diferentes muchas cosas, lo de la homosexualidad también... no cabe duda de que el abuso es real. La iglesia católica no ha podido hacer pie frente a las acusaciones de pedofilia.

Es interesante este fragmento en tanto habla del impacto que pueden operar algunos cambios sociales en las instituciones. Las instituciones tienen una parte sólida y dura que se resiste al cambio. Esa es la parte que les dio origen y las

fundó: lo instituido. Para preservar la institución, se generan pactos implícitos de doctrina que la protegen. El testimonio anterior aleja al psicoanálisis de estructuras conservadoras, como la de la iglesia católica, mostrando que, en el contexto estudiado, tiene aún una gran influencia. También resalta la oposición de la iglesia a los avances logrados a partir de los debates de género.

Aunque una lectura discursiva podría interpretar un paralelismo entre el funcionamiento institucional, cuando compara la crisis del psicoanálisis con la de la iglesia católica. Me pregunto entonces ¿existen pactos patriarcales que aún protegen la institución psicoanalítica para preservarla de los cambios?

El psicoanálisis no está exento de la crisis actual de paradigmas. Sin embargo, tampoco puede obviar tomar posición frente a temas de debate actual.

*Sobre la necesaria diferencia del psicoanálisis
por hombres y mujeres*

Existe un malentendido respecto de qué significa aceptar que el sexo del/la analista interviene en la transferencia que se establece con cada paciente. Frente a esta pregunta, la mayoría niega que esto incida desde una lectura del *deber ser*. Desde la técnica, en el psicoanálisis se ha considerado que el analista ocupa la función que el paciente le transfiere —la función materna o paterna— dependiendo del momento atravesado en el proceso. Desde esta idea se establece que, por lo tanto, el sexo del/la analista no interviene en la transferencia. Sin embargo, los mismos entrevistados señalan que se escucha decir frecuentemente que un determinado paciente podría beneficiarse con un analista hombre o con una analista mujer, lo cual ellos mismos señalan como contradictorio: ¿el cuerpo sexuado del/la analista incurre como presencia en la relación analítica?

Al mismo tiempo, reconocen que la ideología del/la analista está siempre presente y que un buen psicoanálisis personal no es garantía de que ésta no intervenga en el proceso; parecería que no se sabe qué hacer con esto. Considero que es necesario incluir esta variable de forma consciente en la formación. Es decir, considerarla dentro del análisis como una variable a analizar de forma explícita en la formación. Posibilitaría que el psicoanalista escuche teniendo presente que está atravesado por el sistema sexo/género, lo cual prescribe lugares y conductas para hombres y mujeres, y que esas ideas propias pueden proyectarse a través de sus interpretaciones, es decir, que se pueda observar qué de las desigualdades de género interviene en lo que el paciente transmite, y que esto se pueda devolver en la interpretación, enmarcado en una historia social transgeneracional que reproduce estereotipos de sexo.

Por parte del/la paciente, la selección de la historia que se comparte con el analista, está marcada por las asignaciones de género y por el sexo de quien relata y de quien escucha.

Cito el comentario de una analista con perspectiva de género:

Yo escucho distinto después de formarme en perspectiva de género; si una mujer me dice que el esposo tiene un carácter difícil, ya enciendo la antena, yo sé que eso muy posiblemente habla de un hombre que reacciona con violencia. Indago en eso, no lo dejo pasar, pregunto qué quiere decir eso de difícil ¿qué hace?

Para esta analista esto es posible por haber tenido una formación específica en género y violencia de género.

Lo que un/a analista escucha es aquello que resuena en sí mismo/a; de ahí que la historia de vida participe bastante, de ahí la indicación de análisis personal para el/la psicoanalista. La forma en cómo resuena ese comentario de la paciente

cuando habla del *esposo de carácter difícil* en cada uno, tendrá que ver con las posibilidades que tuvo quien escuchó para analizar su posición y su implicación respecto de su sistema sexo/género y de estar informado/a sobre lo que estas situaciones manifiestan. Las investigaciones de género nos nutren en tal sentido y nos colocan en una posición más objetiva sólo si analizamos nuestra implicación.

En el marco de esta investigación se me invitó a presentar una ponencia en una institución psicoanalítica muy reconocida en México, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupos (AMPAG). Al término de mi presentación, que versó sobre el psicoanálisis feminista, un analista pidió la palabra y manifestó lo siguiente:

Ahora entiendo. Yo creía que escuchaba igual a hombres y a mujeres y sí, en realidad las escucho como hombre. Pero lo que entiendo es que debo escucharlas diferente no sólo a cada una, sino a hombres de mujeres; la historia, no solo la individual es distinta, sino la que ha marcado esas diferencias sexuales y de género. Esto significa entender que existen formas desiguales de ser y estar en el mundo porque el género es estructurante.

El concepto de género, como categoría analítica relacional que busca dar cuenta de las asimetrías entre varones y mujeres, permite explicar y evidenciar las diferencias, así como las relaciones jerárquicas y de subordinación, las cuales no son otra cosa sino relaciones de poder. Interesa cuestionar categorías, revelar sujetos y dimensiones ocultas, explicar cómo se expresan las diferencias entre hombres y mujeres en las desigualdades (Falú, 2011).

Consideraciones sobre las diferencias interpretativas

Ante la pregunta: ¿qué es lo que hace posible estas diferencias interpretativas entre mujeres y hombres que tienen una formación consistente y profunda en psicoanálisis? Este recorrido permite recoger y sistematizar algunos elementos que intervienen en estas diferencias interpretativas: la posibilidad de conocer investigaciones de género y formarse en esos estudios, la práctica en instituciones con mujeres víctimas de violencia, la práctica con madres y niños, el trabajo con diferentes clases sociales, la práctica en instituciones de salud y universidades públicas; además de la experiencia de vida y la propia experiencia como pacientes en psicoanálisis. La forma en cómo estén combinadas estas variables dará diferentes resultados a la hora de la interpretación de la categoría y la variable de género con las personas en psicoanálisis.

A través de la sistematización del trabajo de campo, he constatado que se hace necesaria una escucha psicoanalítica que pueda integrar la historia de las desigualdades entre hombres y mujeres. No anteponer la teoría con interpretaciones que coloquen a las mujeres en el lugar de “masoquistas” o de “víctimas”. Realizar interpretaciones que permitan a los/as pacientes des-identificarse de los lugares estereotipados en relación con su género, es des-posicionarse de esas repeticiones que trascienden a las generaciones. En la vida se repiten expectativas sociales de *ser hombre* y *ser mujer*, modelos asignados desde antes del nacimiento, se repite según lo que el género estructura y define para cada sexo.

Considerar estos elementos para la reflexión con los pacientes, posibilita trabajar sobre su condición sexual y genérica para favorecer la autonomía. Importa recordar que lo que no se nombra, no existe, a la vez que la forma en cómo se nombra, es acto. Por lo tanto, si no se nombra que el control es violencia, no existe; si se interpreta que una mujer colabora

en la violencia que el otro ejerce, es culpable; si la niña puede haber inventado que su padre la toca, es mentirosa.

Cada interpretación nombra algo que contribuye a colocar a hombres y mujeres en lugares asignados pre establecidos o, por el contrario, permite descolocar, incomodarse, cuestionarse, moverse y posicionarse desde un lugar crítico y así re inventar-se uno nuevo.

Psicoanálisis, género y deseo

El tema del deseo ha sido un pilar fundamental en la teoría psicoanalítica, edificada sobre una metapsicología del funcionamiento psíquico que se construye sobre éste como concepto que define las diferentes formaciones psíquicas (neurosis-psicosis).² Para Freud, el deseo es un plus, un algo más que se añade a la satisfacción biológica³ teorizado desde las diferentes etapas psicosexuales que atraviesa el niño. La primera, la oral, donde se forman las primeras huellas mnémicas que alimentan la memoria, la cual es en principio, sensorial.⁴ El cuerpo preexiste al sujeto psíquico; el *Yo*,⁵ como instancia psíquica, primero es corporal y se apuntala en las primeras necesidades del bebé que son fisiológicas y se sienten en el cuerpo. Por lo tanto, el deseo para Freud se sedimenta sobre la anatomía y las necesidades somáticas, pero es más que eso.

Las necesidades primarias —alimentación y defecación—

² Así se denomina la teoría que Freud postuló sobre el funcionamiento psíquico. Su primera tesis al respecto se encuentra desarrollada en *La interpretación de los sueños* del 1900, la segunda, en *El yo y el ello* de 1923.

³ Véase *La interpretación de los sueños*.

⁴ Así denomina Freud las marcas psíquicas que quedan en la memoria del infante y van a constituir el aparato psíquico.

⁵ Una de las tres instancias psíquicas postuladas como tales en 1923. Las otras dos son el *ello* y el *superyó*.

se sacian con la madre o a través de alguien que desarrolle la función materna.⁶ Esta satisfacción deja marcas que tienen que ver con el afecto, esto es, las caricias, el calor y la voz de la madre dejan instaladas huellas mnémicas que producen placer y/o displacer en el bebé. Ese plus de placer que acompaña el saciar una necesidad biológica es para Freud lo que da origen al deseo, ligado al placer, pero, sobre todo, a las primeras experiencias de satisfacción-insatisfacción que se desarrollan en el seno materno. El deseo surge entre lo somático y lo psíquico, en ese espacio que denomina la pulsión.⁷

Se intentará volver a encontrar aquellas huellas en otras experiencias de satisfacción, por lo cual el deseo se convierte en una búsqueda permanente de recrear aquel primer momento. Aparecerán luego los sustitutos: el niño empezará a alucinar con chupones, sonajas, su propio dedo, entre otros muchos elementos a lo largo de su vida. El deseo pasa a ser eso perdido que se intenta recuperar, siendo ese intento siempre fallido, ya que nunca más se podrá repetir aquella huella de placer primordial. El deseo es pensado como unido a la memoria, es decir, esa capacidad de la memoria de reactivar el deseo, de buscar para recomponer la experiencia primera. El psicoanálisis, entre otras cosas, consistirá en elaborar esa experiencia y aceptar que esto es un imposible, sin embargo, es el motor de la vida, aquello que nos impulsa como motor de la vida. Tenemos entonces una idea del deseo como impulso vital y sedimento importante sobre el que se construye la memoria. El deseo surge, entonces, para Freud de la primera relación: madre-hijo, de las marcas que en la memoria se fijan de la primera

⁶ Concepto más detallado por Lacan. No importa si el niño es huérfano si lo cría el padre, la abuela u otra persona que no sea su madre. Lo importante es que la función materna sea desarrollada por alguien.

⁷ Concepto desarrollado por Freud en 1915 en su artículo “Pulsión y destinos de pulsión”, donde se refiere a la pulsión como ese impulso que se encuentra entre lo somático y lo psíquico.

experiencia de satisfacción e insatisfacción, de ese placer inicial que surge de la satisfacción de las primeras necesidades fisiológicas; también amorosas o, por el contrario, de rechazo.

Lacan introdujo algunas variantes en relación con el concepto de deseo. Más allá de las necesidades y el placer, el deseo para este autor se construye en el pivote de lo que llama el plano de lo *Real*, *el goce y el objeto a*. Considerando a este último el deseo del Otro, dirá entonces que satisfacerlo produce un goce. El goce es pura repetición fallida en ese intento de reencuentro con lo perdido, es pura alienación del sujeto, y lo asocia con la pulsión de muerte. Opone goce a deseo. Ya que el deseo sería el encuentro del sujeto consigo mismo; en esa búsqueda está el analizando en un proceso de psicoanálisis, sin embargo, es una búsqueda que nunca cesa.

El deseo es algo que mueve la vida misma del sujeto. Es en la fase pre-edípica donde se sedimenta, y es también en las primeras relaciones con la función materna donde se construye lo que algunas psicoanalistas feministas llaman la identidad de género. La identificación sexual surge en un segundo momento y durante el pasaje por el Complejo de Edipo. Sobre este tema han surgido múltiples debates dentro del psicoanálisis. Sin embargo, no se visualiza hasta dónde los debates en torno al género podrían representar aportaciones para repensar toda la teoría del deseo desde una reformulación de la teoría de la sexualidad.

Los debates pugnan por uno u otro concepto: ¿diferencia sexual o género? ¿Hay que considerarlos excluyentes? Algunas corrientes argumentan que el concepto de diferencia sexual no considera las diferencias de género (Meler, 1997); otras, que el concepto de género no comprende el de diferencia sexual (Lamas, 2002; Copjec, 2010). La confusión que existe respecto de a qué se refiere la categoría de género, hace que no se pueda considerar que estos aportes pueden ser de gran utilidad para problematizar el sexo, la sexualidad y las relaciones entre los sexos.

En esta investigación se evidencia que son las y los pacientes quienes hacen reconsiderar la teoría, quienes constriñen a interrogar y debatir las premisas establecidas por sus creadoras. Así, el psicoanálisis se vuelve investigación permanente que los casos y la clínica van recreando.

El debate está sobre el tablero, por tanto, la teoría psicosexual se verá modificada si se apropia de las aportaciones de los estudios de género y diversidad sexual. Los casos que llegan a la clínica, la violencia en las relaciones, el sufrimiento por la exclusión social, lo requieren.

Cabe subrayar que este debate no se trata sólo del proceso analítico y sus resultados, sino también de la relevancia de introducir los aportes de dichas áreas e investigaciones al psicoanálisis. Considero que esos conocimientos deberían incorporarse en la formación y no quedar librados a los intereses de cada psicoanalista.

Las entrevistas y las historias de vida compartidas con generosidad por quienes dieron testimonio, refuerzan esta idea. La intención ha sido problematizar la práctica del psicoanálisis para trazar nuevas rutas de debate a partir de los estudios de género. Espero que otros continúen investigando y pronto el psicoanálisis legitime los estudios de género en sus planes y programas de formación para lograr una teoría y práctica con perspectiva de género.

ANEXOS

Anexo 1

Guía de entrevista realizada

1. Encuadre de la entrevista y presentación de la entrevistadora. Presentación del participante. Datos sociodemográficos: actividad laboral, actividad educativa, edad, escolaridad, si tiene o no pareja, número de hijos y familia de origen.
2. Luego la pregunta fue: ¿por qué eligió el psicoanálisis?
3. Formación académica. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Sobre qué temas? ¿Por qué ese lugar y esos temas? ¿Con quiénes?
4. Ejercicio profesional. ¿Dónde ha trabajado y trabaja? ¿Con que población e instituciones? ¿En qué proyectos está inscrito?
5. ¿Realiza diferente práctica considerando el sexo del paciente?
6. ¿Considera que interviene el sexo del analista y del paciente en la transferencia que se establece en el psicoanálisis y en lo que el paciente pueda desplegar?
7. ¿Qué piensa del tema género?
8. ¿Cómo interpreta y piensa el tema de la homosexualidad? ¿La transexualidad? ¿El abuso sexual? ¿La violencia en la pareja?
9. ¿Me puede explicar cómo ha sido su experiencia en la institución psicoanalítica? ¿Ha incidido su condición de mujer u hombre en esa experiencia?
10. Se presenta el caso estímulo y las preguntas establecidas sobre este.

Anexo 2

El caso estímulo

Hombre de 36 años. Casado hace dos años. Sin hijos. Profesional. Consulta porque teme que su esposa lo engañe. Esto le ha provocado conductas de control sobre ella que le ocasionan problemas de pareja; la esposa se queja por su desconfianza. Él ha tomado medidas para que ella no lo engañe, entre otras, no le permite salir de casa sin el celular. La llama muy seguido por teléfono preguntando dónde y con quién está.

Dice en la primera entrevista:

La actitud de un hombre hacia la mujer que ama debe ser de protección, pero para mí también está ahí un deseo de poseerla violentamente, o sea, cuando llego y empiezo a preguntarle dónde estuvo y sospecho que me ha engañado, entonces quiero violarla, se me sale de control.

Preguntas a las personas entrevistadas:

¿Qué impresión le causaría a usted recibir un paciente que dijera esto en una primera entrevista?

¿Cómo piensa e interpreta usted esto?

GLOSARIO

Abuso sexual: son actitudes y comportamientos que realiza una persona sobre otra sin su consentimiento o conocimiento y sólo para su propia satisfacción sexual.

Cuerpo: nuestro cuerpo es ese extraño objeto que utiliza sus propias partes como simbólico general del mundo y, mediante el cual, en consecuencia, podemos “frecuentar” este mundo, “comprenderlo” y encontrarle una significación (Bernard, 1994: 74).

Deseo: potencia de vida, impulso vital. Construcción familiar atravesada por una estructura social cultural que define formas de sentir y de ser para hombres y mujeres.

Diferencia sexual: esta diferencia se asienta en la diferencia biológica, pero esta no la determina. Es la diferencia que se inserta en el imaginario con los significados sociales estructurales de lo que es ser hombre y ser mujer.

Género: es la construcción socio histórica cultural de la diferencia de los sexos. Se produce sobre un cuerpo biológico, pero no está determinado por este.

Heteronormatividad: normas que regulan el orden sexual desde los parámetros de la heterosexualidad.

Homosexualidad: identidad de una persona que se identifica con el sexo opuesto. Homosexualidad no se refiere a la práctica sexual, sino a una identidad del sujeto.

Ideología: conjunto de ideas sobre la realidad. Sistemas existentes en la práctica de la vida que pueden referirse a lo económico, lo social, lo científico- tecnológico, lo político.

Orden de género: el orden de género regula las distintas dimensiones de lo social a partir de la transformación de las diferencias de sexo en desigualdades sociales. Sistema de relaciones entre los sexos que marca formas de ser y estar en mundo en tanto hombres y mujeres; y existen diferentes órdenes de género en diferentes culturas.

Perspectiva de género: perspectiva que intenta visibilizar las desigualdades de poder y dominio entre hombres y mujeres.

Práctica psicoanalítica: se refiere a todo lo que se hace con la técnica psicoanalítica con el o los pacientes que consultan. Se basa en la existencia del inconsciente y trabaja con la asociación libre y la transferencia del paciente, así como con la escucha parejamente flotante del que analiza.

Violencia de género: toda violencia ejercida hacia una persona con el fin de subordinarla por su condición de género. Puede ser ejercida por y contra hombres y mujeres.

Violencia doméstica: violencia ejercida en el ámbito doméstico. También se le da en llamar violencia intrafamiliar.

Sistema sexo/género: el sistema sexo-género hace referencia a las formas de relación establecidas entre mujeres y hombres en el seno de una sociedad. Analiza las relaciones producidas bajo un sistema de poder que define condiciones sociales distintas para mujeres y hombres por razón de los papeles y funciones que les han sido asignadas socialmente y de su posición como seres subordinados o seres con poder sobre los principales recursos. Nuestras actuales sociedades occidentales están sujetas por un sistema sexo-género que sostiene una relación desigual de poder entre mujeres y hombres. El concepto teórico «sistema de

sexo/género» fue creado por las feministas anglófonas occidentales de los años setenta.

Abreviaturas utilizadas según orden de aparición

UDELAR	Universidad de la República
API	Asociación Psicoanalítica Internacional
COWAP	Comitee Woman and Psychoanalysis
OPS	Organización Panamericana de la Salud
FEPAL	Federación Psicoanalítica de América Latina
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
APU	Asociación Psicoanalítica del Uruguay
AUDEPP	Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica
APA	Asociación Psicoanalítica Argentina
SPU	Sociedad de Psiquiatría del Uruguay
SMU	Sindicato Médico del Uruguay
LGBTITI	Lesbiana, Gay, Bisexual, Transexual, Travesti, Transgénero e Intersexual
APM	Asociación Psicoanalítica Mexicana
MSP	Ministerio de Salud Pública
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
IFICLE	Instituto de Filosofía, Ciencias y Letras
UCUDAL	Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga

BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, S., (2017) *La política cultural de las emociones*, México, CIEG-UNAM.
- ALCÁNTARA, E., (2012) “Llamado intersexual. Discursos, prácticas y sujetos en México”, Tesis para obtener el grado de Doctora en Ciencias sociales, México, UAM-X.
- ALIZADE, M., (2002a) “Sexo y género en el proceso analítico”, FEPAL — XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Montevideo, Permanencias y cambios en la experiencia psicoanalítica, Septiembre.
- ALIZADE, M., (2002b) *Escenarios femeninos. Diálogo y controversias*, Buenos Aires, Lumen.
- ALLEGUE, R., (comp.), (1993) “La mujer en el psicoanálisis: trayecto histórico epistemológico”, Panel desarrollado en AUDEPP, Montevideo, *Revista de AUDEPP*, tomo IV, núm 1.
- ALLEGUE, R., (2000) “Femenino masculino: entre naturaleza y cultura”, I Congreso Latinoamericano de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de psicoterapia psicoanalítica, Chile.
- ALLEGUE, R., (2003) “Los varones se hacen”, *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, tomo 6, núm. 3, Montevideo, AUDEPP, Trilce, pp. 11-16.
- ALLEGUE, R., *et al.*, (2004) “Paternidad y género”, Montevideo, *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, tomo VI, núm 4, diciembre.
- ALLEGUE, R., *et al.*, (2006a) “Recuerdos de la fundación de AUDEPP”, Encuentro con la historia institucional. Testimonio de los socios fundadores. Conferencias de presidentes, Montevideo, Psicolibros, Waslala.
- ALLEGUE, R., (2006b) “La sexualidad femenina, de Freud a los estudios de género.” En Encuentro con la historia institucional. Testimonio de los socios fundadores, Conferencias de presidentes. Montevideo, Psicolibros- Waslala.
- AUDEPP , (2006) Programa de Formación continua, Agosto.

- AUSTIN, J., (1972) *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós.
- BARBERÁ, E. y Cala M., (2008) “Perspectiva de género en la Psicología académica española” *Psicothema*, Universidad de Oviedo, vol. 20, núm 2, pp. 236-242.
- BARQUET, M., (2002) “Reflexiones sobre teorías de género, hoy”, *Umbrales*, La Paz, Bolivia, CIDES, Univ. Mayor de San Andrés.
- BARTHES, R., (2002) “El acto de escuchar”, en *Lo obvio y lo obtuso*, Barcelona, Paidós.
- BENJAMIN, J., (1988) *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism and the Problem of Domination*, USA, Pantheon Books.
- BENJAMIN, J., (1995) *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*, Yale University Press.
- BENJAMIN, J., (1996) *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós.
- BERNARD, M., (1994) *El cuerpo/Un fenómeno ambivalente*, Barcelona, Paidós.
- BERNARDI, R., et al. (1997) “Cambios de la interpretación entre 1980 y 1990 en el psicoanálisis uruguayo”, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, Montevideo, APU, núm. 84-85, pp. 89-102.
- BERNARDI, R., (2002a) “Por qué Klein y por qué no Klein”, Montevideo, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, tomo 59, núm. 2.
- BERNARDI, R., (2002b) “¿Qué psicoterapia para quién? Algunos avances en un largo camino”, Montevideo, *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, tomo VI, núm. 2, junio, pp. 89-103.
- BERNARDI, R., (2004) “La necesidad de verdaderas controversias en psicoanálisis. Los debates sobre M. Klein y J. Lacan en el Río de la Plata”, en *Montevideo. Libro Anual de Psicoanálisis*, XVIII.
- BIDERMAN, E., et al., (1982) Acta Fundacional de la Escuela Freudiana de Montevideo, en <http://www.escuelafreudianademon-tevideo.com.uy/>
- BLÁZQUEZ, N., (2010), “Epistemología feminista: temas centrales”,

En *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, México, UNAM, CEICH-CRIM, 2010.

- BLEICHMAR, S., (2006), *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós.
- BLEICHMAR, S., (2009), “Sobre la puesta de límites y la construcción de legalidades”, Buenos Aires, *Actualidad psicológica*, núm. 348.
- BOCHAR, J., (2000) “La transmisión del psicoanálisis en una clínica universitaria barrial: ¿una apuesta o un desafío?” *Acheronta revista de psicoanálisis y cultura*, núm. 11, julio, <http://www.acheronta.org/acheronta11/barrial.htm>
- BOCHAR, J., (2014) “Desarticulación de los cuerpos femeninos heteronormados” *Alternativas en psicología*, núm. 35, UNAM, p 82-101.
- BOURDIEU, P.,(1993) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, pp. 91-112.
- BRAIDOTTI, R., (2000) *Sujetos nómades*, Buenos Aires, Paidós.
- BRUNO, G., (2000) “Notas para una Historia del Psicoanálisis en el Uruguay” <www.querencia.com>
- BURÍN, M. y Dio Bleichmar, E., (comp.) (1996) *Género, psicoanálisis y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- BURÍN, M., (2008) “Las “fronteras de cristal” en la carrera laboral de las mujeres. Género, subjetividad y globalización”, *Anuario de psicología*, vol. 39, núm. 1, Universitat de Barcelona
- BURMAN, E., 1990) *Feminists and Psychological Practice*, London, Sage.
- BUTLER, J., (1990) *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*, New York and London, Routledge.
- BUTLER, J., (2002) “Introducción” En *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós.
- BUTLER, J., (2004) *Lenguaje poder e identidad*, Madrid, Síntesis.

- BUTLER, J., (2011) “Sobre los límites materiales y discursivos del sexo”, en *Taylor y Fuentes, Estudios avanzados e performance*, México, FCE.
- CABRUJA, T., (2008) “¿Quién teme a la psicología feminista? Reflexiones sobre las construcciones discursivas de profesores, estudiantes y profesionales de psicología para que cuando el género entre en el aula, el feminismo no salga por la ventana”, Brasil, *Pro-Posições*, v. 19, núm. 2 (56), mayo-agosto.
- CAROTENUTO, A., (1979) *Una secreta simetría*, Barcelona, Gedisa.
- CARRIL, E. (2004) “Cuerpo de mujer: territorio violentado. La práctica psicoanalítica en violencia de género”, en *Velos y desvelos del cuerpo*, Buenos Aires, Asociación Escuela Argentina de psicoterapia para graduados,
- CARRIL, E. (2012), Comunicación personal en entrevista, Julio 24 de 2011.
- CASTORIADIS, C., (1989) *La institución imaginaria de la sociedad*, capítulo III y VII, Barcelona, Tusquets.
- CASTRO, *et al.*, (2010) “Poder médico y ciudadanía: el conflicto social de los profesionales de la salud con los derechos reproductivos” en *América Latina. Avances y desafíos en la investigación regional*. Montevideo, Cátedra Libre en Salud reproductiva, sexualidad y género de la Universidad de la República y CRIM-UNAM.
- CHERRO, M., (2006) “El desarrollo de AUDEPP: ¿Ángeles o fantasmas?” En *Encuentro con la historia institucional. Testimonio de los socios fundadores. Conferencia de los Presidentes*, Montevideo, AUDEPP.
- CHODOROW, N., (1984) *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.
- COPJEC, J.,(2010) *El compacto sexual*, México, Paradiso.
- DE BEAUVOIR, S., (1976) *El segundo sexo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DE GAULEJAC, V., (1999) “Historias de vida y sociología clínica”, *Temas Sociales* 23, Junio, Boletín del Programa de Pobreza y Políticas Sociales de SUR.

- DE GAULEJAC, V., (2005) *et al.*, *Historia de vida, psicoanálisis y sociología clínica*, México, Universidad Autónoma de Querétaro.
- DELAHANTY, G., (2010) “Juego sucio o amargo lamento”, en *Ania*, Sonora, Instituto de Psicología y Psicoterapia del Noroeste.
- DELEUZE, G y Guattari, F., (1972a) “El inconsciente molecular”, en *El Antiedipo*, Barcelona, Six Barral.
- DELEUZE, G y Guattari, F., (1972b) “El todo y las partes”, en *El Antiedipo*, Barcelona, Six Barral.
- DERRIDA, J. (1992) Entrevista <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2016/05/05/jacques-derrida-que-es-la-deconstruccion/>
- DÍAZ, A., (2010) *Hombres, conciencia y encuentros. Modelo psicoeducativo para la salud integral de hombres gay y hombres que tienen sexo con hombres (HSH)*, México, Centro de la diversidad sexual y los derechos sexuales de Guadalajara A.C y CENSIDA.
- DIO BLEICHMAR, E., (1996a) “Feminismo y psicoanálisis”, en *Género, psicoanálisis y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- DIO BLEICHMAR, E., (1996b) “Feminidad/masculinidad. Resistencias en el psicoanálisis al concepto de género”, en *Género, psicoanálisis y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- DIO BLEICHMAR, E., (1997) *et al.*, *Género, psicoanálisis y subjetividad*,.- Buenos Aires, Paidós.
- DOBLES, I., (2003) “Diferenciación y reconocimiento mutuo en lo intergenérico: Chodorow y Jessica Benjamin”, *Revista Reflexiones*, 82.
- FALÚ, A., (2011) “Restricciones ciudadanas: las violencias de género en el espacio público”, en *Feminismo, género e igualdad*, Pensamiento Iberoamericano, libro virtual.
- FAUSTO Sterling, A., (1992) *Myth's of gender: biological theories about women and men*, New York, Basic Books.

- FAUSTO Sterling, A., (2000) *Sexing the body*, New York, Basic Books.
- FERNÁNDEZ, A.M.,(1996) “De eso no se escucha: el género en psicoanálisis” En *Género, psicoanálisis y subjetividad*, Buenos Aires.,Paidós.
- FERRER Y BOSCH, (2005) “Introduciendo la perspectiva de género en la investigación psicológica”, Universidad de Murcia, *Anales de Psicología* 21, N°1.
- FOUCAULT, M., (1977) *Historia de la sexualidad*. Vol. I. La voluntad del saber, 1976, Madrid, Siglo XXI.
- FOUCAULT, M., (1979) *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- FOUCAULT, M., (1990) *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós.
- FOUCAULT, M., (1998) *La historia de la locura*,1961, México, FCE.
- FOUCAULT, M., (2004) *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, 1963, México, Siglo XXI.
- FREUD, S., (1961) *Cartas de Sigmund Freud 1873-1939*, Londres, Hogarth Press.
- FREUD, S., (1986) *Cartas a W. Fliess.1887-1904*, Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD, S., (1976a) “La etiología de la histeria”, O. C. T II.1893. Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD, S., (1976b) “Charcot”, O.C.T.III, 1893, Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD, S., (1976c) “El caso Dora”, O.C. T V, 1905, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976d), “Tres ensayos de una teoría sexual”, O. C. T. VI. (1905), Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976e) “Sobre la dinámica de la transferencia”, 1912 Amorrortu, Buenos Aires.

- FREUD, S., (1976f) “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, 1912, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976g) “Tótem y tabú”, 1913, O.C. T. XIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976h) “Recordar, repetir y reelaborar”, 1914, O. C. TXII, Buenos Aires Amorrortu.
- FREUD, S., (1976i) “Psicología de las masas y análisis del yo”, 1921 O.C. T. XIX, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976j) “El sepultamiento del Complejo de Edipo”, 1924 O.C. T. XXI, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976k) “Notas autobiográficas”, 1925, O.C. T. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976 l) “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, 1925, O. C. TXIX, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976m) “El malestar en la cultura”, 1930, O.C. TXXXI, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976n) “La sexualidad femenina”, 1931, O.C.T. XXII- Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976ñ) “La feminidad”, 1933, O.C. T. XXII, Buenos Aires, Amorrortu.
- FREUD, S., (1976o) “Construcciones en el análisis”, 1937, O. C. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- FRÍAS, S., (2009) *Gender, patriarchy and the state*, Austin, Austin University Press.
- GALENDE, E., (1997) “La crítica actual y la interpretación psicoanalítica”, en *La interpretación*, Buenos Aires.
- GARCÍA CALVENTE, M., (comp.) (2009) *Guía para incorporar la perspectiva de género a la investigación en salud*, Serie Monografías EASP, núm. 48.

- GARCÍA, J., (2011) Entrevista realizada en el marco de la investigación, 25 de julio.
- GARGALLO, F., (2006) *Ideas feministas latinoamericanas*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- GERHARD, J., (2001a) “De vuelta al mito del orgasmo vaginal en el orgasmo femenino en el pensamiento sexual estadounidense y el feminismo de la segunda ola”, en *Debate feminista*, año 12, vol. 23, Abril, México, pp. 220-253.
- GERHARD, J., (2001b) *Desiring Revolution*, Columbia University Press.
- GIBERTI, E., (2005) *Vulnerabilidad desvalimiento y maltrato infantil en las organizaciones familiares*, Buenos Aires, Noveduc.
- GIL, D y Nuñez, S., (2002) *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*, Montevideo, Trilce.
- GÓMEZ, A., (2009) “El sistema sexo/género y la etnicidad: sexualidades digitales y analógicas”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 71, n. 4, México, octubre-diciembre.
- GONZÁLEZ REY, F., (2002) “Análisis institucional y socioanálisis”, *Tramas*, núm. 18-19, México, UAM-X, pp. 51-72.
- GONZÁLEZ REY, F., (2009) “La psicología en América Latina: algunos momentos críticos de su desarrollo”, *Revista electrónica Psicología para América Latina*, núm. 17.
- GILLIGAN, C., (1982) *In a different voice: Psychological theory and womens development*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- HAJER, D., (1993) “Mujer desde las entrañas”, Montevideo, *Revista de AUDEPP*, tomo IV.
- HAJER, D., (2004) “Lucha de clases ¿síntoma del psicoanálisis?”, núm. 7, en www.querencia.com.
- HARAWAY, D., (1995). “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”, en

Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza, Madrid, Cátedra.

HARDING, S., (2010) “¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el Punto de vista feminista”, en Blazquez, N. (comp.) *Investigación feminista epistemología, metodología y representaciones sociales*, México, UNAM, pp. 39-66.

HÉRITIER, F., (2007) *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*, México, FCE.

HESS y SAVOYE, (1981) *L'analyse institutionnelle. Que sais-je?*, Paris, Presses, Universitaires de France.

HORNEY, K., (1990) *La psicología femenina*, Madrid, Alianza.

HYDE, J., (1995) *Psicología de la mujer*, Madrid, Morata.

IRIGARAY, L., (2009) *El sexo que no es uno*, México, Akal.

IRRAZÁBAL, E., (2011) Entrevista realizada en el marco de la investigación, 5 de junio de 2011.

LACAN, J., (1991a) *Seminario 2. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

LACAN, J., (1991b) *Seminario 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.

LAGARDE, M., (2006) “Las opresiones patriarcales y clasistas”, en *Los cantiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM.

LAMAS, M., (2002) *Cuerpo diferencia sexual y género*, Taurus, México.

LAMAS, M., (2006) *Feminismo. Transmisiones y retransmisiones*, México, Taurus.

LAPLANCHE J. y Pontalis J.B., (1981) *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor.

LAPLANCHE, J., (2001) “El extravío biologizante de la sexualidad”, en *Freud*, Buenos Aires, Amorrortu.

- LAQUEUR, T., (1994) “El problema de Freud”, en *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Valencia, Cátedra, pp. 397-412.
- LARA, A., (1999) “Consideraciones sobre los aportes de Karen Horney y Nancy Chodorow al psicoanálisis femiista”, Trabajo presentado en Especialización de Estudios de Género, México, El Colegio de México.
- LARTIGUE, *et al.*, (2008) “La depresión en la etapa perinatal”, México, Revista de Perinatología, núm. 22.2, abril-junio, pp. 111-131.
- LAVRIN, A., (1998) *Women, feminism and social change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*, USA, Arizona University Press.
- LOURAU, R., (1989) El diario de investigación, México, Universidad de Guadalajara.
- LOURAU, R., (1993) *Los analizadores de la iglesia*, 1972, Mimeo traducido por Marcelo Carrillo, México.
- LOURAU, R., (1997) *Libertad de movimientos*, EUDEBA, Traducción de Gregorio Kaminsky, México.
- MACEIRA, L., (2008) *Pedagogía feminista. Una propuesta*, México, El Colegio de México.
- MARTÍNEZ, V. y Hernández, Y., (2009) “La violencia psicológica de género, una forma encubierta de agresión”, *Revista Cubana de Medicina General Integral*, vol. 25, núm. 2.
- MASSON, J., (1985) *The assault on thruth. Freud's suppression on the seduction theory*, New York, Penguin Books.
- MELER, I., (1997) “Psicoanálisis y género. Aportes para una psicopatología” en *Género, psicoanálisis, subjetividad*, Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar compiladoras, Buenos Aires, Paidós.
- MECKESHEIMER, A., (2015) “Sobre las tres agendas de una investigación con, y no solamente sobre la coordinación diocesana de mujeres en San Cristóbal de las Casas, Chiapas”, tesis para ob-

tener el grado de Doctora en Ciencias Sociales, en Universidad Autónoma Metropolitana, noviembre.

MINISTERIO DE SALUD PÚBLICA, (2006) *Abordaje de situaciones de violencia hacia la mujer. Guía de procedimientos en el Primer nivel de atención de salud*, Montevideo.

MIRIZIO, A.,(2010) “¿Adónde conduce la exaltación de lo femenino? Logros y límites políticos de la teoría del pensamiento de la diferencia sexual italiano”, Barcelona, Revista Feminismos, núm. 15.

MITCHELL, J., (1976) *The rights and wrongs of women*, Harmondsworth New York, Penguin.

MONTAÑO, R., (2002) “Dispositivos para la intervención comunitaria y practicas institucionales”, México, *Tramas*, núm. 18-19, UAM-X, pp. 211-224.

OPS, S., et al., (comp.) (2005), *Incorporar la perspectiva de género en la equidad en salud: un análisis de la investigación y las políticas*, Harvad Population Council Occasional Press, núm. 14.

ORÓSTEGUI, P., (2008) “Análisis didáctico y supervisión”, *Revista de Psicoanálisis*, vol. XX, núm. 2, pp. 135-138.

PACIUK, S., (2011) “Acordes de la violencia: la ley del otro”, *Revista Relaciones*, núm. 322, Montevideo, Marzo.

(2012) “In memoriam. Hanna Segal”, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 114, pp. 175-182.

PALOMAR, C. (2017) “Feminismo y psicoanálisis”, en *Conceptos clave en los estudios de género*, Volumen I, Hortensia Moreno y Eva Alcántara, México, CIEG-UNAM.

PAYÁ, (2005) (comp.), *Institución, imaginario y socioanálisis*, México, UNAM.

PÉREZ, C., (1999) *Historia de la psicología en el Uruguay*, Montevideo, Arena.

PONS A. y Garosi E., (2017) “Trans” En *Conceptos clave en los estudios de*

- género*, vol. I, Hortensia Moreno y Eva Alcántara, México, UNAM.
- PORZECANSKY, T., (1997) “La nueva intimidad” en *Historias de la vida privada en el Uruguay*, Montevideo, Taurus.
- PRECIADO, B., (2002) *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.
- PRECIADO, B., (2004) “Género y performance”, en www.hartzta.com/performance.
- RADOSH, S., (2002) “La transferencia ¿cómo juega?”, *Tramas*, núm. 18-19, UAM-X, México, pp. 239-266.
- RETAMOZO, M., (2010) “Sujetos políticos: teoría y epistemología”. *Ciencia Ergo sum*, núm. 18-1, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- RIVIERE, J., (2007) *La feminidad como máscara*. Athenea Digital, Núm. 11, pp. 219-226.
- ROSTAGNOL, S., (2003) “El club de Toby. Los espacios entre hombres en la construcción de la masculinidad”, en *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, Montevideo, AUDEPP, Trilce, pp. 27-34.
- RUBIN, G., (1986) “Tráfico de mujeres”. En *Nueva Antropología*, noviembre, vol VIII, núm. 030, México, UNAM, pp. 95-145.
- SCOTT, J., (2008) “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *Género e historia*, México, FCE, pp. 48-76.
- SEGATO, R., (2004) *Las estructuras elementales de la violencia: Género, psicoanálisis y derechos humanos*, Buenos Aires, Prometeo.
- SERRET, E., (2008a) “Discriminación de género: las inconsecuencias de la democracia”, *Cuadernos de la igualdad*, núm. 6, México, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.
- SERRET, E., (2008b) *Qué es y para qué es la perspectiva de género. Libro de texto para la asignatura Perspectiva de género en educación superior*, México, Instituto de la Mujer Oaxaqueña.
- SERRET, E., (2011) “Hacia una redefinición de las identidades de

género” En *Géneros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, núm. 9, México, Universidad de Colima, Asociación Colimense de Universitarias A.C., Marzo-agosto, pp. 71-97.

STRACHEY, J., (1976a) Introducción al artículo “La etiología de la histeria” de S. Freud, 1896, OCT III, Buenos Aires, Amorrortu.

STRACHEY, J., (1976b) Prólogo al artículo “Algunas consecuencias de la diferencia psíquica entre los sexos”, S. Freud, 1925, OC. TXIX, Buenos Aires, Amorrortu.

STRAUSS y Corbin, (2002) *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*, Bogotá, CON-TUS-Universidad de Antioquia.

UNICEF, (2006) www.unicef.org/argentina.

VACCARO, S. y Barea C., (2009) *El pretendido síndrome de alienación parental*, Bilbao, Desclee de Brouwer.

VÁSQUEZ, A., (2012) “Representaciones sociales, inclusión de género y sexo en los juegos recreativos tradicionales de la calle de Caldas-Antioquia, Colombia”, *Revista Estudios Pedagógicos*, XXX-VIII, Número Especial 1, pp. 371-391.

VIÑAR, M., (2011) “Violencia ciudadana. Teoría y praxis”, Montevideo, *Revista Relaciones*, 322, Marzo.

WEISSTEIN, N.,(1968) “Psychology constructs the female”, en <http://www.cwluherstory.com/psychology-constructs-the-female.html>

WORREL, J. (2000) “Feminism in Psychology: Revolution or Evolution?”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* núm. 571, pp. 183-196.

Sitios web

www.fepal.org

www.ipa.org.uk

La edición digital de *Género y psicoanálisis* de Jacqueline Elizabeth Bochar Pizarro fue realizada por la Jefatura de Producción Editorial del IIHCS.

Diciembre de 2018

En el momento de creación del psicoanálisis —los albores del siglo xx—, las mujeres todavía son “el sexo”, como se les había denominado durante el xix. En aquel entonces, el feminismo parece inconcebible: de pronto se lo enuncia como “el problema de las mujeres”. Las mujeres como problema. Como enigma inexpugnable, continente negro.

Bochar identifica los síntomas de una ausencia larga y complicada. Por un lado, está la norma heterosexual: la incapacidad para integrar al espacio de lo normativo aquello que sirve como el exterior constitutivo de la normalidad. ¿Cómo concebir, manejar, incorporar, la experiencia homosexual? Por el otro, aunque de manera directamente conectada, está el fantasma de la masculinización de las mujeres: ¿qué quieren ellas?, se pregunta Freud y no logra escuchar el clamor ya masivo en el viejo y en el nuevo continente del sufragismo de la primera ola. Por último, el mito de la seducción originaria y la pregunta obsesiva sobre la ocurrencia del hecho; la puesta en duda de la palabra y de la memoria del analizado, sobre todo si se trata de una analizada. Todo ello, en el marco de esa proeza extraordinaria que significó el desciframiento del orden simbólico, mediante la incursión freudiana en el territorio de lo inconsciente.

Hortensia Moreno



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL
ESTADO DE MORELOS

